

Gloria Martín

El
destino
de las
violetas



13

Una historia amargamente cómica: la de Casilda García, alias «La Culo».

En la vida de esta mujer, al igual que en la de las heroínas de las tragedias griegas, concurre una maldición al nacer, una lucha inútil contra el destino y finalmente, la venganza.

Sin embargo, la protagonista de El Destino de las Violetas no es una heroína, sino una chica criada en Las Hurdes, que se traslada a Barcelona para trabajar de doncella, y cree que allí va a encontrar una vida libre y respetable. Se equivoca; acaba de entrar en una jungla de depredadores que se aprovecharán una y otra vez de su inocencia.

Solo cuando conoce a Celia «La Bollo» y se convierte en artista porno, aprende Casilda lo que es la amistad, el respeto y la decencia, gracias a las gentes de «El Gato Mimoso». Pero su obstinada e ingenua búsqueda del amor, que la hace caer siempre en brazos del hombre equivocado, acabará arrastrándola a un trágico final.

Gloria Martín

El destino de las violetas



Título original: *El destino de las violetas*
Gloria Martín, Enero 2018
Diseño de cubierta: Montse Martín

Revisión: 1.0
04/04/2019

Alejandro Barcos abandonó el Club de Golf de La Moraleja sobre las diez de la noche. La nueva iluminación permitía a los socios practicar hasta avanzada la tarde, en el campo 1, aunque aquel día había optado, finalmente, por nadar un rato, y luego tomarse una copa y picar algo en el Restaurante. Su chalet se hallaba a unos diez minutos, caminando, por eso, habitualmente hacía el trayecto de ida y vuelta a pie, en chándal y con la mochila al hombro. No se encontraba cómodo en el club, ni en ningún lugar de los que antes frecuentaba y era recibido con sonrisas y golpes en la espalda. La Fiscalía había pedido para él pena de veintiún meses de prisión por un delito contra la propiedad intelectual y otro continuado de estafa: falsificación de obras arte, y venta a galerías y coleccionistas. Y veintiún meses más por fraude fiscal. Hacía pocos días que había conseguido la provisional, tras la prisión preventiva, que le había hecho perder en pocas semanas todo el pelo y siete kilos, pero no podía quejarse esta vez, porque la cárcel le había proporcionado una coartada perfecta; estaba claro que él no había tenido nada que ver con lo que había ocurrido en Barcelona. Confiar en un descerebrado como Olmedo —con el que había desaparecido su dinero pero, por suerte, también muchos documentos comprometedores— fue un error que estuvo a punto de pagar muy caro. De todas formas, aquí estaba: libre ante la puerta de su chalet.

El aspecto de la casa era de abandono; las palmeras del jardín, muertas; la piscina, sucia; la fachada, con chorretones de humedad. Odiaba aquel lugar fantasmagórico, que parecía haberse constituido en la metáfora de su decadencia. En cuanto su situación procesal se lo permitiera, pensaba largarse de allí; es más, pensaba largarse de España. Había tocado todas las teclas posibles y alguna sonaría, porque guardaba demasiados secretos para que ciertos personajes le dieran la espalda. Un rencor sordo contra el sistema en el

que se había movido impune le reconcomía desde su detención, así que no paraba de dar vueltas a rocambolescas venganzas contra todo aquel que le abandonara. Y es que El Conde sabía cómo hacer que rodaran algunas cabezas junto a la suya, y por cosas mucho más graves que un «quítame ahí ese cuadro».

Hacía frío, una noche desapacible. Resopló. En el preciso instante en que sacaba del bolsillo lateral de la mochila el mando que abría la puerta de la cancela, vio que se acercaba por la acera una mujer. Llevaba una gabardina oscura y botas altas, y un gorro de lana encasquetado hasta las cejas. Parecía muy joven, y su forma de caminar le resultaba, a la luz de las farolas, familiar, pero no la reconoció hasta que la tuvo delante, a menos de un metro. ¿Casilda?, preguntó. Y ella, por toda respuesta, le descerrajó un tiro en la cabeza.

Primer nacimiento

Cuando Mariana García regresó a la alquería de Las Hurdes que la había visto nacer, tenía veintidós años y una barriga que el refajo que había llevado durante varios meses, ya a duras penas disimulaba. Estaba a punto de parir, y lo hizo, al cabo de tres días, en la casa que había sido de su difunto abuelo paterno, Pedro, que ahora permanecía, como la mayoría, semi abandonada. El alumbramiento, que se produjo de noche, a la hora de las brujas, fue terriblemente doloroso, porque la criatura, aunque diminuta, venía de nalgas. La encargada de asistir a la parturienta fue Milagros, una anciana que siempre se había dedicado a sus pócimas, sus encantamientos y lo mismo a traer niños al mundo que a impedir que vinieran, aunque ya hacía años que allí ni se paría ni se abortaba, porque las pocas mujeres que quedaban en la alquería habían sobrepasado los cincuenta. La mujeruca era decidida y habilidosa, e hizo lo que pudo, pero Mariana, exhausta, se desangraba sin remedio entre gemidos. Cuando consiguió sacar a aquel pequeño sapo verdoso y resbaladizo del vientre de su madre, Milagros vio que era una niña y pensó que estaba muerta, pero no quiso darse por vencida; la agarró por los pies, la colgó cabeza abajo, y le dio tales azotes en el culo, que los lloros de la recién nacida se esparcieron por el valle como aullido de lobo. Quizás fueron aquellos azotes brutales los que provocaron, no solo el llanto de la pequeña, sino una reacción de milagrosa rebeldía en su trasero, de forma que niña y culo crecieron cada uno a su aire; la niña poco y el culo mucho, algo que habría de forjar, en cierto modo, su destino. Mariana apenas vivió lo suficiente para darle unos días de mamar a su hija. La partera era demasiado vieja para hacerse cargo de la huérfana, así que fue una vecina soltera, Librada, la que la recogió, la bautizó sin cura, como Casilda, y la acabó de criar con sopas de pan.

La hija de Mariana García creció en la más absoluta y digna pobreza,

acompañada de una veintena de vecinos, casi todos mujeres, y de otros tantos animales. Su perro fue su hermano; Librada, su madre y Milagros, su abuela. Fue feliz en medio de un valle que podríamos confundir con el Paraíso, hasta que, a los once años, su vida empezó de cero, como si un nuevo parto la lanzara al mundo. Este fue su segundo nacimiento, aunque luego vendrían otros. Cada nacimiento la hizo entrar en un largo túnel, buscando la luz de salida, que, tras el último túnel, resultó ser la luz más oscura.

Segundo nacimiento

Sí, Mariana García había disimulado mes a mes, con fajos y refajos, la barriga que le había hecho su señorito. Sirviendo en Cáceres, en casa de Don Cayetano Cifuentes, había trabajado la muchacha desde los quince, y en la misma casa había trabajado su madre para los padres de Don Cayetano, y en la misma, su abuela, para los abuelos y el tío soltero de Don Cayetano —todos los varones, médicos, y todas las mujeres, mujeres de médicos—. Esta tradición no podía verse interrumpida por el hecho de que Casilda fuera la hija del señorito, puesto que ni el señorito ni su mujer sabían que su criada había traído al mundo a una Cifuentes.

El mismo día que Casilda cumplió once años, Librada le puso un vestido nuevo, confeccionado por ella misma, la calzó con unos zapatos decentes, y se la llevó a Cáceres, a la casa de aquella familia tan católica y bien acomodada. Don Cayetano y su mujer, que no tenían hijos, recibieron encantados a la hijita de su querida Mariana, que les había dejado un día sin una explicación. Como buenos cristianos, cuando conocieron el triste final de su sirvienta, perdonaron enseguida su ingratitud y abrieron, sin dudar, sus amorosos brazos a la huérfana. Librada se despidió llorando de la niña, que también lloró lo suyo porque no había conocido más madre que ella ni otro lugar que no fuera la alquería. La mujer se fue de aquella casa con la conciencia tranquila y la promesa de ir a visitar a su hija de vez en cuando, y, como la niña era de tan buen conformar, aceptó el trato, no sin antes prometer a Librada y a los Cifuentes que su comportamiento iba a ser intachable. Y cumplió religiosamente su promesa, empezando por fregar, desde el primer día y sin rechistar, los suelos de rodillas.

Aunque, con tanta sopa de pan, el desarrollo de Casilda había sido lento y no había alcanzado el metro cincuenta y cinco, su culo ya apuntaba maneras —

a causa de aquella especie de prodigio, o maldición, que provocaron los salvajes azotes de Milagros—; más que maneras. Los Cifuentes no le pagaban su trabajo, pero la alimentaron bien, así que, cuando entró en la adolescencia, aquel culo despertó en Don Cayetano un instinto en absoluto paternal hacia su criadita. No se atrevía, sin embargo, a ir más allá de miradas lascivas, puesto que, en algún momento llegó a sospechar que la niña era sangre de su sangre. Aunque, seguramente Mariana, a la que habían dado cierta libertad de movimientos, había caído en brazos de otros hombres, y eso aliviaba los escrúpulos de Don Cayetano, aunque no pudiera evitar cierto destello de celos cada vez que pensaba que había sido el primero pero no el único. ¿Era Casilda hija suya? Quería pensar que no, necesitaba pensarlo, porque su casi irrefrenable deseo hacia ella le hacía sentirse monstruoso. Mientras el hombre se debatía entre la avidez y su conciencia, Dorita, su mujer, había empezado a sospechar, hasta que no pudo contenerse por más tiempo y le abordó en su despacho, que le servía también como consulta privada para redondear su discreto sueldo en el hospital.

—Cayetano, por la Santísima Virgen, ¿crees que no me he dado cuenta de cómo miras a Casilda? Si no tienes moral ni temor de Dios, al menos debería darte vergüenza, con cincuenta años, babear detrás de una niña de quince.

—¡Pero qué dices, mujer! eso son imaginaciones tuyas, que no tienes otra cosa que hacer que ir a misa y espiarme a mí.

—Pues hay más gente que se imagina lo mismo. Sin ir más lejos, Rosa y María Luisa, la del notario, ya hace tiempo que me advierten.

—Pues ahora te lo advierto yo, Dora —cuando Don Cayetano llama Dora a Dorita, es que esta debe reflexionar seriamente si es que no se ha pasado de la raya y perdido el respeto a su esposo—. No te pongas histérica porque me voy a cabrear de verdad.

Durante los días que siguieron a esta conversación, Dorita intentó no ponerse histérica. También intentó darle un voto de confianza a su Cayetano. Pero tanto intento no sirvió de nada, porque, en el fondo, lo que la estaba consumiendo eran unos celos más de hembra que de esposa. Eran indecentes el culo y las maneras de aquella niña; la forma en que caminaba; cómo se apartaba el pelo de la cara, entornando los ojos; la voracidad animal con la que comía; aquella franqueza insultante en la mirada; sus largos silencios,

como si temiera que las palabras delataran un interior tortuoso. Soportar su presencia en la casa se estaba convirtiendo en un suplicio, y cada día rezaba pidiendo a la Virgen de la Montaña una solución a aquel malvivir. Casilda parecía no enterarse de nada, ajena a la inquina que había despertado en su señora, y al deseo que inspiraba en Don Cayetano, envuelta como estaba en las labores del hogar y la cocina. Solo salía de casa, y en compañía siempre de Dorita, para asistir los lunes al mercado, y, por supuesto, los domingos a misa, tras su bautizo y su primera comunión, al año de llegar a Cáceres. Dorita no le quitaba los ojos de encima, y, aunque hasta entonces le había sido imposible captar ningún signo que delatara el más mínimo ánimo de seducción hacia su marido, estaba convencida de que la niña, a sus espaldas, provocaba al bueno de Cayetano, hombre, al fin y al cabo.

María Luisa, la del notario, le advertía, un día sí y otro también:

—Dorita, eres demasiado buena. ¿No te das cuenta de que esa salvaje tiene los malos instintos a flor de piel, que se le ha despertado el ansia de hombre?

—No sé, María Luisa, es todavía una niña, pero sí es verdad que fíate de la inocencia de las niñas, que te la pueden jugar. Sin ir más lejos, qué no haría por ahí su madre para tenerse que ir a las Hurdes con un bombo, que cuando me lo dijo la Librada esa, me quedé de piedra. Una chica que en esta casa no había visto nunca más que buenos ejemplos. Hasta me siento culpable de ser demasiado buena y darle los sábados por la tarde libres. Ay, Señor, qué desengaño.

—Y luego, la manera en que se fue, la desagradecida —apunta la del notario, arrugando el morro y dándose aire violentamente con un abanico floreado, que lleva siempre en la mano por lo de los sofocos de origen innombrable.

—Es verdad, sin un adiós, sin una explicación. Claro, cómo me iba a

explicar que era una, una... ¡Ay! —suspira Dorita.

—Pues, lo dicho, Dora, que eres demasiado buena, y si la hija ha salido a la madre, a ver qué te puedes esperar. La madre andaba por ahí, pero esta, con los mismos malos instintos y sin moverse de casa...

Tantas veces Dorita pensó que era demasiado buena, y tantas veces sus amigas se lo repitieron, que no pudo soportar más tanta bondad hacia alguien que, seguro, no la merecía.

En una de las visitas que Librada hizo a la niña, le había contado a la señora Cifuentes las extrañas circunstancias de su nacimiento. Prácticamente todos los habitantes de la alquería habían emigrado a las ciudades, y los pocos que quedaban allí vivían aferrados, como garrapata a un perro, a sus tradiciones. Seguían circulando por el valle leyendas misteriosas y acaecimientos sobrenaturales, como consecuencia, creían ellos, de la extraña energía que hervía en el aire de aquellas tierras, en las encinas, en los madroños, en los venenosos «taxus» de sus bosques. Entre los barrancos y las laderas verdes y umbrosas que rodeaban la alquería, había buscado Milagros, en su juventud, las hierbas que curaban el mal de amores, el mal de ojo y todos los males, y también las que provocaban abortos y terribles anormalidades en hombres, mujeres y animales. Ella y otros muchos habían sido testigos de la visita, en las noches claras de verano, de seres monstruosos o demoniacos, que se dejaban ver deambulando por los senderos, se asomaban a las ventanas o aporreaban las puertas de sus casas, para desaparecer, luego, dejando un rastro de olores nauseabundos. Todos allí estaban convencidos de que la venida al mundo de Casilda había estado rodeada de extraños fenómenos. Todos allí habían oído el llanto antinatural y desgarrado que había proferido la pequeña tras los azotes de la partera. Todos pensaban que, en aquel instante, un prodigio que nunca supieron si era una maldición o todo lo contrario, se produjo en aquel cuerpecillo de sapo, que, al poco tiempo, se había

convertido en el de una preciosa criatura. Sin que se pudiera llegar a considerarlo una deformidad, el culo de Casilda había suscitado todo tipo de elucubraciones y comentarios. Algunos creían que era una aberración y que llegaría un momento en que la niña no podría con su culo, y se convertiría en un monstruo de torpe caminar; otros, en cambio, estaban seguros de que, pasados los años, aquel crecimiento anómalo del trasero se detendría, y sería una hembra de proporciones armónicas, que volvería locos de deseo a los hombres y de celos a las mujeres. La pequeña Casilda era dulce y cariñosa, dotada de una bondad natural que la hacía parecerse a un ángel, y más que nacida de mujer, parecía nacida de la acogedora tierra, de los árboles y del agua; un espíritu puro, que alegraba la vida de aquellas gentes como un regalo de la agradecida naturaleza que tanto amaban. Quizás Librada no habría tenido nunca que sacarla de allí.

—¿Pero, la niña se comportaba de una manera extraña? —insiste Dorita a Librada, interrumpiendo su relato.

—¡Qué va, señora!, Casilda siempre ha sido una niña normal. Bueno, no ha sido normal de tan buena, que no he visto en mi vida una criatura más dulce y mansa. ¿Es que se está portando mal con ustedes? —pregunta, de pronto, con un destello de alarma asomándole a los ojos.

Dorita baja la voz para que Casilda, que está fregando los platos en la cocina, no las oiga.

—No, mal no se porta, pero qué quieres que te diga, eso que me cuentas me hace pensar que no son imaginaciones mías algunas cosas raras que he visto en ella.

Librada solo recuerda once años felices en su vida: los que vivió junto a Casilda, desde pocos días después de su nacimiento hasta que la llevó a Cáceres. Nunca se había casado ni conocido hombre, quizás porque no era guapa; quizás porque los mozos de su edad emigraron a la ciudad; quizás porque el destino le tenía reservada una única misión: cuidar de aquella extraña niña con todo el amor del que era capaz, con el ardor con que una sacerdotisa se entrega a custodiar al tótem. Haber educado a Casilda en la generosidad, y el amor y el respeto a la naturaleza, le había hecho encontrar un significado noble y hasta sublime a su existencia. ¿Le estaba diciendo aquella mujer que había fracasado, que había algo oscuro en Casilda, un ángel lleno de

luz?

—Dígame qué cosas raras, que no sean buenas, ha podido ver en mi niña, Doña Dorita, porque si usted no la quiere como una madre, como yo creía, me la llevo ahora mismo de aquí.

—No se me enfade, mujer. Solo he querido decir que Casilda, de tan callada y obediente, no me parece normal, y que, de vez en cuando, me inquieta verla moviéndose por la casa como si fuera un animalillo con la intención de saltarnos al cuello en cuanto nos descuidemos —Dorita se arrepiente al instante de no haber aprovechado el enfado de Librada, de no haberle dicho que sí, que lo mejor sería que la chica regresara a la alquería.

—Ay, señora Dorita, igual lo dice por lo de su culo. Que lo de su culo son supercherías, ya se lo he dicho. —Librada muestra, tras su rapto de orgullo, una repentina humildad; se equivocó al contar a aquella mujer cosas que deberían haberse quedado para siempre en el valle; cosas que nadie que no fuera de «los suyos» era, al parecer, capaz de entender—. No se preocupe, que yo hablaré con la niña.

Pero, cuando la mujer de las Hurdes se despidió de Casilda, solo fue capaz de decirle que se portara con sus señores de manera más cariñosa, y que no les diera ningún problema. Quizás, porque intuía que muy pronto sería una mujer, y la alquería no era su lugar; allí, con una Librada, ya había suficiente.

Casilda García había cumplido diecisiete años, y ya hacía más de dos que el aire en el hogar de los Cifuentes se había hecho irrespirable.

Las cosas habían ido a peor desde aquel día en que Librada regresó a las Hurdes con el corazón en un puño y el propósito de no volver a visitar a la niña. Debía cortar de una vez el lazo que unía a Casilda con aquella infancia aún no muy remota, sabedora de que ese lazo había sido un obstáculo para que se aclimatara a su nueva vida. Todo el mundo tiene un paraíso perdido; una metáfora de lo que fueron los años en que gozar de vivir, sin más, es el único

deber al que se atiende como tal. El paraíso de Casilda García, sin embargo, había sido real; el espacio y el tiempo suspendidos en una Arcadia inocente y primitiva, y por eso, mucho más difícil de arrancar de sus recuerdos. Milagros había muerto de vieja, llevándose a la tumba los secretos de sus pócimas y encantamientos, y a otra de las mujeres se la había llevado el cáncer. También había muerto el perro de Casilda, Orejo, un chucho negro y cojo, con una sola oreja, que fue siempre su sombra (o ella la de él). Desde que su ama partió a Cáceres, el animal pasaba los días y las noches aullando con tanta insistencia que, una mañana, Juan, el hijo de Milagros, cogió la escopeta y le pegó un tiro en la cabeza; tres almas menos en la alquería.

Librada, con su alejamiento voluntario de Casilda, que le costó la alegría y las ganas de vivir a la mujer, consiguió su propósito solo a medias. Ya hacía tiempo que la chica había empezado a percibir que, entre su señora y ella, había un muro, a veces infranqueable, y otras, con una fisura por la que se colaba el odio de Dorita. Empezó a ser consciente también de las miradas del doctor Cifuentes, al que de vez en cuando se le iban las manos, siempre con tocamientos equívocos, que Casilda quería considerar paternales, porque no entendía que pudieran ser de otra manera.

En la criadita, convertida en una mujer, se habían cumplido los pronósticos más felices de sus antiguos vecinos y, si bien el trasero destacaba contundente en su anatomía, no era en absoluto algo que la hiciera monstruosa, sino todo lo contrario. Casilda era bella, bella y poseedora del atributo más relevante de la verdadera belleza: la imperfección. Pero, aunque diera gusto mirarla, la serena alegría de su primera infancia la había abandonado, y una sombra de tristeza vivía de okupa en su mirada, no por culpa de los cada vez más frecuentes exabruptos de la señora de la casa, ni de los, cada vez menos tímidos, toqueteos de Don Cayetano, sino por la nostalgia de su vida en la alquería, que le había crecido tanto dentro del pecho, que se ahogaba de pena entre los pucheros, mientras tendía la ropa, cuando fregaba los suelos. Siempre callada; hablando para sus adentros. Jugaba, cuando cumplía con estos menesteres, a pensar que estaba soñando, y que, cuando despertara, abriría el ventanuco de su habitación, en la vieja casa que había compartido con Librada, su perro y cuatro cabras, y respiraría el aire limpio del valle. Librada hacía mucho tiempo que había dejado de ir a visitarla. Aunque sabía

que la mujer no era su madre, no había conocido más madre que ella. ¿Qué había hecho tan mal, para que no quisiera verla? ¿Estaría enferma, quizás? Si al menos le escribiera de vez en cuándo dándole noticias de la alquería, de la abuela Milagros, que ya debía ser centenaria, de Orejo...

Cuando, siempre acompañada de la señora, asistía a la misa dominical de las doce, en Santa María, clavaba los ojos en la Virgen, que parecía mirarla a su vez desde la ménsula de su pilar. A ella, solo a ella, se atrevía a pedirle en voz baja, en una plegaria interminable, la vuelta a casa, sin saber que pronto saldría de Cáceres, sí, pero rumbo a Barcelona.

Rosa y María Luisa, la del notario, seguían, un día sí y otro también, envenenando a Dorita, mientras tomaban en casa de esta el té de las cinco — una costumbre muy poco española, pero tan glamurosa que se habían abonado a ella sin dudarlo ni un momento—. El café con leche y las rosquillas de toda la vida fueron desbancados por aquella infusión —que en un principio les pareció a todas de sospechoso sabor— y las pastitas de mantequilla, diminutas y crujientes, compradas en la mejor pastelería de Cáceres.

—No sé cómo eres capaz de seguir aguantando esta situación, Dorita — María Luisa sigue luchando contra los sofocos, ahora con un abanico nuevo, que le ha traído su marido de Madrid.

—¿Y qué quieres que le haga yo? Cada vez que le saco el tema a Cayetano, se sale por la tangente, cuando no se enfada.

—Pues, mira que está más claro que el agua que algo tienen tu marido y la criada —apunta Rosa, con aire de cansancio, como si supiera que no valen de nada sus consejos; aquella bendita parece que se ha resignado a los cuernos.

—¡Pero si no los dejo solos ni un momento!

—¿Y por la noche, qué?, ¿quién te dice a ti que por la noche no se va a su habitación? —dice María Luisa—. Esa chica es una bruja, Dorita, después de lo que nos dijiste que te contó la Librada aquella, estoy convencida de que

tiene malas entrañas.

—Librada no ha vuelto. De vez en cuando me escribe para preguntar por Casilda, pero está claro que se desentendió de ella por miedo a que las cosas empeoraran y la devolviéramos a las Hurdes, que no soy tonta. El caso es que la abuela de la niña ha muerto y ni siquiera eso le he dicho... también el perro. Casilda no sabe que Librada me escribe y cree que la mujer reniega de ella. Y qué queréis que os diga, tengo unos terribles remordimientos, porque no sé si se merece lo que le estoy haciendo, y Cayetano tampoco, que ya hace dos años que, cada vez que se me acerca en la cama, le pego un bufido, porque me lo imagino con ella y me come la rabia.

—Pues es eso también te equivocas —salta Rosa—, que si una mujer sospecha de la fidelidad de su marido, lo que debe hacer es convencerle de que ella le puede dar lo que cualquier pelandusca y más. Si encima le tienes a pan y agua, mal vamos, querida (lo de llamarse «querida», junto al té de las cinco, es otra de las costumbres anglosajonas que han adoptado el grupo de damas cacereñas) A Dorita no se le quitan de la cabeza las palabras de las dos amigas. Quizás se está equivocando, sí, y en lugar de pasarse el día en un ay, espionando los movimientos de la chica y su marido, debería preocuparse de sí misma. Al poco cuidado de su persona y el aire sombrío que desprende últimamente, se han añadido unas terribles ojeras violáceas, claro, no pega ojo desde que le hicieron ver que era posible que Cayetano visitara a la criada por las noches en su habitación. La señora Cifuentes, todavía es una mujer guapa. La media melena teñida de un rubio ceniza; las uñas largas, pintadas de rosa nacarado, discreto, y unos preciosos ojos azules, heredados de su abuela materna, que le dan a su cara un porte aristocrático, hacen de ella una señora de muy buen ver. Con cuarenta y siete años y un estatus social envidiable, aunque le cueste llegar a fin de mes, ha sido siempre una mujer feliz, resignada cristianamente a su esterilidad, y, aunque poco fogosa por naturaleza, complaciente en la cama con su marido. Eso, lo de su poca fogosidad, es lo que se plantea últimamente como posible causa de los devaneos de Cayetano. A la culpa que siente por unos celos posiblemente infundados, se añade ahora otra, la de no cumplir como mujer, pero, que tire la primera piedra la que, en sus circunstancias, no esté desesperada, piensa para consolarse. Dicen que, muerto el perro, muerta la rabia, y como a Casilda no puede quitársela de

encima de la forma en que aquel vecino de las Hurdes, el hijo de Milagros, se quitó al perro Orejo, está decidida a terminar definitivamente con esta tortura enviando a Casilda lo más lejos posible de Cáceres.

De nuevo, después de varios años de reconcomido silencio, decide abordar a Cayetano en su consulta.

—Cayetano, he pensado que podríamos enviar a Casilda con tu hermana a Barcelona. Ayer hablé con ella por teléfono y me comentó que necesitaban una chica de servicio interna. Ella lo llama una doncella, claro —apostilla con retintín.

—¿Pero qué pasa, mujer, ya estamos otra vez con lo mismo?, pensé que ya se te había olvidado esa tontería. —Don Cayetano se quita las gafas y cierra el libro que estaba leyendo, con un gesto cansino.

—No, que va —Dorita, esta vez cautelosa—. Lo que pasa es que pienso que la chica estaría a gusto allí. Para empezar, tendría ayuda, porque hay más servicio... ah, y un sueldo, que al memo de Eulogio le va de cine. Podrido de dinero, ya ves, sin carrera, un vulgar matarife y resulta que... Y, qué quieres que te diga, sobre todo, espabilaría.

—¿Quién, Eulogio?

—La niña, porque mira que es cateta, la pobre. Mis sudores y años me ha costado enseñarla a leer y que hable como Dios manda, aunque lo de hablar vamos a dejarlo, porque esa boba parece muda. Ah, y convertirla en una buena cristiana. Nada de callejear, como su madre, siempre en casa conmigo, a sus labores. Lo que he hecho yo por ella, no me lo pagará en cien años que viva. Porque, habrás de admitir que me la trajeron de las Hurdes como una salvaje.

—Las Jurdis... —dice Cayetano, y cierra los ojos, evocador—. *«Pa unas, habitáus por diosis; pa otrus, lejus de la manu de Dios. Ya idin angunus que Las Jurdis es el Tibet de esta palti de p'acá».*

Dorita admira profundamente la vasta cultura de su marido, que aunque no domina el inglés, como el marido de María Rosa, de vez en cuando emplea el habla extremeña y cita, de memoria, a literatos. Su erudición siempre la ha dejado literalmente sin palabras. Pero hoy, está decidida a hacerse oír.

—Pues qué quieres, Cayetano, eso que dices es muy bonito, pero ya nadie quiere estar en esos sitios dejados de la mano de Dios. Han cambiado los tiempos, para algunas cosas, desde luego, por desgracia, porque mira que está

la moral podrida con tanta democracia y tanto ateo suelto y tanto gay campando a sus anchas, que Cáceres ya no es lo que era, no. ¡Ni España entera, válgame el Señor! Hasta me alegro de no haber traído hijos al mundo. Bueno, ¿mandamos a la niña a Barcelona o no mandamos a la niña a Barcelona?

Dorita no era la única que estaba viviendo un infierno en aquella casa. Cayetano sufría un auténtico calvario, ciego de deseo por aquella muchacha de belleza inquietante, que tanto le recordaba a Mariana. Apenas podía acercarse a ella, porque la implacable Dora no le perdía de vista, pero, aunque fuera a cierta distancia, ver a Casilda barrer la cocina, o servir la cena, o quitar el polvo a los libros de la biblioteca de su despacho, subida a una escalera, con las nalgas bajando y subiendo alternativamente, como si tuvieran voluntad y ritmo propios, le encendía la sangre de tal forma, que parecían estallarle las sienes. En sus viajes a Madrid, a algún congreso médico, que solían producirse cada dos o tres meses, se desahogaba de aquellos ardores asesinos pagando alguna prostituta, pero, al regresar a Cáceres, Casilda volvía a llenar sus pensamientos y a excitarlo, hasta el dolor físico, como si fuera un adolescente. Solo aquella sospecha de que la niña fuera producto de su relación con Mariana contenía sus impulsos, porque, si hubiera estado seguro de que la chica no era una Cifuentes, la hubiera hecho hace tiempo suya, por las buenas o por las malas, como que se llamaba Cayetano.

—Bueno, Dora, no quiero verte más así. Sé que no lo haces por el bien de la niña, sino por estos estúpidos celos que le tienes. Mándala a Barcelona, si eso te va a tranquilizar, y ahora paz y después gloria.

Y dicho esto, a Cayetano Cifuentes se le escapa un suspiro de alivio, porque sabe que solo poner tierra por medio entre él y Casilda va a evitar que acabe cometiendo un disparate. Dorita también suspira aliviada, y, en ese instante, decide salir a comprarse unos ligueros y unas braguitas de encaje negro, que hace unos días vio en Los Deseos de Eva, el mejor establecimiento de lencería de la ciudad.

Tercer nacimiento

Casilda llegó al exclusivo barrio barcelonés de Pedralbes en el coche de Los Martín Rubio. Pepe, el chofer y empleado de confianza de la familia, fue el encargado de recoger a la chica en la estación de Sants. La simple visión de aquel hombre uniformado de azul, con la gorra de plato bajo el sobaco derecho, enarbolando con la mano libre un cartelito en el que se leía «Casilda García», fue poco menos que una experiencia religiosa para una adolescente que, a pesar de todo lo ocurrido, conservaba intacta la inocencia con la que había llegado a Cáceres hacía poco más de seis años. Casilda se había curtido en sobrellevar la añoranza del hogar de sus primeros años, pero todo lo mezquino de la condición humana había resbalado por su alma sin dejar huella: ni la viciosa mirada de Don Cayetano; ni las largas jornadas, sometida a un trabajo servil; ni los desprecios constantes y la inquina de Dorita habían podido con su carácter templado, su humilde disfrute de las pequeñas cosas y aquella capacidad innata para contentarse con lo que la vida le deparara. Al parecer, la vida le deparaba ahora cosas muy buenas; iba a vivir en Barcelona, en un barrio lujoso, trabajando para una familia rica. La señora Dorita, muy cariñosa durante los últimos días, se había ocupado de ponerle el caramelo en la boca, comprándole un ajuar decente, como si fuera a casarse, y prometiéndole que su vida iba a dar un giro espectacular en la gran ciudad. Le había asegurado que los nuevos señores eran buenos católicos, de lo que dedujo que eran buenas personas, y que la iban a tratar como una hija; Casilda García no necesitaba más.

El palacete de los Martín Rubio estaba ubicado en plena Avenida Pearson, la más lujosa de la zona. Sufrió cierta desilusión al comprobar que el *Mercedes* se detenía ante uno de los muros que flanqueaban la calle, rematado de hiedra pero desnudo y hermético, sellado con una puerta metálica.

—Aquí es —dice un lacónico Pepe, que ha permanecido todo el trayecto en silencio, accionando el mando de apertura de la entrada de hierro blindado.

En un lateral de la puerta, un portero automático de diseño, equipado con visor. En el otro, una cámara de vigilancia. A ninguno de los dos artilugios supo Casilda ponerle nombre, aunque no le pasaron desapercibidos.

—¿Pero, dónde está la casa?

—El palacete, señorita.

—¿Dónde está el palacete? Yo no veo nada.

El *Mercedes* enfiló un camino asfaltado, que, tras varios meandros, desembocaba en un garaje, que Pepe abrió accionando otro mando. Bajaron del coche, ella con su maleta (se negó a que la llevara el hombre), y salieron por una puerta lateral. Continuaba sin ver la casa, el palacete o lo que fuera por ningún lado. Tras caminar unos metros por un sendero de gravilla, se abrió ante sus ojos un inmenso jardín; setos versallescos, perfectamente recortados, formando una especie de laberinto. Y más allá, árboles de diferentes especies, algunos frutales, y rosales desnudos; el otoño se había llevado las flores y sembrado el césped de hojas amarillentas. Al fondo, una piscina rectangular de grandes proporciones, bordeada de hamacas plegadas. Tras la piscina —de aguas un tanto turbias y con algunas hojas flotando en su superficie—, un porche acristalado, con varios sofás blancos con cojines de colores, mesitas bajas de madera clara y macetones rebosantes de mimosas, que daba paso, por fin, el palacete de los Martín Rubio. Casilda García no había sido capaz de contemplar aquel paisaje en su conjunto. Ella siempre necesitaba observar las cosas una a una, deteniéndose unos segundos entre una y otra visión, para poner cada sentido a punto. El césped le produjo, inmediatamente, deseos de caminar descalza sobre él; los setos, de pasar la mano por aquella superficie tan artificialmente perfecta y comprobar si era algo vivo; los árboles, de trepar como una mona; la piscina de zambullirse vestida. La visión de la alquería pasó como un fogonazo por su memoria: los corrales, los huertos, el vecino bosque, salvaje y misterioso; todo le pareció miserable comparado con lo que contemplaban ahora sus ojos: una explosión de naturaleza tuneada y lujo, que la dejaron sin palabras. En cambio, el palacete, ah, el palacete la dejó fría; totalmente fría.

—¿Esto es un palacete, señor Pepe?

—De los más bonitos que hay por aquí, señorita Casilda, y mire que estamos en la mejor zona de la ciudad —contesta un Pepe ofendido—. No sé si ha visto por la tele el de los Urdangarín.

—Pero si no tiene escalinatas, ni columnas, ni terrazas, ni... ¡Si parece un dado!

—¡Un cubo, señorita Casilda, no ofenda al arquitecto! —Y Pepe pronuncia mentalmente el nombre y los dos apellidos de unos de los gurús de la arquitectura patria.

—Esto es un dado, que un cubo tiene otra forma, si lo sabré yo, que estoy desriñonó de tanto fregar. No digo que sea feo, señor Pepe, pero qué quiere, yo me esperaba otra cosa.

Casilda García tiene una de esas inocencias que de tan absolutas resultan ácidas. En Cáceres, callaba y decía a todo amén, pero acaba de pisar «el nuevo mundo», y, a pesar de su tendencia a no ponerle peros a nada, acaba de despertársele la pasión obstinada de una nueva Casilda, que quizás nunca se había atrevido a emerger. No ha sido su intención ofender al chófer, que parece estar un poco molesto, como si el palacete fuera suyo, pero si el palacete es feo, es feo, piensa, mientras Pepe rumia «esta niña tiene mucho que aprender», y la conduce, tras conseguir que le deje llevar la maleta, al interior de la casa, convencido de que, en cuanto entre, se va a sentir completamente deslumbrada. Y así ocurre, porque el *hall* de la mansión de los Martín Rubio rompe por completo el minimalismo de la arquitectura exterior. La decoración es excesiva, una mezcla de estilos, que resulta ser muy del gusto de Casilda. Media docena de alfombras persas ocultan casi en su totalidad el suelo de madera; las puertas, sin molduras y lacadas en blanco, lucen, sin embargo, manillas onduladas de un dorado chillón; lámparas, algunas con aire retro, otras de un diseño rabiosamente vanguardista, cuelgan de diferentes zonas del techo o se agarran a las paredes, sin ton ni son. Cuadros y cortinajes de terciopelo. Al fondo, unas impresionantes escaleras de mármol blanco. Mientras la chica contempla «un recibidor que es más grande que la casa entera de los Cifuentes», el chofer ha dejado la maleta en el suelo y se ha situado, por primera vez, detrás de ella. Y lo ha visto. El Culo. El Culo de Casilda García, de diecisiete años, natural de las Hurdes, provincia de Cáceres, la nueva doncella de Don Eulogio y Doña Mercedes. Pepe, hombre

discreto donde los haya, y de pocas palabras, solo ha sido capaz de murmurar «hostia», un «hos-ti-a» silabeado, todo lo demás, sobra. Casilda va de un lado a otro, con el pulso acelerado y los ojos brillantes. Acaricia los muebles — consolas modernistas, sillones tapizados en terciopelo granate—, y huele uno a uno los grandes ramos de rosas de invernadero, que emergen de aquellos búcaros de porcelana china, al menos una docena. Mientras, él se recrea en el prodigio de la naturaleza que se insinúa descarado bajo la falda de la muchacha, convirtiendo su estampado floral en un jardín lujurioso. Una vez repuesta de su particular síndrome de Stendhal, Casilda le dice al chófer:

—¡La Virgen, esto sí que es rebonito!; lo mismo que le digo una cosa, le digo la otra, señor Pepe. Ahora me lleva a la parte de arriba, y me enseña dónde me voy a aposentar, ¿no? —Y mira hacia las escaleras de mármol blanco.

Pepe le informa de que en la parte superior de la casa es donde se hallan las *suites* y otras dependencias privadas de los señores y sus invitados, y que el *hall* en el que se hallan, distribuye un par de salones, un comedor, otro más pequeño, un baño y la cocina. Abre una de las puertas, tras la que unas escaleras estrechas, que no son de mármol, bajan a la zona de servicio. Allí compartirá ella con las otras empleadas internas habitación y baño. Casilda entiende enseguida que los palacetes han de tener por fuerza varias plantas, y cuál le corresponde a ella, sin que eso, por supuesto, le suponga ningún desengaño, porque, arriba o abajo, o más abajo todavía, va a vivir allí.

Mercedes Cifuentes, la hermana menor de Don Cayetano, había hecho, veintisiete años atrás, una boda «regular», según su acomodada familia cacereña. Se casó por amor. Todos hubieran preferido que se hubiera enamorado de un médico, por eso de la tradición familiar, puesto que su abuelo y su padre lo habían sido, y su hermano lo era. Pero el amor es ciego, y en el caso de Mercedes Cifuentes, muy muy ciego, porque Eulogio Martín,

además de venir de humilde condición y no tener carrera, era poco agraciado y cojo, y para más inri, solo tenía una oreja y media, como consecuencia de un accidente de caza.

Sin embargo, al cabo de veinte años, Eulogio Martín, más listo que el hambre y dotado de un talento especial para los negocios, se había convertido en presidente ejecutivo y propietario de Mercalight, una industria de productos cárnicos, con capital 100% español y una plantilla de cuarenta mil trabajadores, y que abastecía a una cincuentena de establecimientos de lujo propios, presentes en todas las comunidades autónomas (él aún las llamaba regiones). ¿Cómo se había iniciado aquel imperio? Empezando por el eslabón más humilde: un matadero.

Cuando se casó con Mercedes Cifuentes, Eulogio Martín trabajaba en el matadero de Cáceres, y se ocupaba del despique, para el que tenía buena mano. Entre sangre y vísceras de animales transcurrían sus días, pero, como era cumplidor y responsable, logró ascender a encargado. Mientras tanto, y atento al desarrollo de la industria cárnica, calibró día a día qué podía darle más posibilidades de éxito en el proyecto que le rondaba por la cabeza. Lo primero que hizo fue estudiar cuidadosamente los cambios en los hábitos de consumo de carne en España, debidos principalmente a las nuevas estructuras familiares, y a la creciente obsesión por la salud y un cuerpo estilizado y libre de colesterol. Ahí estaba su gran oportunidad, en poner en el mercado una serie de productos que empezaban a estar de moda, pero rizando el rizo, para satisfacer a los más fanáticos de lo saludable. *Light*. Esa era la palabra. A los cárnicos cocidos a base de pavo, y los yorks, que empezaban a convertirse en los embutidos más demandados como alimentos sanos, se trataba de añadir productos más vulgares, como la mortadela, la morcilla, el chorizo y las salchichas Frankfurt, pero libres de calorías; si creaba una marca especializada que les quitara de encima el tópico de «comida de pobres» y los convirtiera en *delicatessen* para *gourmets* exigentes y de alto poder adquisitivo, el éxito estaba asegurado. Eulogio sabía que había un inmenso mercado esperando que él diera en el clavo; se trataba de seducir a un perfil de consumidor muy concreto: no le servía la clase media, que, como era media, no estaba en los extremos. No le servían los nuevos ricos, los que habían comido durante años fiambres de mala calidad entre bocadillos

pringosos: esos se decantaban, una vez instalados en la abundancia, por platos de diseño, tan sofisticados como escasos, porque su paladar se había ido envileciendo a medida que lo caro contaba más que lo valioso. El rico de toda la vida; ese es que le interesaba a Eulogio; el que, harto de caviar y *foie*, sentía hacérsele la boca agua al oler un buen picadillo dentro de una tripa. Solo que, el rico de toda la vida quería estar delgado. Y ahí entraba Eulogio Martín Rubio, un hombre de extremos, dispuesto a comerse el mundo con sus embutidos *light* de alta gama. Nadie con un sentido del gusto mínimamente cultivado podría resistirse a una morcilla acalórica, presentada en ostentosa bandeja dorada, a tres euros los cien gramos. Fue su producto estrella.

Ahora, los Martín Rubio viven en Barcelona, son socios de un club elitista, donde se suda en la sauna después de jugar al tenis, matarse en los aparatos del gimnasio o bailar sevillanas, y se codean con la alta sociedad Barcelonesa. También son bien recibidos en Madrid, por ciertos círculos del poder económico y político, que no le hacen ascos a alternar con Eulogio, aunque a sus espaldas le llamen «el rey de la morcilla». Se podría decir, pues, que el dueño de Mercalight es el típico empresario respetado porque se ha hecho a sí mismo desde la nada. Y también que Mercedes Cifuentes, guapa y educada en colegios religiosos de pago, es justamente la mujer que necesita tener a su lado, aunque de vez en cuando haya tenido alguna otra debajo o encima.

Mercedes quería ver cuanto antes a la chica de Cáceres recomendada por Dorita, la cuñada beatona y provinciana a la que hacía tiempo que no veía. Por su hermano, accedió a contratarla sin entrevista previa, pero, por supuesto, debía conocer el percal, pues, aunque Dorita le hubiera dicho que era educada y con buena presencia, no quería sorpresas de última hora. Citó a la nueva doncella a las diez y media de la mañana en el despacho de su marido, en la primea planta. Todo transcurrió con normalidad mientras la vio de frente, pero, en cuanto le pidió que caminara como si llevara una bandeja en las manos y Casilda le dio la espalda, Mercedes sufrió una especie de vahído, del que se repuso inmediatamente, porque es una mujer pragmática y de mundo, que valora lo que hay que valorar, y su nueva doncella le había caído bien desde el primer momento. De todas formas, ahora ya sabía por qué Dorita se la había quitado de encima —su cuñada, tan mezquina y celosa como siempre.

—Siéntate un ratito conmigo, Casilda. ¿O quieres que te llamemos Casi? ¡Ay, Dios mío —ríe—. Casi, casi que no! ¿Y Silda? —Mercedes ha heredado de los Cifuentes cierta vena chistosa.

—Yo prefiero Casilda, Doña Mercedes.

—Pues, ea, Casildita, no se diga más. Y, dime, ¿no estabas contenta en casa de mi hermano? Sé que te recogieron siendo aún muy niña. —El «recogieron» lo ha acentuado, pero sin malicia, simplemente porque el hecho de recoger a una huérfana es un tanto a favor de su hermano.

—Bueno, la Librada, mi madre, la que me crio, me acercó a Cáceres, a casa de los señores, con once años, que los acababa de cumplir. Y sí que estaba contenta, que me trataban muy bien. —Y Casilda no miente, porque, igual que un perro apaleado, sigue fiel a sus antiguos amos.

—¿Y qué era lo que hacías allí exactamente, nena?

—Pues limpiaba y hacía los *mandaos*, y también la señora Dorita me enseñó a cocinar, a rezar y a escribir bien. —La voz de Casilda, que se ha

manifestado hasta ahora contenida y algo cautelosa, empieza a subir de volumen, tal como le ocurrió al llegar con el chofer al palacete. Y ya puesta, gesticula como veía que hacían las pescaderas cuando acompañaba a Dorita al mercado. Al fin y al cabo, se está vendiendo.

—A veces, la señora me decía que vagueaba, y se *encojonaba* un poco conmigo, pero era muy buena. Es que mire, como yo no tengo madre, señora que se me acerca me parece que es mi madre. Primero fue con la Librada, la de la arquería, que es la que me recogió nada más nacer, y era muy buena. Luego Doña Dorita, que a la semana de trabajar en su casa ya me había comprado media docena de bragas —entre otras muchas prendas, pero lo que más ilusión me hizo fue lo de las bragas—, que yo casi llegué allí con lo puesto. Sí que me regañaba, pero nunca me pegó. Y ahora usted. Yo he visto enseguida que tiene cara de buena. Y oiga, que de una madre me paso a otra sin ningún problema, porque enseguida me encariño. Aunque no se crea que le estoy diciendo que sea mi madre, que yo sé bien a qué he venido, y...

Un torrente de palabras, excitación y el entusiasmo de Casilda, tras los muchos años que estuvo en Cáceres prácticamente muda. Debido también a que acaba de nacer por tercera vez, y sus nacimientos son milagrosos. Casilda García, habla ahora por los codos.

—¿Y mi hermano, Don Cayetano —la interrumpe Mercedes, justo después de pensar que no va a ser fácil frenar esa incontinencia verbal—, también se portaría bien contigo, no?

—Pues claro que sí, Doña Mercedes, ella como mi madre, y él como mi padre, igualito que un padre, ya le digo. —Y la nueva doncella sigue sin mentir, porque jamás ha tenido un padre al que poder comparar con su padre.

—Pues ahora, Casildita, vas a conocer un mundo nuevo. Al principio te costará un poco, porque el señor y yo tenemos unas costumbres y unas amistades muy distintas a las de mi hermano y mi cuñada, y Barcelona no es Cáceres, pero seguro que acabarás encontrándote bien aquí. Aunque ahora ya no eres una niña —la mira con una mezcla de condescendencia e ironía—, y habrás de retirarte e intentar hablar poquito y de otra manera, porque vas a tener un trabajo donde los buenos modales, y, sobre todo la discreción, son fundamentales. Montserrat, la doncella que se nos jubila, aún estará aquí unos días para instruirte. Y te dará el uniforme.

Tras despedir cariñosamente a Casilda, procurando, sin embargo, no dar pie a que a los cuatro días la chica empiece a llamarla mamá, Mercedes coge el teléfono para hablar con su veterana doncella.

—Montserrat, guapa, la nueva va para abajo. Sí, sí, se llama Casildita. Y no creo que le entre el uniforme. Si acaso, le encargas uno de su talla, aunque de pecho no sé si... Dios mío, todo son complicaciones. Ay, no sé qué vamos a hacer sin ti, Montserrat. Me gusta, pero le falta un hervor, bueno, que habla mucho y muy raro, y no para con las manos... No, si mientras tú estés aquí, tranquila estoy, pero quizás me he precipitado aceptando a esta chica. ¡Ay, Montserrat, las navidades encima y la semana que viene, cena con Barcos!

Mientras tanto, Casilda baja las escaleras de mármol. Sus sentidos han trabajado durante la entrevista, por separado, como siempre. Aunque el intenso perfume que usa Doña Mercedes ha puesto en marcha, sobre todo, el olfato, de forma que a la chica no le ha dado apenas tiempo de percibir si la dueña del palacete es más o menos guapa o si su voz suena de esta o aquella manera. Librada era limpia como los chorros del oro, pero solo para la casa. Siempre opinó Librada que su persona no merecía tanto restriegue, agua y jabón como sus suelos y sus muebles y sus cacharos. Y qué decir de cremas y colonias: cosa de putas. Librada despedía un intenso olor a gorrino, fritanga, orines y sudor, todos mezclados como si fueran los componentes de un puchero, del que el olfato de la niña tardó mucho tiempo en desprenderse. Los años de Cáceres con los Cifuentes fueron ventilando poco a poco el «compartimento de los olores» del cerebro de Casilda, de forma que, cuando llegó a Barcelona, ya se había acostumbrado al aroma dulzón de la esposa de don Cayetano, que sí se bañaba, al menos una vez a la semana, y usaba perfume francés de imitación. «La señora Mercedes huele muy requetebién», piensa, mientras baja las escaleras de mármol, rumbo al subsuelo del palacete. De hecho, eso es todo lo que ha sido capaz de percibir de la nueva señora.

Las navidades en casa de los Martín Rubio son, ante todo, la mutación del palacete en algo parecido al escaparate de unos grandes almacenes parisinos. El día 15 de diciembre llega puntualmente, en una camioneta, el gran abeto que habrá de decorar el *hall*. Mercedes, ayudada por el servicio, se encarga de emperifollarlo cada año con adornos diferentes. Este, compró grandes bolas transparentes, parecidas a pompas de jabón, que ha colgado mediante lazadas

doradas del árbol. Entre bola y bola, estrellas de cinco puntas, botitas rojas de fieltro, angelitos en cueros, herraduras plateadas, renos blancos, y hasta piñas, porque en navidad, la época de los milagros, bien pueden colgar piñas de los abetos. En fin, la afición de Mercedes por lo abigarrado es tan extrema que, incluso a Casilda, tan poco amante de la sobriedad, le ha parecido excesivo el árbol de navidad de los Martín Rubio. Hace ya años, desde que Nicolás, el niño de la casa, dejó de ser un niño, que no se monta el Belén, así que este derroche de vulgaridad podría haberse quedado en el abeto, pero Mercedes no tiene límites. Del dintel de las cuatro puertas que dan al *hall*, ha hecho colgar guirnaldas verdes rematadas con más piñas y estrellas, que vuelven a repetirse en el pasamanos de nogal que remata la barandilla de la escalera. Montserrat ya se ha ido, porque quiere estrenar la jubilación en su pueblo, con la familia, así que Casilda ha ayudado a las dos chicas externas a dejar como los chorros del oro la vajilla y la cristalería especiales, que habrán de usarse en la cena de Nochebuena y las comidas de Navidad y San Esteban (que en Cataluña se celebra por todo lo alto, y Mercedes se ha vuelto muy catalana), aunque este año se van a sacar por anticipado, de aquí a unas horas, porque Alejandro Barcos aceptó la invitación de los Martín Rubio, y habrá una cena íntima pero de gala —algo así como una cena prenavideña—. A Mercedes, aunque fiel a este rito doméstico, que extiende a su propia persona con tratamientos intensivos de belleza, joyas, ropa, zapatos y todo lo que se le antoja, para que quede evidente que son fechas especiales, no le gustan las navidades. Nunca le han gustado, y ahora, que apenas tiene trato con su familia, mucho menos. Sigue hablando con Cayetano y Dorita de vez en cuando por teléfono, pero hace mucho tiempo que no se ven. Son demasiadas ofensas, sobre todo hacia Eulogio. Su marido es para estas cosas un bendito, pero ella no perdona las humillaciones. Ni perdona ni olvida. Ella, no. De todas formas, Mercedes Cifuentes no es de piedra, y cada vez que se acercan las fiestas, un rencor disfrazado de nostalgia se apodera de ella, y la tiene todo el día suspirando.

Casilda, en cambio, aunque trabaja como una mula, parece unas castañuelas; canturrea villancicos sin parar y felicita a todo el que se le pone a tiro. Esta noche se estrena como doncella de los Martín Rubio, en esa cena tan importante, para seis comensales, que se va a servir en el comedor pequeño. Ha vuelto a hablar varias veces, por cuestiones domésticas, con su señora,

pero hasta hoy no ha tenido ocasión de verle la cara a Don Eulogio, que acaba de regresar de Suiza. Antes de entrar al comedor, Casilda ha servido un jerez a los anfitriones y sus invitados en el salón contiguo. A Eulogio Martín, tantos años de triunfo empresarial no han conseguido quitarle cierto aire de subordinado. Sigue pareciendo uno de esos empleados a los que hace felices asistir y obedecer, condición que delatan sus hombros estrechos, adelantándose solícitos, como si fuera a decir de un momento a otro «lo que usted mande». Es pequeño y muy moreno, agitanado, casi; cejijunto y de frente estrecha; manos peludas; su media oreja izquierda, sin lóbulo por aquel accidente de caza, despegada y puntiaguda; barriga abultada, y su personalísima cojera poliomielítica, que pasea copa en mano sin ningún complejo. Así, y en este lugar y circunstancia, con los nervios a flor de piel por su estreno como empleada de postín, «se le ha aparecido» a Casilda por primera vez Don Eulogio; si, se le ha aparecido, porque ver al hombre y pensar que estaba ante la reencarnación de su perro, ha sido toda una. En la mansión de los Martín Rubio, aunque parezca extraño, no habita ningún perro. Ni uno de esos cancerberos enormes que duermen en una gran caseta en el jardín y que se ocupan de que cualquier intruso que aprecie su integridad física ponga los pies en polvorosa, por si las pulgas; ni uno de los pequeños ejemplares de peluche, con pedigrí, vestiditos de Barbie o Ken, según el sexo, que se pasan el día en brazos de su dueña, entre mimos y besuqueos. Y es que Mercedes odia los perros (también Dorita, la señora de Cifuentes, los odiaba). Nunca se le borró a Casilda de la memoria la imagen de Orejo, el perro de las Hurdes que, como un fiel escudero herido en algún lance, la había seguido siempre cojeando. El mismísimo Orejo, en persona, es Eulogio Martín, con su actitud suavona, su cojera y su media oreja disparándose del lado izquierdo de la cara... Cuando se acerca a él, bandeja en mano, y le dice «¿quiere, el señor otra copa?». Eulogio Martín le contesta con un «guau» lastimero, o eso le parece a la chica, que disimula a duras penas la lagrimilla que le resbala del ojo izquierdo a la nariz. A partir de ese momento, sabe que va a sentir un cariño extravagante por este empresario feo y lisiado, fiel reflejo del único ser del que ella se ha sentido dueña. Y que ese cariño va a ser correspondido.

El grupo acaba de pasar al comedor, y, cuando toman asiento, Casilda observa que, junto a la señora, queda un puesto vacío. Casilda supone que, si

falta un comensal, no se puede empezar a servir la cena. La señora no se manifiesta, y cuando a Casilda empiezan a temblarle las piernas por no saber qué hacer, aparece el impuntual, que resulta ser el hijo de los anfitriones, Nicolás —o Nico, para los íntimos—, en absoluto parecido a un perro. A la doncella le parece tan guapo que «se le paran los pulsos», como suele decirse en las coplas, nada más verlo. El Señorito Nicolás aparenta unos veinticinco años, justos los que tiene; los ojos azules; el pelo castaño, engominado hacia atrás; barba de cuatro días, y una boca carnosa de pecador, que clama al cielo. Casilda —que es doncella en el sentido literal de la palabra, virgen de absoluta virginidad, con el himen mental tan intacto como el vaginal— se acaba de enamorar al instante del muchacho. Y por primera vez en su vida, actúan juntos casi todos sus sentidos, como si se hubieran puesto de acuerdo para meterle a ese hombre dentro del cuerpo. Le mira, tan hermoso; le escucha hablar, con ese deje extraño —que achaca, en su ignorancia, a que es catalanoparlante, pues no sabe aún lo que es un pijo—; aspira, cada vez que le ha de servir (por la izquierda, como le han ensañado) ese olor a hombre (doscientos euros, cuesta oler así). Sin embargo, no todos sus sentidos, porque, aunque hay un momento en que Casilda roza sin querer la mano del hijo de los Martín Rubio, y el del tacto hace un amago de ponerse en marcha, hasta un tiempo después no habrá de saber la muchacha como de ardiente es la piel de este hombre.

A la derecha de Don Eulogio, se sienta su abogado, Joan Burrull, un hombre entrado en años, viudo reciente, de mirada taciturna, que permanece casi toda la noche callado, pese a su oficio. Ha venido acompañado de un amigo íntimo de la familia, natural de Cáceres, este, divorciado, y por lo tanto, menos taciturno que Burrull. A la izquierda del anfitrión, un tipo elegante, aunque el único que ha prescindido de la corbata: Alejandro Barcos, ex senador y con título nobiliario. Alejandro Barcos, Conde de Villa Urraca, es

el invitado de honor esta noche, el hombre para quien se ha organizado escrupulosamente desde el menú hasta el perfecto protocolo. El caballero, que roza los sesenta y ofrece el aspecto de un deportista de élite retirado, luce una frondosa cabellera completamente cana que contrasta con su piel bronceada, y mastica con una mandíbula rotunda de dios griego. Los ojos, de un negro casi siniestro, están coronados por unas cejas espesas y muy oscuras, que levantan sospechas sobre ese pelo plateado; ¿es, quizás, esa melena, un capricho estético más que un producto de la naturaleza y los años? ¿Se tiñe Alejandro Barcos el pelo de blanco? Por supuesto, no es Casilda quien se hace estas preguntas, sino Mercedes, que no le quita ojo de encima. Barcos la tiene abducida, aunque ella es una mujer fiel, y no se le ha pasado por la cabeza nada que vaya más allá de un coqueteo, que le permita pensar que todavía es deseable, y comentarlo con sus amigas. Desde que lo conoció en Madrid, ha estado preparando esta cena, ocupándose de cada detalle. Todo ha de salir a la perfección, y también ella ha de estar perfecta de la cabeza a los pies.

Y sí, todo ha salido como tenía previsto —piensa la anfitriona—, si no tenemos en cuenta el retraso de Nico, que la ha puesto de los nervios, aunque ya debería estar acostumbrada. La mesa parece de cine: la porcelana, el cristal de Bohemia, los cubiertos de acero y plata, y muchas velas, muchas, flameando en sus candelabros. El menú, diseñado por ella, exquisito y muy *light*. La nueva doncella, discreta y diligente como si llevara allí toda la vida. Pero la cena comienza, transcurre y acaba mortalmente aburrida para Mercedes, que tanta ilusión había puesto en recibir a Barcos. Es la única mujer, y aunque pensaba que iba a ser el centro de atención, se siente desplazada, casi ignorada. Allí se habla solo de política y de dinero (y de ambas cosas a la vez, puesto que la una lleva a la otra). Resulta que ella, la artífice de este encuentro, no es más que una convidada de piedra; un florero (tanta peluquería, manicura, vestido de Carolina Herrera, para nada), así que no ha tenido más remedio que dedicarse a hablar con Nico, algo que hace tiempo que le resulta incómodo, porque Nico vive en otra galaxia. Cuando finaliza la velada, ni el hijo de los Martín Rubio (que se ha aburrido con su madre tanto como ella con él) ni Alejandro Barcos han reparado en la retaguardia de la chica, pero lo cierto es que ambos habrán de escribir, cada uno a su manera, dos capítulos en el destino de Casilda García, que se meterá

esa noche en su cama del sótano, muerta de cansancio y con mariposas en el estómago.

Dos días después, el culo de Casilda volvió a mostrarse en todo su esplendor, mientras su dueña subía las escaleras de mármol, rumbo a la *suite* de Doña Mercedes, bandeja de plata en mano, con el té y el Ibuprofeno de la media tarde. El bello Nicolás acababa de llegar. Venía de una manifestación de universitarios contra la nueva ley de educación y el ministro de turno. Una manifestación en la que estaba triplemente involucrado, al menos para hacer bulto y gritar, puesto que había empezado a estudiar (cada una tras abandonar la otra) tres carreras diferentes: derecho, económicas y políticas. Se quitaba sudoroso la chupa de cuero, desgarrada, con una mano, y con la otra se arreglaba el pelo, que había perdido su compostura, cuando le dio por mirar hacia las escaleras, por si aparecía su señora madre y le sorprendía con aquellas pintas. Entonces lo vio. El culo. El culo de la doncella. Ante un culo así, todos los hombres reaccionan de igual manera, por eso Nico lanzó exactamente la misma exclamación que diez días antes había lanzado Pepe. No se le pudieron ocurrir otras, como «qué hermosas posaderas las de esta muchacha», o «magnífico trasero, vive Dios» —aunque algo anacrónicas, más acordes con su estatus social y variados estudios universitarios—. Como el humilde chófer de su padre, que no había acabado el graduado escolar, gritó un ¡hostia! que retumbó en el *hall*, y que hizo volver precipitadamente la cabeza a Casilda, con la consiguiente pérdida de equilibrio y una caída aparatosa, escaleras abajo, con revuelo de faldas, en medio de tres o cuatro ¡ay!, más de miedo y vergüenza que de dolor. A pesar de todo, acabó siendo un encuentro muy romántico. Al pie de la escalera de mármol, Nico recogió a la chica, que había quedado en el suelo, boca abajo —por lo tanto, luciendo lo que había ocasionado el accidente—. Él se presentó como Nicolás Martín (antes volvió a recomponer su pelo engominado) y se excusó ante Casilda

García, que se presentó a su vez como la nueva doncella. La levantó por las axilas, y una vez de pie ella, la miró arrebatadoramente a los ojos y le dijo que era muy guapa. Luego le palmeó el culo un par de veces y le guiñó el ojo derecho. «Tengo que recoger esto», dijo Casilda, señalando el estropicio que habían hecho la bandeja y la taza y el té —a saber dónde habría ido a parar el Ibuprofeno— y salió corriendo hacia la cocina.

Cuando tienes diecisiete años, y has vivido once en una alquería, junto a una mujer pobre y un perro cojo, y seis fregando de rodillas el suelo de la casa de un médico de provincias, que un hombre como Nicolás Martín te diga que eres guapa, te guiñe el ojo derecho y te palmee el culo dos veces, es más de lo que nunca te hubieras atrevido a soñar. Casilda se pasó unas cuantas noches en vela, pero siguió cumpliendo durante el día con sus obligaciones, como siempre había hecho desde que era una niña.

Del 22 de diciembre al 7 de enero, Nico estuvo desaparecido. Casilda supo por Pepe que estaba esquiando en Baqueira, con unos amigos. Pero pasada la festividad de reyes, apareció de nuevo por la casa, y una tarde se plantó en el *hall*, a la hora en que su madre tomaba su té con ibuprofeno. Al pie de la escalera de mármol abordó a Casilda, que tembló como una hojilla movida por el aire. Le repitió lo de que era guapa, y aprovechando que ella llevaba la bandeja en las manos, le palmeó el culo, no un par de veces, sino unas cuantas más. Luego le puso en el bolsillo del delantal un papelito, en el que había escrito «Mi *abitación* es la tercera a la derecha de la de mis padres. Esta noche duermo en casa». «Anda —le dijo al oído—, súbele eso a mi madre, que se va a enfriar». Casilda no tuvo fuerzas ni para abrir la boca, y obedeció, que era lo suyo.

Ver subir de nuevo aquel culo por las escaleras alteró tanto a Nicolás que tuvo que meterse en el baño para aliviarse como si tuviera quince años. Luego se preparó un *whisky* y llamó a Pepe para que le llevara al centro. Cenaría

fuera, como de costumbre, pero haría lo posible por volver a una hora decente.

Hasta las doce de la noche, Casilda no ha tenido el valor de sacar la nota del delantal. Al leerla, huye el recién estrenado valor de repente, para dar paso primero al desconcierto y luego a un miedo cervical. Por suerte para Nico, la doncella no es capaz de advertir que su voracidad es tanta que hasta se come las haches: «Mi habitación... mi habitación...». Casilda García, el ciervo, quiere huir, pero no puede, porque su amor por Nico ha crecido demasiado durante esos días, así que abandona el sótano y sube las escaleras de mármol, esta vez sin bandeja y con el corazón encogido. Casualmente, esta noche, Doña Mercedes y Orejo —Don Eulogio— han acudido a una cena benéfica, organizada por Antonio Banderas y la alcaldesa de Barcelona, que ha mantenido durante toda la tarde a la señora en un grado de histerismo sumo —sobre todo, porque también va a acudir Barcos—. La mansión, al menos la parte noble de la mansión, está ahora desierta y en absoluto silencio. Ya sabe Casilda, de sobra, cuál es la habitación de Nico, cómo no va a saberlo. Allí se dirige y llama a la puerta con un golpe y medio de sus nudillos y la respiración entrecortada. Nadie responde. Mejor, esto no está bien —piensa—, y justo cuando va a darse la vuelta, siente unas palmadas en el culo. «Hola, bonita», le dice Nico al oído. Ella no contesta. El chico abre la puerta y la empuja hacia dentro.

El desvirgamiento de Casilda García, dada su ya apuntada virginidad mental, fue placentero y poco problemático. Aunque Dorita, la mujer de Don Cayetano, la había hecho convivir con un rancio catolicismo, bautizándola, por fin con cura, para hacerla tomar después la comunión, tras su correspondiente catequesis, aquellas semanas en Barcelona, durante las que no volvió a pisar una iglesia, le habían hecho olvidar enseguida que practicar sexo fuera del matrimonio era un pecado mortal de los más mortales. Cuando un cuerpo de diecisiete años se despierta, no hay Dios que lo detenga, y el cuerpo de

Casilda García se despertó con tal fuerza y entrega que, si no fuera por la sangre que manchó las sábanas, Nicolás hubiera pensado que la chica ya había estado con otros hombres.

Tras aquella primera noche, vinieron muchas más, siempre precedidas del correspondiente papelito en el bolsillo del delantal, y cuidando mucho de que los señores no se olieran lo que estaba ocurriendo entre los dos. A las doce de la noche, más o menos, estuvieran o no los padres en casa, Casilda subía a la habitación de Nico; un Nico que, de pronto, ante la sorpresa y el agrado de su madre, se había vuelto extrañamente casero. Un Nico que fue el amante perfecto, hasta que Casilda le anunció entre hipidos y sollozos que «aquello» se le estaba retrasando y que tenía mucho miedo de haberse quedado preñada como su difunta madre. Ya tenía bastante Nicolás con las deudas pendientes por su afición al juego, como para hacerse cargo de un problema de ese calibre, así que empezó a dejarse ver cada vez menos, hasta que, ante la insistencia de la chica, que no paraba de buscarle y atosigarle, siempre que conseguía verlo, con sus lloriqueos, le dejó bien claro que se buscara la vida. Sin palabras, poniéndole en el bolsillo del delantal un papelito muy bien doblado, en el que ya no rezaba «estaré en mi *abitación*», sino el teléfono y la dirección de una clínica y una breve posdata: «Aquí te lo quitarán». Era martes, y los miércoles por la tarde Casilda libraba, así que al día siguiente, por la mañana, llamó a la clínica, y por la tarde, metió su sueldo íntegro en un sobre y le pidió a Pepe que la llevara al centro. El chofer accedió —solo por esta vez, le dijo, que no estoy aquí para pasear al servicio—, y, sin echar ni una lágrima más, aceptando, como siempre había hecho, que las cosas son como son y que no hay que darles más vueltas, se metió en el Mercedes de los Martín Rubio, rumbo al barrio de La Bonanova.

Cuarto nacimiento

Mari Carmen Borrego Muñoz, de veinticinco años, conocida en el mundo de la noche barcelonesa como «Celia la Bollo», aguardaba hecha un manojo de nervios, sentada en la espaciosa sala de espera de aquella clínica de la Bonanova, un chalecito moderno y discreto. Era la segunda vez que acudía allí en dos años, por su mala cabeza y porque, para su desgracia, a pesar de que estaba considerada la reina del lésbico, le gustaban mucho los hombres. No tenía ni la menor idea de quién era el pájaro que la había dejado esta vez embarazada; Mari Carmen era promiscua por vocación y por naturaleza, y también porque solo una buena sesión de sexo *hetero* la aliviaba un poco del maldito insomnio que venía padeciendo desde los quince años.

El espacio era diáfano, de paredes blancas, con unas cuantas butaquitas de color gris metalizado, y un par de mesas de cristal, llenas de revistas del corazón. Al fondo, tras un mostrador lacado en rosa, la secretaria, rubia platino y con un par de *piercings* en la nariz, enviaba whatsapps con el dedo pulgar como si se fuera a acabar el mundo. Justo en el momento en que Mari Carmen decidió ojear una revista para matar los nervios y el aburrimiento, apareció una muchacha que se dirigió al mostrador. La secretaria dejó el móvil con cara de fastidio y una sonrisa de oreja a oreja —un gesto muy frecuente detrás de los mostradores— y atendió a la chica: Casilda García. «Pobrecilla —pensó la de los *piercings*, que no tenía mal corazón, mientras tomaba nota—, otra desgraciada». Y lo mismo pensó Mari Carmen, alias Celia la Bollo, artista porno, insomne y reincidente en lo de abortar, solo que sin lo de «otra», porque eso de que vemos la paja en ojo ajeno y no la viga en el nuestro es una gran verdad. Casilda García, a instancias de la secretaria, se sentó a esperar. Y lo hizo junto a Mari Carmen.

—Hola, me llamo Casilda.

—Y yo Celia. ¿De cuánto estás?

—¿De cuánto de qué?

—Que de cuanto estás preñada, chica.

—Ah —y Casilda se queda en silencio.

—Si no quieres que hablemos de eso, no hablamos, ya ves tú lo que me importa a mí de cuánto estás o no estás, era solo por romper el hielo, chica, que si las dos hemos venido a lo mismo, pues ya ves. Yo de una falta, solo, pero como soy muy regular, me hice el puto predictor y salió que sí. Y ya es la segunda vez, que no escarmiento, chica.

—Pues yo no sé si estoy, pero no me viene la cosa. Me han dicho esta mañana que me lo dirían seguro y si eso, ya harían lo que haya que hacer.

—¿Y tu novio, qué?, porque tú seguro que tienes novio.

—Pues que no quiere saber nada.

—Y se ha *pirao*, y si te he visto, no me acuerdo, el muy cabrón, ¿no? —Mari Carmen acaba de indignarse. De repente, monta en cólera contra el novio, contra todos los novios, que son unos cabrones, pena de chica, ya le pareció, nada más verla entrar, que era una pardilla—. ¿Y de qué pueblo vienes tú, si se puede saber, porque tú eres de pueblo, no?

—De ninguno, vengo de Cáceres, que es una capital —Y Casilda, roto el hielo, le cuenta a Celia con pelos y señales que hace un par de meses que llegó a Barcelona para entrar de doncella en un palacete de Pedralbes. Que la señora huele muy bien, que el señor se ha tragado el espíritu de su difunto perro Orejo, natural, como ella de las Hurdes, y que el hijo de ambos, que se llama Nicolás, es el culpable de que ella esté ahora aquí sentada.

«Vaya por Dios», le dice Mari Carmen, a partir de ahora, Celia. Y no le da tiempo a decirle más, porque, en ese momento, la secretaria de los *piercings* la llama por su verdadero nombre, Mari Carmen Borrego Muñoz, y aparece una enfermera con bata blanca, pechos de silicona y tacones de aguja, que le indica amablemente que la acompañe. «Toma una tarjeta, aquí tienes mi móvil, por si necesitas algo, que nunca se sabe, chica».

En esta circunstancia tan poco corriente, se conocieron en una clínica de la Bonanova Celia y Casilda: las dos a punto de perpetrar su «interrupción voluntaria del embarazo» —como suele decirse ahora—, y sin sospechar que el destino les iba a hacer el regalo de una amistad que perduraría, como los

buenos matrimonios, hasta que la muerte las separara.

Casilda se dio cuenta, cuando salió de la clínica, de que acababa de nacer otra vez. Todo era nuevo y extraño. El taxi enfiló, cómodo por el poco tráfico, el paseo de Manuel Girona, que desembocaría en pocos minutos en la Avenida de Pedralbes. Sonaban los interminables anuncios de productos milagrosos en Radio Taxi, y, antes de llegar al palacete, una canción de Isabel Pantoja, que el taxista tarareó. Pero Casilda, la mente de Casilda, se había dedicado, desde que arrancó el vehículo, a recordar con nitidez, casi con estridencia, los paisajes de su infancia. Tras aquel lapsus, en el que había sido deslumbrada, primero por los jardines de los Martín Rubio y luego por su hijo, volvía, de nuevo, el veneno de la nostalgia. No es cierto, como algunos piensan, que en la tierra de Casilda solo hay caminos y veredas. Su alquería —destinada a desaparecer, según decía siempre Librada— acoge en verano a turistas en busca de lo insólito, y para ellos, sí se han necesitado carreteras. Ya hace muchos años que se han impuesto allí avances como la televisión y los bares de copas, que han ganado la batalla a las tertulias nocturnas y al *Retozu*, pero las Hurdes siguen guardando en sus entrañas y en lo más recóndito del alma de sus habitantes los restos de un paganismo y una simbiosis con la naturaleza que se resisten a desaparecer. Hasta hoy, Casilda García ha sido un ejemplo vivo de esa resistencia: ante todo y por encima de todo, una hurdana. Pero hoy, que acaba de nacer, con ese dolor en el vientre y el calor de la sangre en las ingles, se da cuenta de que su antiguo mundo, aquella especie de limbo en el que se mantuvo, incluso en sus años de Cáceres, ha dado paso a otro, y que ella, lo quiera o no, va a ser parte de ese nuevo mundo. Sin embargo, la tierra donde hemos nacido y pasado nuestros primeros años nos conforma, y, por eso, cada vez que la vida la azote como hoy —algo que, sin duda, va a suceder— volverá a añorar su infancia, como lo está haciendo ahora, dentro de un taxi negro y amarillo. Porque la infancia es más larga que la vida.

En el mismo momento en que Casilda abortaba en la Bonanova, y Mercedes bailaba sevillanas en el club, le pasaron a Eulogio Martín una llamada de su concuñada Dorita. Hacía más de tres años que no hablaba con ella y con Cayetano, la última vez que cruzó unas palabras con la pareja había sido en la boda de la hija de una prima segunda de los Cifuentes, que vivía en Madrid. Recordaba haber sido tratado por el matrimonio con deferencia, casi con servilismo; después de años de desprecio y ninguneo, le habían adulado de forma tan zafia que ambos le dieron asco. Sí, aquel matarife paleta e insignificante se había convertido en un importante empresario, que entraba cada año en la lista de los hombres más ricos del país, mientras su cuñado continuaba haciendo guardias en un hospital de provincias y redondeando el sueldo en su consulta privada. En cuanto a Mercedes, a la vista estaba que se había convertido en una mujer espléndida y espléndidamente tratada por la vida, gracias a él. La tentación de corresponder a sus lisonjas con el más absoluto desdén había sido muy fuerte, pero todavía había sido más fuerte la de dejarse querer y mostrarse amable de forma tan manifiesta que fuera imposible no percibir su desprecio. A Eulogio, curtido en mil batallas, le faltaba don de palabra; lo suyo no era la retórica, pero tenía una habilidad especial para dar bofetadas sin mano.

Tras los saludos de rigor, más o menos protocolarios, Dorita le dijo que les llamaba para pedirles que informaran a Casilda de que su madre postiza, Librada, la de la alquería, había muerto aquella tarde en un hospital de Cáceres. «¿Qué Casilda?», preguntó Eulogio, fingiendo ignorancia, para que su cuñada viera que él estaba por encima de esos asuntos domésticos. «La criada, bueno, la doncella que os hice venir de Cáceres, no sé si estarás al tanto, si quieres llamo cuando Mercedes esté». «O le dices que me llame ella», corrigió inmediatamente, con cierto tonillo de altivez. «No, no, tranquila, Dora, que en cuanto llegue la chica, yo mismo se lo digo» (ahora, la intención de Eulogio ha sido que Dorita se percate de que, aunque está por encima de esos asuntos, sigue siendo un hombre accesible).

En cuanto Casilda llegó al palacete, fue avisada de que debía subir, de inmediato, al despacho del señor. Cuando entró, ya uniformada y recompuesta, pero con la mirada triste, Orejo la recibió con una sonrisa paternal; era solo una niña, y sí, recordaba haberla visto, con su delantal blanco con puntillas y

su cofia, atendiéndoles durante aquella cena con Barcos. No se le daba bien lo de dar malas noticias, así que fue al grano y, sin mucho preámbulo, le comunicó a la chica lo de la muerte de su madre (o lo que fuera). Casilda, cogida por sorpresa, disimuló como pudo las lágrimas y el dolor que acababa de agudizarse en su bajo vientre, volviéndose de espaldas. Y Eulogio lo vio. El Culo. El culo de la doncella, del que ya le había hablado Pepe, en uno de esos trayectos en el *Mercedes*, que predisponían a confianzas entre señor y empleado de confianza. La situación, en medio de la noticia de una muerte, no estaba para exclamar «¡hostia!», como hicieran su chófer y su hijo. Ni siquiera mentalmente. La chica le daba pena, y, no sabía por qué, no le excitaba en absoluto. Todo lo contrario: mirarla era sentir de inmediato un amago de ternura que le confundió. Casilda le rogó que le concediera unos días libres para poder ir a despedir a la difunta. También le pidió un adelanto de su sueldo, sin explicarle, por supuesto, que sus ahorros habían ido a parar íntegros a la clínica de la Bonanova donde había abortado esa misma tarde. Don Eulogio, por primera vez sin consultar con su mujer, accedió de inmediato a ambas peticiones, extendiéndole un talón de mil euros, algo que no extrañó en absoluto a Casilda, que sabía perfectamente que el señor se había tragado el alma de su perro. ¿Iba a permitir Orejo que Librada fuera enterrada sin la compañía de su hija? Entonces cayó en que el perro debía llevar años muerto, y el llanto estalló entonces sin tapujos ante el hombre, que la consoló como pudo, de la única manera que sabía: poniéndole otros mil euros en metálico, que sacó de un cajón del escritorio, en el bolsillo del delantal. Aunque Casilda, más que el dinero, agradeció aquel «guau» que oyó —o creyó oír— cuando Eulogio Martín se despidió de ella.

A primera hora de la mañana, Casilda partió en AVE hacia Madrid, donde hizo un trasbordo para tomar un tren que la dejaría en Cáceres.

La ciudad le pareció preciosa, y mucho más pequeña de lo que la recordaba, como suele suceder a los que regresan a su casa después de haberse abierto al mundo. En Casilda, esa sensación fue mucho más intensa, puesto que apenas conocía de la ciudad poco más que el mercado municipal, algunos comercios y la Catedral. Don Cayetano la esperaba en la estación y el reencuentro fue tan frío por parte de ambos, que parecía que no se hubieran conocido nunca. Sin embargo, esa frialdad solo era real por parte de Casilda.

Cayetano, a duras penas pudo disimular el embarazo que le producía encontrarse delante de aquella chica, que tanto le turbó, y que en unos meses se había convertido en una mujer, que todavía le turbaba más. Desde que la criadita se fue a Barcelona, no le había dado más vueltas a la idea de que pudiera ser hija suya —de hecho, la paternidad de Cayetano Cifuentes va a borrarse de esta historia, como se borran tantas paternidades que carecen de importancia, porque nunca se han ejercido—. Casilda pensó, a pesar del frío recibimiento, que Don Cayetano la llevaría a su casa, pero este condujo el coche, directamente, de la estación al tanatorio, donde descansaba el cuerpo de Librada. En el pequeño recibidor de la sala donde se hallaba la difunta, Dorita esperaba sola, sentada en un pequeño sofá, con una revista en las manos, y tardó unos segundos en levantarse cuando vio entrar a Casilda acompañada de Cayetano. No es que Dorita fuera un ser más mezquino de lo normal, pero, los celos actúan por su cuenta, y, antes de darle un abrazo protocolario y el pésame a su antigua criada, sus ojos fueron a parar a los de Cayetano, y toda su atención se centró por unos segundos en descubrir si en la mirada de su marido aparecían los restos de aquel incendio que ella, gracias a Dios, se había encargado de apagar. Bendecía el día que, sutilmente, puso a Cayetano entre la espada y la pared, y es que, desde que aquella niña salió de sus vidas, terminó el infierno en el que había estado sumida, y, aunque su compra de lencería erótica no había dado el resultado apetecido, porque Cayetano pareció entrar en una inapetencia sexual irreversible, todo fue paz y concordia en casa de los Cifuentes. La enfermedad de Librada, de la que se enteraron porque la mujer fue ingresada en el hospital donde ejercía Cayetano, había puesto a Dorita en un dilema moral del que era incapaz de escapar. No le había hecho llegar sus cartas a Casilda, y por lo tanto, la mujer, que se mantuvo firme en suspender las visitas, se sintió abandonada y olvidada por su hija. Ni siquiera sabía que esta se encontraba en Barcelona. Dorita, haciendo de tripas corazón, fue a verla un par de veces, porque aquella desgraciada no tenía familia, pero no tuvo el valor de decirle la verdad sobre las cartas, aunque le prometió que intentaría que la desagradecida de Casilda volviera a Cáceres para verla. La muerte de Librada se precipitó, pero Dorita cumplió su palabra, y allí estaba la chica, al menos para velar el cadáver de su madre.

Librada, dentro de un sencillo ataúd, como correspondía a la modesta

cuota que pagaba a una empresa de seguros funerarios, permanecía, muerta, no más tranquila de como lo había estado en vida. «Pues aquí estamos, echando una cabezadita», parecía decir con su pose relajada, cuando Casilda la vio a través del cristal, con la boca un poco entreabierta y las manos cruzadas sobre el pecho. La vio tan en paz, que el dolor de verla fue dulce; uno de esos dolores que parecen curar más que herir, y, si soltó alguna lágrima, fue de gratitud y cariño, más que de pena.

Al día siguiente, ya sin la presencia de los Cifuentes, que le habían buscado para aquella noche una pensión, despedía a Librada, su madre, en el pequeño cementerio de la alquería, y aquel adiós le confirmaba que, definitivamente, se había convertido en una mujer, y que su pasado se difuminaba por momentos, como se difuminan los paisajes en medio de la niebla. Ya nada le quedaba por extrañar; Librada estaba muerta. Milagros y Orejo también. Y los Cifuentes eran una hoja en blanco.

A los cuatro días de su partida a Cáceres, Casilda llegaba, de nuevo, a Barcelona, y, de nuevo, Pepe la recogía en la estación de Sants, esta vez con un equipaje mucho más ligero y una actitud menos expectante y, por supuesto, menos ilusionada. En cuanto subió al *Mercedes*, le pidió a Pepe que le dejara hacer una llamada con su móvil, y el chófer repitió, más o menos, lo que le dijo cuando le pidió que la llevara a la Bonanova: «pero solo por esta vez, porque mi móvil no es para que ande llamando el servicio».

«¡Anda, chica!, ¿cómo te encuentras, fue todo bien?». La consoló mucho oír la voz de Celia, se sintió confortada, como si acabara de descubrir que, a pesar de todo, no estaba sola. «Necesito verte, Celia..., sí, todo fue bien, aunque estuve unos días muy rara... ya, pero luego han pasado cosas... no, no, cosas de mi gente de Cáceres, acabo de llegar de allí. ¡Anda!, y tú, ¿cómo estás?». Quedaron en encontrarse al día siguiente, miércoles, por la tarde, cuando Casilda libraba.

Tras reponer su maltrecha economía, Casilda pudo adquirir algunas cosas imprescindibles. Según Celia, una nueva mujer en un mundo nuevo necesitaba, como mínimo, un móvil última generación; ropa interior de encaje; tejanos, faldas cortas y camisetas talla XS; zapatos de tacón con plataforma; unas gafas de sol de marca; muchos cosméticos, y un buen perfume. Ah, también un bolso, si no de piel, que lo pareciera, y dentro, entre otras muchas cosas —ella siempre llevaba unas bragas limpias—, una caja de preservativos, si no quería acabar otra vez en el chalet de la Bonanova. Su cita de aquel día se había hecho recurrente. Cada miércoles por la tarde, la doncella de los Martín Rubio cogía un autobús que la llevaba al centro y otro que, por la noche, la devolvía al palacete. Por su parte, Nico pasó a ser, de una sombra huidiza, a una mosca cojonera revoloteando alrededor de Casilda. Estaba claro que la chica había resuelto aquel tema que lo tuvo tan preocupado durante unos días, y, como le seguía volviendo loco, buscó obstinadamente la ocasión de volver a tener un encuentro con ella, que le permitiera pedirle ese perdón que llevaba días ensayando. Pero ahora era Casilda la que lo esquivaba y se mantenía respetuosa y distante, como si jamás hubiera habido nada entre ellos. Alguna de aquellas tardes que libraba la doncella, se hizo el encontradizo en la puerta del garaje. «Salgo ahora con Pepe, si quieres te acercamos a donde vayas, no hace falta que cojas el autobús, mujer», «no, muchas gracias, señorito Nicolás», y seguía caminando, hundiendo los altos tacones en la gravilla de aquel sendero que había recorrido, en sentido inverso, con la maleta en la mano, hacía pocos meses. Solo que ahora, su cuerpo desprendía un perfume que recordaba el de las rosas del *hall* del palacete, y su culo, hasta hace poco tímido de movimientos, se balanceaba sin complejos. Nico pensaba, «desde luego, es otra», y, por una vez, acertaba.

Celia recogía a Casilda con la diligencia de la tutora que recoge a una pupila aplicada. Hasta las nueve de la noche no tenía que estar en El Gato

Mimoso, la sala porno donde trabajaba desde hacía tres años, así que, sobre las cuatro de la tarde, esperaba a su amiga en la parada del autobús, y las dos, como dos pinceles, se iban de tiendas y luego se sentaban en alguna terraza a tomar un refresco. Celia no bebía, ni fumaba nada que no fuera un canuto de buena yerba cuando no tenía hombre con quien combatir el insomnio, así que no era una mala influencia en ese sentido. Las compras compulsivas eran otra cosa, porque, como Celia, actualmente, no mantenía a ningún hombre, con el dinero que ganaba se podía permitir de sobra un coqueto apartamento en el Paseo San Juan, y todos los trapos, incluso caros, que se le apetecían. Ella había ayudado a Casilda a elegir «los indispensables» para ser una mujer de mundo; ella era, pues, la responsable de que la hurdana pareciera ahora un híbrido entre una dependienta de Zara y la recepcionista de un hotel barato, porque, lo cierto es que a la chica aún le faltaba mucho que aprender para dar esa imagen glamurosa y mundana que pretendía Celia, y cualquier buen observador decidía enseguida, viendo a las dos, que la muchacha del culo enorme era una provinciana y la otra, una puta de alto *standing*.

«Lo que tienes que hacer tú es buscarte la vida en el espectáculo», le dice Celia a Casilda una tarde, y la doncella le responde «¿pero dónde voy yo, que no sé cantar ni bailar?». «No hace falta cantar ni bailar en El gato mimoso, chica, con que tengas un buen par de te...». «De tetas —le interrumpe Casilda, muerta de risa—, ya se te ha escapado». «Bueno, si no tienes tetas, sí tienes un culo que vale por dos, chica, qué más quisiera yo».

Celia entendía la vida, y estaba convencida de saber lo que era una buena vida. No le ocurría lo mismo cuando pensaba en la muerte. La muerte estaba ahí, pero nunca había conseguido entender por qué; por qué entre tantas madres tuvo que llevarse a la suya, por qué entre tantas hijas, tuvo que ser a ella a quien castigara la muerte sin madre. En Casilda, la orfandad era algo normal, casi consustancial a su propia naturaleza, pero ella no se resignaba a una pérdida tan injusta, como no se resigna el rico a perder su riqueza, mientras que el pobre no puede echar de menos lo que nunca ha tenido. Casilda no estaba de acuerdo, y se negaba a dar su brazo a torcer, porque necesitaba tener la exclusiva de la mala suerte, Pero el camino de Celia había sido tortuoso. Cuando pasó a engrosar la población infantil dependiente del estado, en un centro de acogida, Mari Carmen Borrego Muñoz tenía catorce

años. Antes de cumplir los dieciséis, ya se había escapado cuatro veces del centro; antes de cumplir los dieciocho, había sido detenida otras cuatro por trapichear con droga. Y, antes de cumplir los veintidós, y tras un tiempo dedicada a la prostitución en los barrios más sórdidos de Barcelona, se ganaba la vida en El Gato Mimoso con un número lésbico, y, entre otras cosas, había perdido el nombre; una meteórica carrera la de Celia la Bollo; un ejemplo de supervivencia, teniendo en cuenta que, tras aquella época en la que la necesidad económica y algunas compañías poco recomendables la habían llevado a delinquir y a vender su cuerpo, había conseguido un trabajo estable, bien remunerado y digno. Quizás cueste entender el calificativo de digno para el trabajo que realiza cada noche en El gato Mimoso, pero lo cierto es que no roba, ni mata, ni se prostituye más que la mayoría de los mortales en su trabajo y fuera de él, así que tiene motivos para sentirse orgullosa de sus logros; mucho más orgullosa, piensa ella, que Casilda, que vive en un sótano y se pasa el día subiendo y bajando unas escaleras de mármol que nunca la llevarán a ninguna parte.

La misma tarde en que Celia animó a Casilda a dejar a los Martín Rubio y probar, de su mano, un *casting* en El gato Mimoso, apareció por la cafetería donde se encontraban Carlos Tercero. A Celia le costó en un principio reconocer a su antiguo compañero del centro de acogida, que había perdido mucho peso. El chico se acercó a ellas con una sonrisa grande, que dejaba ver dos dientes de oro.

—¡Cago en la hostia, Mari Carmen! ¡Estás guapa de cojones! ¿Qué pasa, nena, ya no te acuerdas de mí?

—¡No me digas que eres... tú!

—¡Carlos Tercero en persona! —Y se sienta entre las dos mujeres sin pedir permiso.

—Pues, chico, te confieso que no te había reconocido. Si no es por los ojos...

—Por lo que veo y disfruto con ellos, tú también has cambiado. Estás hecha un pibón. Anda, dame un beso, tía, cuánto me alegro. ¿Y esta muñeca, quién es?

—Se llama Casilda.

Sin abandonar su sonrisa grande y dorada, se inclina hacia la muda

Casilda y le planta un beso en cada mejilla, y luego repite, como presentación, de forma rimbombante, lo de «Carlos Tercero en persona».

—Pero ¿Tercero es el apellido, no? —Es lo único que se le ocurre decir a Casilda.

—No, no, guapa, Carlos Tercero de nombre, para servirte a ti y luego a España. Expósito de apellido. Mi madre era fan de Ana Belén y Víctor Manuel. ¿Tú no has oído lo de «La puerta de Alcalá»? Pues sale en la canción un rey, Carlos III, que debió ser la hostia, y como parió un hijo que era la hostia...

—Su madre le puso Carlos Tercero —remata Celia—, por cierto, que a mí me llamas Celia, que lo de Mari Carmen ya ha pasado a la historia.

Mientras conversaban, los sentidos de Casilda, que recordemos que, desde que había vuelto a nacer, habían aprendido a actuar juntos, se pusieron en marcha. Carlos Tercero tenía una voz agradable, a pesar del tono macarra; no era tan guapo como Nicolás, sin que eso significara que no tuviera cierto atractivo; olía a una hierba rara y a colonia ácida; y los besos que le dio en las mejillas eran húmedos y calientes como el pañal de un recién nacido. No era suficiente, por supuesto, para quitarle de la cabeza al hijo de los Martín Rubio, pero sí para desplazarlo un poco y hacerse un hueco. Carlos Tercero (sin dejar de mirar a la doncella) y Celia se pusieron al día sobre sus respectivas vidas: él no tenía, hoy por hoy, un trabajo fijo, digno y bien remunerado, como el de su amiga, pero, de tanto en tanto, ganaba mucha pasta, que luego consumía en parte y en parte invertía, para volver a ganar y a consumir. Para Celia, quedó meridianamente claro lo de «el consumo» y «la inversión»: Carlos Tercero era un vulgar *camello*. Carne de cárcel, aquel idiota. Casilda, en cambio, no pudo llegar a esa conclusión. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? Aunque ya había pasado por un chalecito discreto en la Bonanova, lo que lo que ocurrió allí, en realidad, no fue otra cosa que su propio nuevo alumbramiento, así que, si virgen, lo que se dice virgen, ya no era, sí volvía a ser una niña ajena a las sordideces y miserias que salpican la vida. La de Carlos Tercero le pareció, como la de Celia, fascinante; viniendo de donde venía, era de un indudable mérito haber llegado a convertirse en «un hombre de negocios», al que comparó enseguida con Don Eulogio, Orejo, alguien con iniciativa y tesón, hecho a sí mismo, a base de esfuerzo y trabajo.

Y al que no pudo evitar volver a comparar con Nico, de manifestación en manifestación y de juerga en juerga, sin hacer nada de provecho. Las claves del enamoramiento, seguramente tienen que ver, como casi todo en la vida, con el hecho de comparar. Nadie puede parecer bello, bueno, inteligente, si no se le sitúa en una balanza que dé el peso de sus virtudes comparado con otro. Y, por ahora, los únicos hombres que habían pasado por la vida de Casilda García eran Don Cayetano, Don Eulogio (Orejo) y Nicolás. Los dos primeros, por edad y circunstancias, solo entraban en el saco de los afectos más o menos superficiales hacia los varones de su entorno, pero entre Nicolás y Carlos Tercero, sí podía Casilda cotejar. Claro que Nicolás había sido su amante, el primero y único, de momento, pero también es cierto que en sus visitas a la habitación del chico, la única conversación que se había mantenido era la de sus pieles, ardientes como las de las castañas en otoño encima de una estufa de carbón, y que el hijo de los Martín Rubio no se había acercado a ella hasta que vio lo que vio cuando la doncella subía las escaleras de mármol. De hecho, cuando Nico metió a Casilda en su cama, apenas habían cruzado cuatro palabras. Carlos Tercero, en cambio, hablaba por los codos. Hablaba con ella: la niña hurdana; la sumisa criada adolescente de Cáceres; la doncella seducida de Pedralbes; la Casilda García que había nacido por cuarta vez, cuando salió de una clínica de la Bonanova con sangre en las ingles y una punzada de dolor en el alma y el vientre. Carlos Tercero era «de los suyos».

Era hora de volver a Pedralbes, y el muchacho se ofreció a acompañarla a la parada del autobús. Cuando se separaron en la cafetería, Celia le dijo al oído «no te fies de este pájaro, que es un hijo puta, aunque sea mi amigo». Pero Casilda se fío, y antes de despedirse bajo la marquesina, le dio a Carlos Tercero un beso en la boca y su número de teléfono. De su culo, el chico no había dicho ni una palabra; estaba entusiasmada.

Aquella noche, Casilda pensó durante varias horas en Carlos Tercero — qué gran rey debió ser el de la Puerta de Alcalá—. Ya de madrugada, con los ojos de par en par y el camisón empapado de sudor frío, valoró muy seriamente la proposición de Celia. Entonces la venció el sueño, que llegó acompañado de algo parecido a una pesadilla, pero que luego recordó con cierto placer: sobre el escenario de El gato Mimoso, Celia y ella, desnudas, se movían voluptuosamente al ritmo de una melodía de saxo. Los pechos de Celia

eran preciosos, grandes, redondos y llenos de purpurina dorada. Los suyos, diminutos, con los pezoncillos puntiagudos y llenos de purpurina plateada. Las manos de La bollo los abarcaban con una caricia casi inocente. Muchos hombres y alguna mujer las miraban complacidos, pero con un punto de condescendencia expectante, esperando algo más. Cuando el luminoso círculo móvil que pisaban las dos giró, y el público vio su culo, muchos hombres y alguna mujer empezaron a desternillarse de risa. Las carcajadas retumbaban en la sala con un extraño sonido, como el de un largo timbrazo intermitente. Era el despertador.

Los días, hasta la siguiente tarde del miércoles, se hicieron interminables. El palacete de Pedralbes había dejado de ser, de pronto, la metáfora de un sueño cumplido, y sus habitantes —amos y sirvientes (ella incluida)— eran ahora percibidos por la doncella como la personificación, unos del egoísmo, y los otros de un vergonzoso sometimiento. Montserrat, la doncella veterana que la recibió el primer día y la instruyó con paciencia y buen talante, para ejercer sus funciones, hacía ya más de tres meses que se había ido. La cocinera era una croata sombría, que apenas hablaba el español, y que siempre estaba constipada, por lo que Doña Mercedes la hacía cocinar con mascarilla. Y la encargada de la ropa se pasaba el día en el cuarto de la colada, que estaba, como sus habitaciones, en el sótano, planchando o seleccionando prendas para que Pepe las llevara a la tintorería. El resto del personal —jardinero y tres mujeres de la limpieza— eran empleados externos. Solo Pepe, con su carácter taciturno, pero afectuoso con ella, se salvaba. Y, por supuesto, Don Eulogio, Orejo, que, aunque se rumoreaba que la fidelidad —virtud fundamental en todo perro que se precie— no era su fuerte, seguía apareciendo a los ojos de Casilda, desde aquel día en que le comunicó la muerte de Librada, como un hombre bueno. Orejo había hecho un buen trabajo al colarse dentro de El Rey de la Morcilla, sin que nadie, ni él mismo, se diera cuenta. Y es que llevar dentro un perro puede hacer mejor al hombre.

El tiempo no corre igual para todos. Para algunos pasa de minuto en minuto. Para otros de año en año. Para Casilda, el tiempo acabó siendo una sucesión de miércoles; el resto de los días no contaban en su vida, así que se limitaba a cumplir con su trabajo igual que una autómatas y a mal dormir por las noches, con dos pensamientos fijos en su cabeza: Carlos Tercero y El Gato

Mimoso. Celia cedió, de mala gana, convencida de que estaba cometiendo un error, a darle las llaves de su apartamento, para que pudiera verse allí con Carlos Tercero, su flamante novio, que había tardado aún menos días que Nico en seducirla. A cambio, y después de pensarlo mil veces, ella también aceptó acudir con su amiga a la sala porno. Probar no costaba nada y salir de Pedralbes se estaba convirtiendo en una obsesión.

La socia de Fermín Ros, cofundador y propietario de El Gato Mimoso, fue cocinera antes que monja, y aprendió lo que debe ser un espectáculo porno en la mejor cocina: la del Bagdad.

Kitti, nacida en Hamburgo, había dejado sus estudios de derecho para ejercer la prostitución de alto *standing*, cuando conoció en Berlín a la dueña del Bagdad, en 1976. Allí iba la que, junto a su marido, acababa de abrir la que sería con los años la sala porno más famosa de Europa, para aprender de otros locales, y, de paso, adquirir material erótico, juguetitos que introducía en España escondidos en sus maletas. La comprensible ansia de desmadre que se produjo con la apertura posfranquista, y la calidad de sus espectáculos, donde se ofrecía sexo en directo por primera vez, propició el éxito del proyecto de la avispada pareja, que en poco tiempo consiguió contar con un nutrido elenco de artistas, traídos de todas partes de España y Europa. La empresaria convenció rápidamente a Kitti de que se trasladara a Barcelona, y la alemana, una deslumbrante belleza rubia, capaz de encender a un público ávido de nuevas emociones, se hizo pronto indispensable en el *show*, convirtiéndose en una de las estrellas del Bagdad. Pero su ambición, al igual que le había ocurrido a su jefa tiempo atrás, iba mucho más allá de mostrarse en un escenario, y supo mover su dinero con tanta maestría como su cuerpo. Al cabo de unos años, y antes de que se apagara su juventud y su estrella, ya había puesto en marcha su propio proyecto: El Gato Mimoso. Para ello, contó con la inestimable ayuda de Fermín Ros, un abogado homosexual, asiduo del Bagdad, con el que había

iniciado una imposible historia de amor, que acabó en amistad.

Kitti sabe muy bien de lo que es capaz un buen culo. Han pasado algunos años desde la apertura de su local; años durante los que ha observado, con mirada fría y analítica, una enorme cantidad de culos, pechos, penes y vulvas de mil hechuras y tamaños. Y hace tiempo que se ha dado cuenta de que nada tienen que ver hechuras y tamaños; que resulten tentadores, suele depender de cualidades más metafísicas, o sea, más sutiles. Así, un culo pequeño puede llegar a enloquecer a quien lo mira tanto como uno grande. Aunque, su experiencia como dueña y relaciones públicas de El Gato Mimoso, le ha confirmado a Kitti que «burro grande, ande o no ande».

Fermín Ros confía ciegamente en Kitti y, «La reina madre» de El gato Mimoso, y su buen ojo para descubrir talentos, por eso, cuando entró en su despacho aquella chica de pequeños pechos y culo grande, ante la duda, llamó a su socia para que opinara. La aspirante, que venía acompañada de la Bollo, era bonita pero tímida y paleta; no, no era, en absoluto, el perfil apropiado para sustituir a la provocativa Luci, compañera de Celia en ellésbico, que acababa de largarse con un multimillonario camerunés, cliente asiduo de la sala. Sobre todo, no daba el perfil porque el número se basaba en un enloquecido magreo pectoral, y la tal Casilda era más plana que una tabla de cortar carne. El Gato Mimoso se había convertido en una fuerte competencia para El Bagdad, y Fermín Ros era consciente de cuánto le debía el local al olfato de aquella mujer elegante, culta y glamurosa; a pesar de su pasado un tanto turbio, se había convertido en una auténtica señora de la noche, maestra a la hora de hacer de las fantasías sexuales de hombres y mujeres un lucrativo y legal negocio, a caballo entre lo sórdido, lo artístico.

Casilda tuvo que pasar su primera prueba de fuego desnudándose completamente, para que Fermín Rosy su socia pudieran evaluar el género, aunque el hombre ya había advertido a primera vista lo que había. «¿Pero me

tengo que empelotar entera, bragas y todo?»). Como ya sabía la respuesta, Casilda se quitó la ropa con precipitación (aún no había aprendido a desnudarse despacio). Al suelo fueron cayendo su falda de cuero, su camisa tejana chic, con incrustaciones de blonda, y, luego, los sujetadores y el tanga a juego, de encaje negro. Con mucha intuición, decidió, en décimas de segundo, quedarse con los altos zapatos rojos, de tacón de aguja. Se tapó el pubis con las dos manos. Es guapa, sí —pensó Kitty—, se parece un poco a Penélope Cruz, con esa melena y los ojos oscuros—. Pero los pechos de la chica podrían pasar por los de una niña de diez años; apenas insinuaciones coronadas por pequeños pezones rosados, de aureolas pálidas (resultaba un poco perverso contemplar aquellas tetitas con otra intención que no fuera la de abrigo al calor de los brazos de una madre). De estatura media, tirando a baja. El vientre plano. Caderas rotundas. Piernas torneadas. En eso había derivado la anatomía de la pequeña Casilda: un cuerpo, si no perfecto, sí de proporciones insólitamente hermosas, a pesar de la desarmonía que le prestaba aquella planicie pectoral. Sin embargo, cuando se dio la vuelta, a instancias de Kitty, apareció ante los ojos de los tres espectadores un paisaje ciertamente asombroso. Ni Celia, que, aunque lógicamente se había dado cuenta del «talento» de su amiga, nunca la había visto desnuda, ni Fermín Ros, que tampoco, habían imaginado, ni por asomo, la fisonomía de aquel trasero al natural. Kitty, sí. Kitty había intuido lo que iba a ver. El culo de Casilda García era inmenso; dividido en dos mitades de las que bien podría haberse obtenido de cada una dos culos completos; prieto en toda su extensión, de norte a sur, de este a oeste, sin un gramo de celulitis; de una redondez perfecta; blanco como el talco; con un lunar del tamaño de una lenteja en cada nalga. Aquella imposible y sin embargo perfecta geometría lo hacía, no solo grande, sino único y diferente.

—Ya te puedes dar la vuelta, guapa. ¿Y cuántos años dices que tienes? — dice Kitty.

—Dieciocho he de cumplir —contesta Casilda, que se da la vuelta y vuelve a tapar su pubis con las dos manos.

—Los cumple la semana que viene —se apresura a aclarar Celia.

—Ya sabes, Celia, que aquí no contratamos menores —Fermín Ros enciende por segunda vez su puro, aspirando con fuerza.

—¿Y trabajas en algo?

La voz de Kitti suena amable, incluso maternal, así que Casilda se olvida de su pubis, poblado de un abundante vello negro, y le explica que trabaja en casa de unos señores muy ricos, Don Eulogio Martín, el dueño de Mercalight y su esposa, Doña Mercedes, que viven en un palacete, en Pedralbes. Ella es «la doncella», y el de doncella su único cometido, porque en esa casa hay tres de mujeres para la limpieza, otra para la plancha y una cocinera, además de jardinero y chofer. Las explicaciones de Casilda son solo en apariencia innecesarias; solo en apariencia, porque no es lo mismo servir en la casa de un médico de provincias, que en el palacete de un rico hombre de negocios. Como tampoco es lo mismo ejercer de doncella que de criada, fregona, asistente o chacha; hasta en los oficios más humildes hay rangos, y Casilda lo sabe.

—Desde luego —sentencia Kitti—, de ninguna manera puedes sustituir a Luci, pero quizás te llamemos dentro de unos días. Hemos de pensarlo, querida.

Y Celia y Casilda salen del despacho; La Bollo, convencida de que su amiga va a entrar en El Gato Mimoso, por obra y gracia de su culo; y la doncella, resignada a su uniforme y su cofia, por culpa de sus ridículos pechitos.

El piso de Celia se había convertido en el nido de amor de la nueva pareja todos los miércoles por la tarde, y tanto ella como Casilda echaban de menos sus paseos y sus charlas en las cafeterías. Celia insistía «múdate aquí y deja el trabajo, chica, tarde o temprano, Kitti te llamará», «no me llamará, tengo que seguir allí y ahorrar para ponerme unas tetas, además, me da pena dejar al perro», «tú estás mal de la cabeza, chica, a no ser que lo del perro sea una excusa y lo que te pasa es que no eres mujer de un solo hombre y sigues encoñada con el Nico ese», «te juro que no, que estoy enamorada de Carlos

Tercero. Ni el hijo ni la madre me importan nada, yo lo que quiero es cambiar de vida, ser artista como tú y vivir con mi novio», «con tu novio que vivirá de ti». Casilda se veía incapaz de rebatir a su amiga, porque, lo cierto es que, desde que estaban juntos, Carlos Tercero ya le había pedido un par de veces 200 euros, a devolver cuando cerrara tal o cual negocio que se traía entre manos. En cuanto el chico llegaba al apartamento y los dos metían las narices en aquel reguerillo de polvo blanco, que dibujaba sobre la mesa un camino de nieve, a Casilda le daba la impresión de que la tristeza y la soledad salían por la misma puerta por la que había entrado su novio. Reían sin parar y, con el corazón a un ritmo endiablado, hacían el amor por todos los rincones de la casa, hasta que, exhaustos, se quedaban dormidos en el sofá, uno en brazos del otro. Pero, ni lo del dinero ni lo del polvo blanco había tenido el valor, Casilda, de confesárselo a Celia.

Por su parte, La Bollo empezó a debatirse entre el respeto que le debía a la libertad de Casilda, y el deber de enderezar el camino que estaba segura de que había emprendido; un camino que ella misma había transitado, y del que había tenido que salir, como siempre, sin ayuda de nadie. Las escaleras de mármol de la casa de Pedralbes, como le dijo un día a Casilda, no conducían a ninguna parte, pero el viaje que estaba emprendiendo la doncella de la mano de Carlos Tercero, la iba a llevar, con toda certeza, al infierno. El hecho de proponerle que se mudara definitivamente a su casa, no era, en el fondo, más que el tímido intento de estar cerca de ella y frenar aquella locura.

Más de una vez se le pasó a Casilda por la cabeza hablar con Don Eulogio. Se había portado muy bien con ella cuando murió Librada, y, aunque no mantenían conversación alguna, sus *guau* al cruzarse por la escalera, o sus miradas cuando le servía la cena, le bastaban a Casilda para saber que podía confiar en el perro, y acudir a él, si era preciso. La ocasión se le presentó un día que Doña Mercedes y Nico habían salido juntos, con Pepe —ella a su clase semanal de Sevillanas en el club, y él a una manifestación contra la alcaldesa de Barcelona, que se había vuelto loca—. Don Eulogio la hizo entrar a su despacho tras los tímidos golpes en la puerta, pidiendo permiso. La cuestión que le había ido a consultar la doncella era peliaguda y le comprometía ante su mujer. Siempre había dejado las cuestiones domésticas en manos de Mercedes, que, obligaciones, lo que se dice obligaciones, no

tenía otras que las de estar radiante en sus compromisos sociales y mantener el orden y buen funcionamiento de aquella casa. Casilda pretendía abandonarles y se excusaba en la absurda esperanza de convertirse en artista. ¿Artista de qué?, que él supiera, ni cantaba ni bailaba.

—Artista de El Gato Mimoso, don Eulogio, que tengo una amiga que trabaja allí y se gana muy bien la vida.

—¿Pero, tú sabes lo que estás diciendo, muchacha? El perro no sale de su asombro.

—Pues claro que lo sé, que ya me han hecho una prueba, y me han dicho que a lo mejor me llaman.

—Pero para eso hay que valer, Casildita. Tú eres chica como quien dice recién venida del pueblo. —El perro intenta ser afable, no quiere que la doncella confunda su compasión sincera con una actitud de desprecio.

—De Cáceres..., —le corrige ella, algo herida en su orgullo.

—Bueno, de Cáceres..., pero sin malicia ninguna. ¡Si eres una niña!

—Pues ya tengo novio. Y si aguanto aquí es porque necesito dinero para ponerme tetas —y se apresura a añadir «aunque ustedes me tratan muy bien».

—¡Acabóse! O sea que tu ambición en la vida es ponerte tetas y enseñarlas en El Gato Mimoso.

—¿Y qué otra ambición puedo tener yo, Don Eulogio? —responde una Casilda envalentonada pero al borde de las lágrimas—. Si me quedo aquí, me jubilaré de doncella, como la Montserrat, porque en mi vida he hecho otra cosa que servir.

—Mujer, si dices que ni siquiera te han llamado. No te hagas falsas ilusiones, quédate un tiempo, yo hablaré con mi esposa y veremos qué se puede hacer. Piensa, Casilda, que fue su hermano quien te confió a nosotros. Imagínate cómo le va a sentar a Cayetano que dejemos que te vayas de aquí para dedicarte al porno.

—A ellos no les importo nada, Don Eulogio —Casilda, exhausta ya de tanta argumentación, se deja llorar mansamente, mientras limpia sus lágrimas con los bordes calados del delantal blanco—. Tendría que haber visto cómo me trataron cuando se murió la Librada y fui al entierro. Ni caso, me hicieron, como si no les hubiera servido durante años. Estoy segura de que no me mandaron aquí para que estuviera mejor, sino para quitarme de en medio.

Y la doncella, entre mocos e hipidos, le cuenta al perro que, durante el viaje de vuelta a Barcelona, se dio cuenta de lo engañada que había estado respecto a los Cifuentes, y que las humillaciones que había recibido por parte de Dorita y las miradas y toqueteos de Don Cayetano, se le representaron allí, en el tren, como si estuvieran pasando en mitad del paisaje que corría al otro lado de la ventanilla. Que antes había estado en babia porque era tonta y no tenía malicia ninguna, pero que en Barcelona había descubierto que se merecía una buena vida, como todo el mundo, y que quería tomar de una vez las riendas. A punto estuvo Casilda de confesarle a Don Eulogio que su hijo Nicolás también había contribuido a abrirle los ojos, pero, finalmente, se contuvo, porque no quería que el perro se viera involucrado en el episodio más triste de su vida en Barcelona, el que le recordaba, de vez en cuando, que servir a los Martín Rubio no era tampoco un camino de rosas.

El empresario escuchó a la chica en silencio, dejando que se desahogara. Y, mientras la oía hablar, pasaron por su cabeza los días amargos de aquellos tiempos, en los que era considerado un don nadie por los Cifuentes y su entorno. Realmente era un don nadie; un simple despiezador de carnes, con una jornada de diez horas, un sueldo miserable y las manos llenas de cortes y asperezas. El resentimiento y la ambición de ganarse, no solo el respeto, sino la envidia de aquellos que le despreciaban, le dieron fuerzas para alzar el vuelo, y gracias aquel deseo enfermizo de revancha, había conseguido alcanzar sus metas, evitando que el mundo empresarial le devorara, a costa de sus principios. Por el camino, había dejado muchos cadáveres; se trataba de ser víctima del sistema o de revestirse de una coraza y participar en él. Sus embutidos saludables de lujo le habían convertido en un triunfador, pero ahora, pasados los años, le atormentaba permanecer prisionero de aquella coraza. Su matrimonio con Mercedes había derivado en un contrato más, salpicado de cláusulas incumplidas. Nicolás era un consentido e irresponsable niño rico, que sabía que dilapidaría en cuanto pudiera los frutos del imperio que había creado con tanto esfuerzo. Sus amigos de toda la vida habían desaparecido para dar paso a gente como Barcos, aduladores a la espera del provecho que pudieran sacar de él. ¿Qué quedaba del Eulogio Martín que había sido? Acaso, solamente la cojera y los cada vez más apagados rescoldos de aquel ingenuo romanticismo de chico de provincias. Había buscado

obsesivamente una luz al final del túnel: una luz rutilante, blanca y cegadora, que, ahora, pasados los años, parecía igual de lejana. Que ahora, pasados los años, ya era inalcanzable.

La historia que le estaba contando Casilda le acababa de enfrentar a su propia historia. En el fondo, eran los dos tan parecidos... gente que, para sobrevivir, ha de nacer varias veces. ¿Cómo ayudar a Casilda?, ¿dejándola correr hacia aquella luz engañosa o convenciéndola de que continuara en su casa, a la espera de oportunidades menos deslumbrantes pero más sensatas? Pero aquel rescoldo de ingenuo romanticismo que aún le quedaba dentro, hizo que pronunciara una frase:

—¿Y, cuánto cuestan unas tetas?

Kitti estaba decidida a no dejar escapar a Casilda; desde el primer momento supo que era una apuesta segura para El Gato Mimoso.

—En El Bagdad tienen enanos, ya ves, y cosas más raras.

—Joder, Kitti, ¿me estás diciendo que la chica es un monstruo? —Fermín Ros soltó una carcajada.

—No seas bruto, simplemente, ese culo no es normal, querido. Todavía no has podido cerrar la boca desde que lo viste.

—¿Ya, pero qué se le podría montar, entonces, un número cómico?

Fermín Ros enciende su habano, mientras se pasea por el despacho. Siempre le ha gustado mantener las conversaciones de pie y en movimiento, al contrario que a sus socia, que se recuesta con las piernas cruzadas en el sofá. El despacho de dirección de El Gato Mimoso, es, al contrario que el de Bagdad, amplio y decorado con exquisitez. Siempre que a Kitti se le viene a la memoria «la oficina» de su antigua patrona, recuerda una estancia pequeña, casi minúscula. Una mesa escritorio.

Sobre esta, decenas de fotografías y programas de mano, y un ordenador convencional, que, en aquella época, era «lo más». Una silla, detrás del

escritorio; en ella, la patrona o su marido. Otra delante, vacía, u ocupada por algún aspirante, o cliente vip. En las paredes, pósteres de las estrellas del Bagdad. Nada más. Si en aquellos momentos se estaba representando el espectáculo, ante la puerta, siempre abierta de par en par, podía verse desfilar por el pasillo a hombres y mujeres. Todos corrían, topándose entre ellos. Unos, los que debían salir a escena, hacia la derecha; otros, los que acababan de hacer su número, hacia la izquierda, donde se encontraban los camerinos. Aparentemente, todos iban desnudos, pero era una desnudez engañosa, porque los minúsculos tangas, los cubrepezones brillantes, los tacones, las plumas, y las falsas joyas, en las chicas, y los taparrabos en los chicos, eran elementos importantes, que habían de cambiar entre número y número. Los *sados*, además, exigían mayor diligencia, porque, si bien los juguetitos sexuales permanecían entre bambalinas, tras el escenario, otros complementos, como látigos, cadenas, botas altas y antifaces, debían caracterizar al artista de turno, y se encontraban, ordenados, en los camerinos. Kitti fue durante unos años una de las que recorría aquel pasillo. Cuando puso en marcha su flamante sala porno, se prometió a sí misma que haría de su despacho un lugar cómodo, elegante y privado, y que la puerta permanecería siempre cerrada, porque también aquel pasillo merecía privacidad. Y así fue desde el principio. Hoy, cree tener la clave del porqué de aquella decisión, pero, al fin y al cabo, ha pasado mucho tiempo, y la que está ahora al lado bueno de una puerta es ella. Ella y este desastroso Fermín Ros, que, aparte del apoyo financiero del principio y el moral de ahora, es un auténtico desastre, como hombre de negocios y como hombre a secas.

—Bueno —dice Kitti, descruzando las piernas—, un número diferente. Tiene mucho morbo, la niña. Y es guapa; el caso es que es guapa.

—Tú ya tienes algo en mente, claro —Fermín lanza el humo levantando la cabeza, sin detener sus pasos de uno a otro extremo del despacho.

—Imagínate a la tal Casilda, una pueblerina recatada.

—Lo que es...

—Sale desnuda, solo lleva unas bragas de vieja, enormes, de esas de algodón blanco con goma en la cintura, y unas alpargatas de esparto. Se pone de espaldas al público, como si tuviera vergüenza. Se baja las bragas y empieza a mover, al son de la música, su culo espectacular, inmenso,

descomunal —ahora ríen los dos—. No enseña nada más, todo queda en penumbra, y el culo, iluminado por un gran cañón de luz. Al final, se reparten claveles al público y una voz en *off* invita a que los planten en la raja, hasta que aquello parece un inmenso jarrón con un ramo de flores. Por supuesto, sonará una música la mar de erótica, tipo *Nueve semanas y media*, y la cateta gritará de gusto. ¿Qué te parece?

—Yo estaba pensando que le dieran por detrás —Fermín Ros se atraganta con sus carcajadas, y echa humo a borbotones por la nariz, como un tubo de escape averiado. Kitti, lo mira seria y con displicencia.

—No seas simple, Fermín —nunca ha conocido un gay con menos sensibilidad artística—. Números de esos ya tenemos unos cuantos, querido. Y en Bagdad, unos cuantos más. Se trata de hacer algo diferente, un poco naif, cómo te lo diría yo, aprovechar el aspecto de pardilla que tiene la chica. Darle absoluto protagonismo al culo, como si hubiera salido al escenario él solito, y dejar el resto a la fantasía del público. Hay un empacho de sexo explícito, querido, lo vengo observando desde hace un tiempo.

Como siempre, Kitti tiene razón. Acaba de convertir a Casilda García en un culo. Cierto; es algo repugnante, pero no insólito. Hoy, existe una tendencia perversa —y por otro lado muy poética— a tomar la parte por el todo. ¿No hay, acaso, futbolistas que solo son una «bota de oro»; cantantes a los que se les conoce como «la voz»; científicos calificados de «el cerebro»? Es lógico que Casilda García, a la que la naturaleza ha dotado de un culo excepcional como único rasgo sobresaliente de su persona, sin ningún otro talento a destacar, haya terminado, gracias al olfato de la reina madre de El Gato Mimoso, por convertirse en La Culo.

Don Eulogio, el perro, le había pedido encarecidamente a Casilda que no le dijera nada a su mujer de la conversación que habían mantenido en su despacho, y mucho menos de los tres mil euros que le había dado para

remediar lo arbitraria que había sido la naturaleza con la chica. Era preferible que las razones de su marcha fueran, por ejemplo, un trabajo de dependienta y un novio trabajador, honrado y con piso propio. De todas formas, el berrinche de Doña Mercedes, cuando Casilda le comunicó que quería abandonar la casa, fue, aun ignorando la intervención de su marido en el asunto, descomunal. Parecía ser que cada vez que daba una cena de compromiso, tenía que vérselas con una doncella novata. Y es que en quince días, tenía como invitados a una pareja de actores de renombre, de los pocos que quedaban en su oficio que no fueran unos rojos. Eulogio no se enteraba de nada, y seguro que le importaría tres pimientos que hubiera o no hubiera en la casa el servicio adecuado. Y en cuanto la chica, vaya decepción. ¿Qué iba a decirles a Cayetano y a la harpía de Dorita? Ni medio año le había durado la doncella, que seguro que estaba hecha un pendón verbenero. Como si no se hubiera ella dado cuenta hacía días del cambio que había dado, con los taconazos, luciendo aquel tremendo culo con un descarro que...

Casilda aguantó con estoicismo el chaparrón de reproches de la señora, agradeciendo mentalmente al perro, no solo los tres mil euros para sus tetas, sino el consejo de que no le hablara a Doña Mercedes de sus aspiraciones como estrella del porno. Estaba claro que nadie, salvo Celia y Carlos Tercero, entendía sus razones. Aunque, quien más mérito tenía era el señor, que, sin entenderlas, había respetado su decisión. Quizás tres mil euros eran una minucia para Don Eulogio, pero a ella le despejaban el camino hacia la esperanza. Celia siempre le aseguraba que Kitty la iba a llamar de un momento a otro, porque había quedado impresionada por su culo, pero si aquella llamada no llegaba, estaba segura de que sus nuevos pechos, talla 95, le abrirían por fin las puertas de El Gato Mimoso.

Tras su tensa conversación con Doña Mercedes, casualmente o no, Casilda se cruzó por las escaleras con Nico. El muchacho la agarró del brazo, nervioso, y le pidió en voz baja que le acompañara a su habitación. Casilda mostró solo una débil resistencia, porque temía que la señora, que se encontraba a pocos metros, en la misma planta, oyera algo, así que, finalmente, optó por seguir dócilmente a Nicolás, en silencio. La habitación era una leonera, donde reinaba un absoluto desorden, con las puertas del armario y los cajones de la cómoda abiertos, y varias cazadoras sobre la cama. En el baño,

un par de toallas, chorreando en el suelo, y el espejo empañado de vapor por la reciente ducha. La invitó a que se sentara en una butaca, que tuvo antes que despejar de ropa interior, y él lo hizo sobre la cama.

—Estás encima de la cazadora —fue lo único que acertó a decir una Casilda perturbada por los recuerdos que le traía aquella madriguera.

Nico empezó a hablar con tono monocorde, pero una exagerada actitud de tristeza. No podía, dijo, hacerse a la idea de que lo suyo había terminado. Daba por hecho que lo que había provocado el alejamiento de Casilda había sido aquella nota, que fríamente le metió en el bolsillo del delantal con la dirección de la clínica de la Bonanova. Si al menos hubiera ido acompañada de un fajo de billetes... pero estaba tieso, como siempre. Sí, había sido un error por su parte no darle a Casilda ninguna opción, no hablar con ella del asunto. Pero es que el embarazo le pilló por sorpresa y él era de reacciones lentas...

—Pero yo te quiero, Casildita —se levanta, se arrodilla ante ella y le toma las manos—. No puedo vivir sabiendo que me desprecias, que no quieres nada conmigo. Es como si todo lo que hemos vivido juntos sobre esta cama no contara para nada. —¿Está Nicolás Martín Rubio haciendo pucheros ante una simple sirvienta?

Casilda no tiene fuerzas para deshacerse de las manos de Nico. Aquella sensación cálida en la palma de las suyas; su aliento; el olor a perfume caro y gomina; sus ojos brillantes, con las pestañas mojadas y un par de gotitas rebosando del lagrimal... No puede evitar pensar en los efluvios de colonia barata que despide Carlos Tercero; en sus patéticos caninos de oro; en su manera vulgar de hablar; en los ademanes groseros y algo descompuestos, tras esnifar el polvo blanco. El polvo blanco. Si ahora tuviera un poco, caería, seguro, en brazos de Nico, que casi está consiguiendo que se le endurezcan los pezones y un calor travieso le caldee la entrepierna. Si ahora tuviera un poco de polvo blanco, su cerebro entraría en una espiral infinita de energía y placer, y no le importaría que este egoísta mimado e inmaduro la hubiera dejado tirada cuando más lo necesitaba. Pero Casilda, que en estos momentos tiene entera la conciencia, consigue levantarse y salir precipitadamente de la habitación, murmurando un «no quiero saber nada más de ti», que deja a Nico de rodillas y con la sensación de no conocer en absoluto a las mujeres.

Casilda García dejó de trabajar para los Martín Rubio al cabo de diez días, el tiempo justo para que Doña Mercedes encontrara otra doncella y la hurdana la instruyera como Montse había hecho con ella. Salió temprano, una luminosa mañana de junio, del palacete. Bien vestida, con la maleta en la mano y un bolso de imitación de piel de serpiente colgado al hombro. Pepe la esperaba para llevarla al centro, no era cuestión de que cogiera el autobús tan cargada. El hombre procuró darse el gusto de disfrutar de la visión del culo de la doncella, quizás por última vez, situándose tras ella, mientras la chica metía su equipaje en el maletero del *Mercedes*.

—Deme un beso, señor Pepe. Y gracias por lo bien que se portado siempre conmigo.

Y Pepe le dio uno en cada mejilla, sin añadir una palabra.

La noche anterior, Casilda se había despedido del matrimonio. Con Nico, prefirió no repetir el adiós que le había dado días antes en su habitación. Quería que fuera el definitivo.

Ahora que era libre, a Casilda le hubiera gustado disponer de un piso de alquiler, para vivir con Carlos Tercero, o, si no, instalarse en la pensión donde estaba el chico. Pero enseguida él la convenció de que era preferible aceptar el ofrecimiento de Celia, y trasladarse a su apartamento. Al fin y al cabo, era mucho más cómodo, y les saldría gratis. Por supuesto, Carlos Tercero hablaba en plural, pues donde viven dos, pueden vivir tres, y con el dinero que él se ahorraría de la pensión, podría rematar una nueva operación que se traía entre

manos. Por supuesto, sería algo provisional, porque «en cuanto te llamen de El Gato Mimoso, que te llamarán, podremos alquilar nuestro propio apartamento y vivir como los putos reyes que somos», «el rey eres tú», reía Casilda, «y tú la reina consorte, nena».

Celia no estuvo en absoluto de acuerdo con los planes de Carlos Tercero.

—Ya te dije desde el primer día que es un hijo puta, pero, chica, es que cuando te encoñas no atiendes a razones. ¿No ves que te está tomando el pelo, que lo que quiere es vivir a tu costa?

—Me va a devolver el dinero que...

—¿Qué te va a devolver qué dinero? ¿Pero es que le has dejado dinero, desgraciada?

—Un par de veces 200 euros, hasta que le paguen lo que le deben, o que remate un negocio, no sé...

—Tú no sabes nada, Casilda —Celia se sienta y se lía un canuto, con actitud de derrota. Casilda siente de inmediato un agudo deseo del polvo blanco, un deseo que le produce escalofríos en el estómago y le enturbia la mirada—. Ese es el problema, que no sabes nada de nada, que vives en el mundo de Yupi, y no te quieres enterar de que esta puta vida está llena de cabrones. Espabila, chica, porque si no, te veo de puta, y te puedo asegurar que no es plato de gusto. Hoy mismo voy a hablar con Kitty, a ver cómo está la cosa. Por supuesto, no te voy a dejar en la calle; tú te quedas aquí, pero no quiero ver a ese sinvergüenza por esta casa.

—Pero si hemos estado viéndonos aquí desde... —protestó una Casilda desolada.

—Pues esto ya no es un picadero. Os vais a su pensión o donde sea, que este ya me está tocando demasiado las pelotas. ¿Entendido?

No había otro remedio, le dijo Casilda aquella misma tarde a Carlos Tercero, que aceptar las condiciones de Celia. Los calificativos que su amiga

había dedicado al novio, se quedaron por supuesto para ella, que empezaba a ser experta en eso de decir o callar lo que conviniera. El chico, sin embargo, recogió enseguida el mensaje. Si Celia no lo quería ver por allí, no lo vería, pero ¿cómo iba a impedir La Bollo que, cuando se fuera por la noche al Gato Mimoso, aquellos dos hicieran de las suyas? Solo era preciso que no quedaran en el apartamento huellas de coca, ni condones usados, ni restos de comida o latas de cerveza; un respeto, sí señor, que ya tendrían tiempo de tener su propia casa como les diera la gana.

El verano pasó con una lentitud exasperante. El calor pegajoso de Barcelona dejaba a Casilda como un juguete sin pilas, todo el día incómoda por el sudor —en su vida había sudado tanto—. Le costaba adaptarse a aquel clima. Celia apenas se dejaba ver por el apartamento; un amigo le había alquilado un estudio en Castelldefels y desde allí se trasladaba directamente al Gato Mimoso. Eso les dio la oportunidad a los otros dos de poder estar todo el día juntos, pero Carlos Tercero nunca aparecía antes de las ocho y media de la tarde. Decía que tenía mucho trabajo y asuntos por resolver, así que Casilda se pasaba el día sola y aburrida, medio desnuda delante de un ventilador. Al atardecer, sin embargo, resucitaba y se entregaba a Carlos Tercero con la enajenación que un náufrago sediento se entrega a beber agua salada, sin importarle lo que aquel veneno pudiera hacer con ella. En medio de la euforia que le proporcionaba la droga —aquella embriaguez de ciega felicidad—, el cuerpo de su amante pegado al suyo, metido en el suyo, disuelto en el suyo, se había convertido en el símbolo de su emancipación. Por primera vez se sentía libre. A veces, entre los brazos de Carlos Tercero, y con todos sus sentidos preparados desde su último nacimiento para actuar juntos, le parecía ver con claridad, como suspendidos del techo, fragmentos de su memoria más remota: aquellos once años en la alquería; Librada y la merienda, pan untado con nata de leche de cabra y azúcar; Milagros y sus leyendas de seres fantásticos, junto

al fuego; Orejo, tras ella, con una de sus patas traseras colgando; la luna, redonda y brillante, tras el ventanuco de su habitación. Y aquella dulce sensación de ser querida, que tras muchos años, resurgía. No necesitaba más. Era inútil que Celia le dijera que aquel hombre no le convenía. Quería a Celia con toda su alma y sabía que solo trataba de ayudarla, el problema era que La Bollo, a pesar de haber vivido una vida mucho más intensa y apasionante que la suya, no sabía todavía lo que era amar y ser amada de verdad por un hombre. Seguro que habían pasado muchos por su cama, pero, al parecer, Celia iba en busca, solamente, de un placer fácil que la curara, como decía siempre, del insomnio. Sin compromiso. ¿Cómo iba a saber lo que Carlos Tercero representaba para ella?

A finales de setiembre, ya estaba Celia, de nuevo, en Barcelona. Hoy hacía un rato que se había ido a trabajar. Justo en el momento en que Kitty llamó al móvil de Casilda, la chica estaba mirando en el portátil de su amiga algunas páginas de internet, donde se publicitaban clínicas de estética. La Bollo le había recomendado una, porque, aunque ella no se había sometido a ninguna operación, sí lo había hecho una compañera de trabajo, una francesita a la que, tras su maternidad, se le habían ido los pechos abajo. La francesita había pagado 2500 euros, y estaba contenta con el arreglo. De todas formas, Casilda mataba el aburrimiento curioseando por Google, mientras esperaba la llegada de su novio. La voz de Kitty, con aquel exótico acento alemán que persistía a pesar de los años, la sobresaltó de tal manera que sintió cómo un violento rubor le subía a las mejillas. Kitty la citaba para la semana siguiente. «No te hemos llamado antes porque, durante los meses de verano, hay un parón, pero ya estamos montando el número que hemos pensado para ti, así que si te pasas por aquí, hablamos. Ah, puedes venir, si quieres, con Celia», le dijo, y Casilda respondió que por supuesto, ¿cómo iba a presentarse allí sola, si solo de pensarlo ya le temblaban las piernas? Así que en El Gato Mimoso contaban

con ella, a pesar de sus pechitos talla 80. No sabía si saltar de alegría, sin más, o preguntarse por qué les interesaba, qué tenía ella que no tuvieran otras aspirantes. Y es que, si bien Casilda siempre había sido consciente de las dimensiones de su trasero, nunca hasta el punto de pensar que este podía cambiarle la vida.

Empezaba a impacientarse; Carlos Tercero se estaba retrasando. Tenía tantas ganas de contarle lo que acababa de suceder..., aquella llamada despejaba definitivamente el camino hacia su vida en común. Con lo que ganara en El Gato Mimoso, tendrían de sobra para vivir; es más, si la habían elegido a pesar de sus tetitas, con sus tetitas se quedaría, ahorrándose tres mil euros. Enseguida se le vino a la cabeza que los tres mil euros eran del perro. Bueno, en realidad, eran de ella, puesto que Don Eulogio se los había regalado. Pero, si no iba a ponerse tetas, aquel dinero dejaba de tener un destino. ¿Era decente que ella —y Carlos Tercero—, lo utilizaran, por ejemplo, para comprarse un coche de segunda mano? ¿Y si se ponía tetas, a pesar de todo, aunque no las necesitara?; no, quién le decía que en El Gato Mimoso no la querían precisamente así, plana por delante y exuberante en la retaguardia.

Eran ya las nueve de la noche, Celia hacía más de una hora que se había marchado, y Carlos Tercero seguía sin aparecer. Dejaría la búsqueda de la clínica de estética para cuando estuviera más segura de lo quería hacer. Lo correcto, desde luego, era devolver el dinero al perro y empezar de cero. Decidió adecentar un poco el apartamento. Celia tenía una asistenta que, un par de veces por semana, iba a hacer la limpieza y la colada, pero, cuando Casilda aceptó su acogida, lo hizo con la condición ocuparse de las tareas domésticas, al menos mientras no trabajara. Empezó por el dormitorio principal, el de Celia, ordenando alguna ropa (siempre le recordaba aquel dormitorio el caos del de Nicolás). Luego, el que ocupaba ella —y disfrutaba cada noche Carlos Tercero—. Ya había organizado su vestuario en el armario, pero sus escasas pertenencias —una foto enmarcada de Librada con Orejo, un estuchito con la medalla de su primera comunión, una novela de Kate Morton, que le había regalado Celia— aún permanecían en la maleta, que descansaba en el suelo, en un rincón. También tenía allí todavía la abundante ropa interior, medias y alguna bisutería. Pensó que ya era hora de buscarle un lugar a

aquello, y colocó la maleta sobre la cama. En el interior, un pequeño departamento, sellado con cremallera, donde, recordó en ese preciso instante, había guardado los tres mil euros en billetes de cincuenta. Las nueve y media. Carlos Tercero seguía sin aparecer. De pronto, Casilda García, natural de las Hurdes, antigua criada de los Cifuentes, antigua doncella de los Martín Rubio, nacida cuatro veces, abrió con manos temblorosas y un amargo presentimiento aquella cremallera. El pequeño compartimento estaba vacío. Vacío. Y sintió que se acercaba un nuevo nacimiento, porque Carlos Tercero, el hombre al que amaba, el que pensaba que la había rescatado de una vida mediocre y sin horizontes, para llevarla por fin a una buena vida, no iba a aparecer.

Cuando Celia llegó a su apartamento, eran las diez de la mañana. Al acabar su número en El Gato Mimoso, había pasado unas horas en un hotel, en compañía de un joven que, en primera fila, le había hecho morritos varias veces durante su actuación (tras la espantada de su compañera en ellésbico, actuaba en solitario, con un número bastante convencional pero al que sabía sacarle mucho partido). No tenía esa noche intención de darse su baño de sexo terapéutico, pero el chico era guapo a rabiar, con esa guapura canalla que tanto le gustaba a ella, y, después de tomarse con él unas copas en la barra, lo último que la apetecía era acostarse sin compañía en su cama a contar ovejitas. Se sentía menos sola desde que Casilda había recalado en su casa, pero las madrugadas seguían siendo despiadadas con ella. Cuando conseguía sumergirse en una especie de duermevela, su madre se le aparecía, y no precisamente como una presencia amable, sino como una especie de alma en pena, que quería tirar de ella hasta arrastrarla viva al infierno, y solo conseguía escapar de aquel abrazo mortal abriendo los ojos de par en par. Su amante de aquella noche tenía que tomar a las diez y media de la mañana el AVE a Madrid, donde vivía y seguramente le esperaba una novia pija y convencional, así que, se levantó con él, volvieron a tener sexo bajo la ducha y, luego, cogieron un taxi, que dejó al chico en la estación de Sants y luego a ella en el paseo San Juan, frente a su apartamento. Nada más entrar en él, oyó los sollozos de Casilda. Se dirigió a su habitación. Allí estaba, en posición fetal sobre un lado de la cama sin deshacer, junto a su maleta abierta. Aquella niña no era más tonta porque era imposible. Seguramente había discutido con Carlos Tercero. Quizás, incluso habían roto. Nada podría alegrar más a Celia,

«no hay mal que por bien no venga». Al oírla, Casilda se puso boca arriba extendiendo los brazos, sin dejar de llorar, en busca de consuelo. Pobre chica, pensó Celia, se veía venir que esto iba a terminar mal. Si sabría ella que aquel canalla seguía viéndose en el apartamento con su amiga, y seguro que había pasado allí todo el verano. ¿Dónde, si no es más que un yonqui de mierda que no tiene dónde caerse muerto?

Casilda se refugió en los brazos de La Bollo, entre sollozos. No era capaz de articular palabra, solo necesitaba sentirse arropada por la única persona que la había querido desde que había llegado de Cáceres. Antes de explicarle lo que le había ocurrido con Carlos Tercero, quería pedirle perdón en silencio por haber hecho oídos sordos a todos sus consejos; por su soberbia ante la experiencia de la otra; por el orgullo, que la había hecho pensar que no necesitaba de nadie para tomar sus propias decisiones. Librada, con su silvestre sabiduría, hizo de ella una niña simple, de corazón confiado, pero aquello solo había servido en la alquería, en medio de un paisaje humano donde la ambición torticera y las bajas pasiones no tenían sentido; en un entorno donde no pasar hambre, ni frío era lo único importante. A partir de aquel viaje a la capital, que había supuesto su segundo nacimiento, para servir en casa de los Cifuentes, todo se había torcido. Allí había sido explotada y ninguneada por Dorita, y acosada por su marido. Más tarde, en Barcelona, seducida y obligada a abortar por Nicolás. Ahora, el golpe había sido definitivo, con la emboscada que le había tendido Carlos Tercero, aprovechando que su necesidad patológica de ser amada la ofuscaba. No había sido más que una muñeca de trapo en manos de todos los que la rodeaban, destripada una y otra vez, como si jugar a hacerle daño fuera un derecho, porque ella no era nadie, menos que eso, no era nada. En cada nuevo nacimiento había pensado que la lección estaba aprendida, y una y otra vez volvía a equivocarse, a confiar. Tan solo Don Eulogio Martín Rubio, Orejo, se había portado bien con ella, aparte de Celia. Pero él, desgraciadamente, no contaba, ¿qué mérito tenía?; se había tragado el alma de un perro, y sabido es que tragarte el alma de un perro te convierte en mejor persona, quieras o no quieras.

—¡Celia —por fin es capaz de hablar—, se ha ido, se ha ido y no va a volver!

—Tranquila, mi niña. Ahora te parece una tragedia, pero es lo mejor que te podía pasar —Celia la acuna entre sus brazos como a un bebé.

—Pero es que se ha llevado el dinero que me dio Don Eulogio para lo de las tetas.

—¿Me estás diciendo que te ha birlado los tres mil y se ha largado? —Los sollozos de Casilda se redoblan.

—Sí, sí, tardaba en llegar, porque él venía aquí todas las noches, en cuanto tú te ibas, y estos meses... Celia, me tienes que perdonar que te haya...

—No te preocupes por eso, chica, que no nací ayer, ya lo sabía.

—Pues, cuando he querido sacar el dinero de la maleta para guardarlo mejor, que estaba en la duda de si devolverlo o no, porque... —De repente, recuerda la llamada de Kitti—. ¿Sabes que me ha llamado la del Gato Mimoso, la alemana, y me ha dicho que vayamos a verla, que me van a coger? Creo que ya no me voy a operar.

—¡Hostia, qué buena noticia, allí no me han dicho nada! —La Bollo duda ahora entre dejarse llevar por la alegría o por la ira—. Pero ese cabronazo, mira que te lo dije, ¿cómo se te ocurrió decirle que tenías tres mil euros, so inocente?

—Pues porque era mi novio, porque confiaba en él, porque teníamos planes y era el hombre con el que quería vivir una buena vida. No me riñas, por favor.

—No te riño, chica —Celia le acaricia el pelo revuelto y le seca con la yema de los dedos las lágrimas que le empapan la cara—. Es que me da mucho coraje que te hayas dejado engañar así. Y más aún que yo lo haya permitido.

—¿De verdad, no estás enfadada conmigo?, porque aún tengo que decirte algo. Me he estado metiendo droga por la nariz. Al principio lo hacía por él, pero creo que me he enganchado. Celia, me quiero morir, no voy a soportar empezar otra vez. Estoy cansada como si tuviera setenta años, estoy harta de que se rían de mí, de que abusen de mí, de que me utilicen y luego me deje tirada, de que...

Celia La Bollo se levanta de pronto y arrastra a Casilda de la mano hacia la cocina. Allí, saca del frigorífico una botella de sidra, empezada, y, luego, del armario, dos vasos de *duralex*. Vierte un buen chorro de sidra en cada

vaso. Las escasas burbujas que se forman, desaparecen enseguida, se funden como se funde la tristeza ante los golpes de buena suerte (que los hay, incluso en existencias tan desgraciadas como la de Casilda). Están las dos de pie, frente a frente. Celia alza su vaso y Casilda hace lo mismo. Chin chin, suena el cristal, y ellas, con una onomatopeya perfecta, repiten «chin chin».

—Venga, chica, por la nueva estrella del El Gato Mimoso, y que le den por culo a Carlos Tercero y a todos los putos reyes de España.

Casilda tardó pocos días en recuperar la esperanza. No era posible que todo hubiera terminado de aquella manera. Él acabaría volviendo. A escondidas de Celia, llamó varias veces a Carlos Tercero, pero el móvil del chico daba siempre fuera de servicio. En aquellos momentos de profunda tristeza, no sabía si lo que echaba más de menos era a su amante o a la droga que compartía con él. Estaba metida en un bucle de dependencias que la tenía todo el día excitada e irascible con Celia; pobre Celia, aguantando con una infinita paciencia sus malos modos y su hostilidad. Ni siquiera las fantásticas expectativas que le daba su nuevo trabajo, por las que habían brindado días antes en un intento de matar las penas, la sacaban de aquel bucle. Quizás Carlos Tercero tenía algún problema tan grave que le había obligado a robarle el dinero. Era posible que, como Celia decía, estuviera metido en algún asunto turbio, seguro que trapicheo con las drogas. Ahora, quizás estaba arrepentido, pero no se atrevía a volver sin los 3000 euros, temiendo que ella ya hubiera descubierto que era un ladrón y un canalla. Si la llamara o contestara a sus llamadas, Casilda le diría que estaba dispuesta a perdonarle; que el dinero que se había llevado era lo de menos, porque ya no necesitaba las tetas; que lo único que necesitaba de verdad eran sus besos; su cuerpo desnudo con olor a sudor y colonia barata; verle, cuando se reía, aquellos caninos dorados; acurrucarse en su pecho, tatuado cerca del corazón con un «Amor de madre» gótico y majestuoso. Eso es lo que necesitaba; eso y el polvo blanco, que la

lanzaba junto a él a la corriente de un río profundo y caudaloso de sensaciones.

Celia y ella volvieron a recuperar aquellas tardes de paseos y compras, que habían perdido por culpa de su noviazgo. Se emplearon a fondo en renovar de nuevo su imagen, con todo tipo de prendas y complementos, por supuesto, costeados por La Bollo, que se empeñó en prestarle mil euros —«pero a devolver, ¿eh?»— para que iniciara su carrera artística como Dios manda: «desnuda en el escenario, pero, chica, en la calle, vestida de puta madre».

—Eso sí —le repite una y otra vez Celia—, como vuelvas con ese cabrón, me vas a tener enfrente. ¿No le habrás llamado?, mira, chica, que no me fio un pelo de ti.

—No, no le he llamado —contesta Casilda, y baja los ojos porque sabe que Celia es mil veces más larga que ella y le lee la mirada.

—¿Y lo de la coca, cómo lo llevas?

—Mal. —En eso no se atreve a mentir; la otra pregunta por preguntar, porque los temblores de sus manos, sus nervios, el brillo febril de los ojos la delatan de sobra.

Entre compra y compra, volvieron a frecuentar las cafeterías de antes. Ya hacía frío, se acercaba diciembre, y sentarse ante un chocolate con churros humeante las relajaba. Celia habló esos días como no lo había hecho nunca. Casilda se sentía bien en aquel papel de amiga confidente, que la hacía olvidarse algo de su vida para centrarse en la de la otra. La otra, simplemente desgranaba malaventuras, algunas reales y otras ficticias, para que la hurdana —porque seguía siendo una hurdana— se diera cuenta de que no tenía la patente de todas las desgracias; era una pugna divertida entre las dos, la de querer acaparar el mal fario.

—Yo también estuve enganchada, chica, cuando hacía la calle, y mucho más tiempo que tú. Algunos clientes me invitaban a coca o me la daban como pago. Con aquello podía olvidarme por un rato de mi madre, del centro de acogida, de que estaba más sola que un perro, sin familia y sin amigos. Me metía un día sí y otro también, y me pasaba lo que a ti, que me daba alas, la coca, pero luego venía el bajón.

—¿Y ya no has vuelto a meterte?

—Ya sabes que me lío un canuto de vez en cuando, pero me juré a mí misma que no iba a volver a ser esclava de esa mierda, y lo conseguí, vaya si lo conseguí, que a cojones no me gana nadie.

Luego, Celia repasaba en voz alta para Casilda su lista de amantes. Cuando entró en el Gato Mimoso, pudo permitirse el acostarse solo con aquel que le gustara. Jamás había vuelto a cobrarle a un hombre por estar con él.

—Yo siempre divido a los hombres en dos grupos: los narcóticos y los estimulantes. Los narcóticos son de usar y tirar, los de una noche, los que, después de tirármelos, me dan sueño —Casilda sonrío y pregunta en medio de la sonrisa:

—¿Y los estimulantes?

—Esos son los que, de verdad, pueden contar como amantes. Hombres de día, les llamo yo. De esos he tenido pocos, y mejor, porque, cuando me enamoro, soy más burra que tú, que ya es decir.

—Pero nunca he visto ninguno por tu casa, yo creía...

—¡En mi casa, ni hablar! —Alza la voz, Celia, y la vuelve a bajar, casi en un susurro, porque se da cuenta de que en la mesa de al lado hay una pareja que las mira—. Yo soy mujer de hotel, chica; de hotel, que si me llevo a mi cama un tío, me parece que es mi marido y se me quitan de golpe las ganas.

Celia se había enamorado tres veces, y las tres veces habían terminado «como el rosario de la aurora» —le confesó a Casilda—. Casualidad o no, había sido de tres hombres casados y bastante más mayores que ella. Por supuesto, los había conocido en El Gato Mimoso, y habían empezado siendo narcóticos, aventuras de una noche, para solucionar lo del insomnio. Pero, después de estar con ellos, había vuelto a su casa completamente desvelada —«ya se sabe que el amor no da sueño, que lo que hace es despertarte más de la cuenta, como si te sacudieran una hostia»—. Para Celia la Bollo, que un hombre no le diera sueño, era la prueba del algodón. Había tenido con aquellos tres hombres relaciones bastante tormentosas. «Los celos y todo eso. Los celos de ellos, claro. Fíjate que era yo la que podría haber estado celosa de sus mujeres, pedirles que se divorcieran, exigir mi sitio. Pues nada, chica, que a los cuatro días, los capullos querían que dejara el trabajo, porque no podían soportar que otros me vieran desnuda y haciendo guarradas. Ya ves, qué tontería».

—Y oyes, tú, ¿eran ricos y te hacían regalos y todo eso, o vivían de ti y te desplumaban como me ha hecho a mí el Carlos Tercero? —Ahora, los vecinos de mesa no disimulan. Están desde hace unos minutos en silencio, con los ojos entornados, y parece que les han crecido las orejas.

—¡Qué cabrones, vámonos. Si quieren ver películas, que se paguen una entrada en el cine! Celia pide la cuenta a voces. Le paga al camarero y deja una sabrosa propina. Moja la última porra en su chocolate, se chupa los dedos. Se levanta y les hace la peineta a la pareja. Se pone el abrigo. Casilda la imita —en lo de ponerse el abrigo y también en lo de la peineta—, y salen a la calle. Les da un ataque de risa. La Puerta del Ángel está abarrotada de gente que compra como si se fuera a acabar el mundo, o como si hubiera veinte inviernos por estrenar.

Quinto nacimiento

En la fachada del local, destacaban los rojos chillones y el negro, y un gran cartel luminoso, con la silueta de un gato rosa de larga cola, se alzaba sobre la puerta principal, anunciando con letras doradas: El Gato Mimoso. Dentro de la gran sala, en cambio, como si Kitti hubiera querido sorprender a los que la visitaban por primera vez, la decoración era exquisita. Nada más entrar, la barra del bar, en forma de ele, rodeada de taburetes transparentes, de policarbonato. Los suelos, de madera pintada en rosa pálido, libres de moqueta. Algunos rincones se elevaban sobre una tarima, a modo de palcos, aunque sin la típica barandilla, con grandes sofás negros de poli piel y mesas transparentes, como los taburetes de la barra. Todo resultaba diáfano y de una rabiosa modernidad. El escenario, también rompiendo el tópico, era inmenso, semicircular y rodeado de un ligero telón plateado. Kitti lo había ampliado y reformado hacía solo unos meses, para incorporar una enorme piscina, como la que había visto en El Mouline Rouge; un espectacular cubo cristalino, que casaría a la perfección con el ambiente que le había dado ella a su sala.

Kitti ideó el que sería el número estrella de El Gato Mimoso: la piscina, iluminada, llena casi hasta los bordes, surgía inesperadamente de debajo del escenario. Dentro, entre algas y peces de colores, buceaban una sirena de grandes pechos, y el Rey Neptuno, que la perseguía con un tridente en las manos y «otro» entre las piernas. La sirena, seducida por el enorme falo enhiesto del rey, se desprendía de su medio cuerpo de pez, y se enzarzaban los dos en un frenético coito que llenaba de burbujas las aguas azules. El público se encandilaba. Y se excitaba. Kitti procura no olvidar que, aunque con clase, su local es una sala porno, donde se ofrece sexo en directo.

La primera vez que Casilda había ido allí, acompañada de Celia, accedió directamente al despacho por una puerta, en el *hall*, que se abría a unas

escaleras que subían al primer piso, donde se encontraban el despacho y los camerinos. Desde ese primer piso se podía acceder, bajando otras escaleras, directamente a la sala, tras el escenario. Por eso la chica no había tenido, hasta hoy, la oportunidad de ver lo que sería en adelante su lugar de trabajo. Kitti encendió las luces tenues del recinto, y también los focos del escenario, con el telón abierto, para que Casilda, que no podía cerrar la boca, lo viera todo. Así, vacío, aquello no parecía en absoluto lo que era, pero, como Casilda no había estado nunca ni en una sala de espectáculos porno, ni en ninguna otra, en lugar de apreciar la diferencia, simplemente se dejó llevar por el mismo entusiasmo que la había embargado el día que entró en el palacete de los Martín Rubio. Arrastraba de la mano a una divertida Celia, de un lado a otro, y si parar de exclamar «¡Ay, Dios mío, qué rebonico que es esto, ¿y aquí voy a bailar yo?, ay, Dios mío, que no me lo puedo ni creer!». «Y prepárate, cuando veas la piscina», le dijo Celia. Subieron al despacho. Allí les esperaba Fermín Ros, con su puro humeante en la boca, andando de un lado a otro de la estancia.

Cuando Kitti le explicó a Casilda en qué iba a consistir su actuación, Celia arrugó un poco el morro. Cualquiera otra se hubiera callado; al fin y al cabo, ella no tenía voz ni voto en aquella reunión. Además, como trabajadora de la empresa, no le convenía hacerse notar discutiendo las decisiones de sus jefes. «A ver si ahora que Casilda ha conseguido entrar aquí, me voy a ir yo, por bocazas, a la puta calle», pensó. Pero le pudo su temperamento, y, como una kamikaze, se lanzó a ponerle peros a aquel disparatado número.

—Pero, señora Kitti, ¿no piensan que se le podría sacar más partido al culo de mi amiga sin necesidad de que haga el ridículo?

—En absoluto se trata de que Casilda haga el ridículo, querida. Si lo ves así, es que no has entendido nada.

—Es un número cómico, Celia. —Fermín Ros lanza el humo al techo, detiene sus pasos y gira para emprenderlos de nuevo.

—¿Pero, por qué tiene que ir de cateta, y encima llamarse La Culo?

—Porque es un número cómico, Celia —Kitti repite la frase de Fermín, con ironía. «Qué huevos tiene esta chica», piensa en alemán.

Casilda, que ha estado callada hasta ahora, toma la palabra.

—A mí ya me parece bien. De todas formas, haga lo que haga, me voy a

morir de vergüenza. Solo una pregunta: ¿cómo se me van a aguantar los claveles en el culo?

Fermín Ros se detiene, se saca el puro de la boca, y suelta una de sus carcajadas envueltas en tos. Kitty y Celia también ríen.

—¡Está claro que esta lleva el humor en la sangre! —Dice Kitty, y se sienta tras la mesa—. Ahora vamos a hablar de números. —Y siempre pudorosa con los temas económicos, que considera íntimos y personales, le pide a Celia que abandone el despacho.

Al día siguiente empezaron los ensayos. Casilda tenía los nervios a flor de piel. No la acompañó Celia, porque, según Kitty, «los ensayos son sagrados». Antes de hablar con Víctor, el coreógrafo, conoció a unos cuantos artistas que andaban por allí, también preparando sus números. Carla, la joven madre de los pechos caídos y luego empinados por obra y gracia del bisturí, enseguida se le presentó como amiga de Celia, y ejerció de anfitriona, aunque, por supuesto, Kitty en persona se había ocupado de presentarles a todos a la nueva. El primero en saludarla fue Amín, un negro enorme, de brazos musculosos y brillantes, muy viril. Llevaba el pelo rapado al cero, y los labios, las orejas y la nariz llenos de *pearcings* en forma de aro. Le dijo en perfecto castellano con acento catalán que había nacido en Sabadell, aunque, era evidente, pensó Casilda, que sus padres debían ser de otro sitio. En ese momento, apareció un chico delgado, rubio y blanco como la leche, que le dio un beso en la boca al negro, «hola, cielo». El rubio, que llevaba un taparrabos, como el otro, venía de una de esas repúblicas soviéticas, de nombre impronunciable para Casilda, que se quedó con que era ruso, sin más. Carla le sopló al oído que eran pareja y realizaban un número «de lo más guarro», porque la cara de Casilda le estaba diciendo que la chica necesitaba urgentemente una *asesora anti deslices*, en El Gato Mimoso. Mientras el sabadellense y el ruso ensayaban su número, al que habían incorporado algunos cambios, se le acercó una chica guapísima, de pechos grandes y melena pelirroja, que a los dos minutos le estaba contando su vida. Estaba claro que en aquel lugar, nada era lo que parecía, porque la chica en cuestión hizo lo de contarle su vida con una sinceridad tan cruda, que Casilda supo enseguida que se había llamado hasta hacía seis años Manolo González y que había tenido que huir de su pueblo «por diferencias irreconciliables con los vecinos y con mi padre». Al parecer,

la madre había abandonado a su marido y se había trasladado a vivir con ella —que ahora se llamaba Irma— a Barcelona. Casi a diario la iba a ver a El gato Mimoso, con un bocadillo de panceta envuelto en papel *albal*, para que su niña tomara un tentempié entre sesión y sesión. A Casilda le impresionó aquella vida tragicómica de Manolo. Y que se la soltara así, a las bravas, a los dos minutos de conocerla. Ella era incapaz de hablar de Carlos Tercero desde la mañana en que Celia la había encontrado llorando acurrucada en su cama. Ni siquiera podía desahogarse con su amiga, como si la traición de su novio, en lugar de ser algo vergonzante para él, lo fuera para ella. ¿Era Carlos Tercero el ladrón, o Carlos Tercero el falso, quién más daño le había hecho? El caso es que Casilda, si bien seguía echando de menos al novio y la droga, no había vuelto a pensar en el robo de los tres mil euros, y, ni se le pasó por la cabeza llamar por teléfono al perro, para explicarle algo tan humillante como que no iba a tener ni tetas ni dinero. Sí, el dinero era lo de menos; lo que la seguía torturando era saberse una presa tan fácil para la maldad de los demás; no entender qué era lo que impulsaba a todos a hacerle daño, como si fuera una pequeña alimaña a la que se debía pisar. Lo que había pasado, pasado estaba y no tenía remedio, peores cosas había vivido Celia, y ahí estaba. Así que intentó con todas sus fuerzas enterrar su tristeza lo más hondo posible, y no hablar con nadie de lo sucedido; simplemente, debía disfrutar de las experiencias que le estaba regalando su nuevo trabajo. De momento, ni siquiera se atrevía a mirar a los dos que se movían sobre el escenario, pero estaba segura de que superaría su mojigatería en cuatro días.

Cuando Irma, que se anunciaba como Irma la Dulce, le estaba explicando con pelos y señales que su padre le había pegado a los once años una paliza, al descubrirla en casa con los tacones de su hermana, se acercó Kitty, interrumpiendo el monólogo de la pelirroja.

—Querida —le dice a Casilda—, ahora vas a estar muy atenta y concentrada, porque te van a explicar lo que tienes que hacer. Ya te dije en qué consistiría tu número. Piensa que, a partir de ahora, serás una artista, y que un artista, salvo que sea un genio, y tú no lo eres, no debe improvisar. Aunque parezca lo contrario, todo lo que ocurre sobre ese escenario está perfectamente planificado por Víctor.

Y Víctor aparece, triunfalmente, surgido de la nada, como si las estuviera

escuchando, al tiempo que Irma la Dulce se retira, como Dios la trajo al mundo, balanceando su metro ochenta y cinco sobre unas plataformas de veinte centímetros. Víctor Ribera, el coreógrafo, es un hombre de edad indefinida, posiblemente un cincuentón bien conservado, que a Casilda le parece que no es ni gay ni transexual. Es un alivio, porque, aunque ya ha quedado atrás la hurdana que llegó a Barcelona, esta nueva (escarmentada) Casilda sigue teniendo sus prejuicios, justamente, como suele ocurrir, con quien menos debería.

Casilda es la única que está vestida allí, sin contar a Kitti, que lleva un traje de chaqueta *chanel*, y se mueve con la elegancia de una dama. Kitti es una dama. Tras el escenario, a la chica le esperan sus bragas de algodón, enormes, de vieja, y unas alpargatas rojas, con suela de esparto y cintas, estilo *pagès*. Allí mismo se desnuda, o se viste, según se mire; hoy no es preciso que suba a los camerinos, no se ha de maquillar, le dice Kitti. Sus pechitos de púber ya no la avergüenzan. Le ha quedado claro cuáles son sus armas: su aire de pueblerina inocente y un culo descomunal. Un culo que, cuando sale a escena, inmediatamente provoca los comentarios de sus compañeros; un culo que la va a convertir en pocos meses en la reina del Gato Mimoso, desbancando, incluso, a Neptuno y su sirena. «Ya ves, —le dirá Kitti más de una vez a Fermín Ros—, nos gastamos un dineral en la piscina y llega esta y, con unas bragas de vieja y unas alpargatas, se hace el ama».

Víctor fue, durante un mes, implacable con Casilda. Y Kitti también. La chica, dócil y disciplinada, sabía lo que se jugaba y estaba dispuesta a sacar su número adelante, costara lo que costara. Ya no se trataba de servir desayunos o preparar el baño. Ya no se trataba de abastecer cada tarde a Doña Mercedes de su té y su *Ibuprofeno*, bandeja en mano, subiendo y bajando las escaleras de mármol. Ahora tendría cada noche un público al que complacer; un público que la aplaudiría, que la valoraría por su arte..., y por su culo, sí.

Lo que menos le gustaba era que se la anunciara como «La Culo». Celia, La Bollo, seguía sin estar en absoluto de acuerdo con el nombre artístico de Casilda. Tras la espantada de su compañera de lésbico, había intentado cambiar el suyo, pero entendía que, aunque ahora actuara sola, ya era tarde para rebautizarse. En cambio, Casilda estrenaba nombre, ¿por qué tenía que ser uno tan humillante? No estaba la cosa para poner peros a nada, le repetía la hurdana; sí, se iba a llamar La Culo, y después de haber nacido cinco veces, no parecía que eso fuera un avance muy positivo en su currículum en busca de una buena vida, pero se llamara como se llamara, dentro de pocos días iba a debutar en El Gato Mimoso por todo lo alto —era mucho más de lo que hubiera podido soñar cuando puso los pies en la estación de Sants, un año atrás, y un chófer uniformado la había llevado a Pedralbes—. Lo de Pedralbes había pasado a la historia. Incluso había pasado a la historia Nico, y a Carlos Tercero no le había vuelto a llamar; apenas pensaba en él. Ahora, el apartamento de Celia ya no se le caía encima, con los recuerdos de sus horas de sexo y cocaína atormentándola, porque cada tarde, a las cinco en punto, debía presentarse en El Gato Mimoso para repetir una y mil veces aquel disparatado *show*, en apariencia sencillo, pero endiabladamente complicado. Elegir la música había sido difícil; Víctor y Kitty no acababan de ponerse de acuerdo. «Debe ser sensual», decía el coreógrafo, «no, debe ser entre maliciosa e infantil», le insistía Kitty. «Pues, ya me dirás, como no hagamos en remake entre Nueve semanas y media y Pipi Calzas largas». Finalmente, a la alemana se le ocurrió una idea, que habría de salirle un poco cara, porque se hubo de recurrir a un arreglista, y grabar el tema. Se trataba de hacer una versión de la famosa Violetera con un saxo solista, que ralentizara la melodía y le diera un aire sensual y refinado, pero manteniendo su carácter popular. Para eso, tuvieron que cambiar la apoteosis final; en lugar de claveles, el público plantaría violetas en el culo de la artista. Otro gasto extra, «este número nos va a salir por un ojo de la cara, querida», le dijo Kitty a Casilda. «Pues compren las violetas de plástico, así no se ponen *chuchurrias*; saldrá más barato». Aquella chica valía su peso en oro.

La sala porno exhibe sus espectáculos durante toda la semana. De lunes a jueves, y los domingos, un pase de diez a doce de la noche. Viernes y sábados, dos diarios: el primero de diez a doce y el segundo, de una a tres de la madrugada. El número de La Culo ya se anuncia con grandes carteles en la entrada, en los que Casilda aparece, por supuesto, de espaldas, con sus grandes bragas blancas bajadas hasta las rodillas, las alpargatas rojas de esparto, y una postura imposible en sus piernas, a lo Lina Morgan. Le cuelgan dos trenzas sobre los hombros, y la cara, vuelta al frente, muestra una sonrisa lela y mofletuda, aunque está muy guapa, al menos eso es lo que asegura Celia. Los días anteriores al estreno, los ensayos son maratonianos. Llega a la sala en taxi, sobre las cuatro de la tarde, y, cuando se ve en los carteles, junto a la puerta de El Gato Mimoso, apenas se reconoce. Sabe que ha nacido otra vez, que se ha vuelto a parir a sí misma, tras la fuga de Carlos Tercero. Y que en cada nuevo nacimiento, el alma la abandona para dar paso a otra más vieja y más desengañada, pero posiblemente más sabia. Su cuerpo, tras los anteriores nacimientos, no cambiaba. Pero esta vez se le ha mudado en otro: Casilda García es ahora doblemente guapa; sus ojos oscuros miran como si estuvieran a punto de revelar un secreto; en su boca se dibuja un rictus algo desdeñoso, mujer fatal; y su culo, hay su culo... es como si se hubiera engrandecido y empinado; más redondos sus hemisferios; más negros, aquellos lunares, uno en cada nalga. Su culo ha renacido exultante y gozoso como la primavera, como el amor, como la vida misma.

Ha llegado la noche del estreno. La Culo va a debutar por todo lo alto en El Gato Mimoso. Se ha esperado al segundo viernes de diciembre, con las navidades encima. Son días buenos para la sala, porque se organizan muchas

cenar de empresa, que terminan allí, y también allí culminan y se cierran algunos negocios antes del parón navideño. Cualquier tipo de servicio sexual a los clientes dentro del local está terminantemente prohibido, pero, por supuesto, chicos y chicas pueden dejarse invitar, y, acabado el espectáculo, suelen marcharse acompañados de algún hombre, que se ha dejado un buen puñado de euros en cava, a un precio prohibitivo. Si sus artistas quieren divertirse un rato o si realizan algún tipo de transacción comercial con sus acompañantes, ya no es asunto de Kitty, que cada año, por estas fechas, bendice ese espíritu navideño, tan espléndido, que convierte al Gato Mimoso en una máquina de ganar dinero.

Casilda es un manojo de nervios, y mientras Celia la maquilla y le hace las trenzas, repite una y otra vez, al borde de las lágrimas, que quiere irse de allí.

—No te preocupes, chica, todo va a salir a pedir de boca.

—Que no, Celia, que yo no voy a servir para esto.

—¡Si todos me han dicho que estás fantástica!

—¿Todos, quién?

—Pues Irma la Dulce, por ejemplo, que dice que tienes un culo de infarto y que estás muy graciosa. Y lo más importante, parece ser que Kitty está entusiasmada contigo. Lo único que has de hacer es echarle un par de huevos.

A pesar de sus palabras, Celia no las tiene todas, y es que recuerda su primer día allí. Aunque venía de donde venía, de hacer la calle en el Rabal, exhibirse bajo un cañón de luz haciéndoselo con otra mujer había sido para ella un trago amargo. No quería ni pensar lo que debía estar pasando por la cabeza de aquella pobre chica, que lo peor que había hecho era dejarse engañar con un señorito y un yonki. Celia la Bollo seguía sintiendo por ella la misma ternura que había sentido cuando la vio entrar en la clínica de la Bonanova, y es que era una romántica sin remedio, «una blanda, me cago en diez».

—Oye, ¿y tiene huevos, Irma la Dulce? —Pregunta Casilda, más que nada, para cambiar de tema, para no pensar más en lo que se le viene encima.

Celia no le contesta. Pero luego se la queda mirando a los ojos y le da a las dos uno de sus ataques de risa. Ya están las trenzas hechas. Son las doce menos diez, Casilda sale casi al final del espectáculo, antes del número de la piscina, pero Celia es la tercera en actuar. Debe bajar ya. Recorrer ese pasillo

que lleva de los camerinos a la escalera. Pasar ante la puerta del despacho de Kitti y Fermín Ros, que siempre está cerrada. Bajar la escalera a toda prisa, sorteando a los que suben, hasta llegar al escenario, tras las bambalinas. Esperar allí su turno. En cuanto Amín y el ruso terminen, las luces se apagarán por completo. Esa oscuridad total, justo antes de que los focos vuelvan a brillar con su salida, todavía le acelera el corazón y le provoca una leves náuseas. Hasta el último momento no se quitará la cadena del cuello, con la medalla de la Virgen del Pilar. Luego se pasará un cubito de hielo por los putos pezones, que siempre se empeñan en esconderse como los caracoles, y hará la señal de la cruz. Ya está lista.

Alejandro Barcos, más conocido como El Conde, acaba de aterrizar en Barcelona, procedente de New York, donde ha asistido a varias subastas de arte y ha cerrado trato con una importante galería. Está cansado, tras un vuelo infernal, por culpa de las turbulencias, que han acabado por ponerlo al borde del histerismo —nunca se acostumbrará a las turbulencias, sobre todo por el ridículo a que lo someten, cada vez que estas se producen, sus chillidos de conejo—. En un principio, planeó pasar antes por Madrid y quedarse allí un par de días para estar con su hija pequeña. La niña vive con su madre, una actriz de televisión, de la que se divorció hace un par de años, y es la única de sus cinco hijos con la que mantiene contacto. Pero, al final, decidió volar directamente a Barcelona, y dejar lo de la niña para Reyes. Barcos suele pasar las navidades en Barcelona, en su lujoso apartamento de Vía Laietana. Lejos de la familia, porque estas fiestas le aburren y le exasperan a partes iguales. Por cierto, pasado mañana está, de nuevo, invitado a una cena en casa de Eulogio Martín, el Rey de la morcilla. Por Dios, que no se le olvide encargar flores para la anfitriona.

Barcos —noble por parte de madre y ex senador por parte de un partido de derechas—, ha protagonizado dos divorcios y algún escandalillo de poca

importancia, relacionado con su afición a las mujeres. Eso le ha valido la fama de faldero, y le ha hecho aparecer en algunas portadas del *cuore* —algo que le ha venido muy bien para alejar de su persona sospechas más turbias que un inocente adulterio, por ejemplo—. Durante muchos años utilizó sus contactos políticos y financieros para enriquecerse con operaciones inmobiliarias; succulentos pelotazos a través de los que se adquirían terrenos, áticos y chalets de lujo, castillos ruinosos, casas nobles, cortijos y lo que terciaba, a precio de ganga. Pero, desde que se retiró de la política, la trayectoria que había llevado le empezó a parecer vulgar. Todo Dios es corrupto en este país, pensaba Barcos; todo Dios: alcaldes y concejales, banqueros, tesoreros, diputados, sindicalistas y, lo que más le molestaba, una legión de esposas estúpidas y codiciosas. En muchas ocasiones, estuvo a punto de salir su nombre a la luz, pero su buena estrella le había librado una y otra vez de acabar juzgado como tantos otros. Él tenía demasiada clase para seguir enfangado hasta el cuello con asuntos que habían dejado de ser originales. Un corrupto más, qué vulgaridad. Así que pensó que con lo que había robado con el sudor de su frente, que era bastante, y estaba a buen recaudo, podía vivir de rentas y abandonarse al *dolce far niente* el resto de sus días. Pero el Conde de Villa Urraca tiene un espíritu inquieto, casi aventurero, y lo del *dolce far niente* le pareció enseguida soporífero hasta la muerte. Por eso de blanquear e invertir, se había ido haciendo con una pequeña pero interesante colección de arte contemporáneo, pintura, sobre todo, de la que estaba muy orgulloso. Le gustaba el mundo de los museos, las galerías, las subastas, y, poco a poco, una cosa le llevó a la otra, y la otra, a otras, subterráneas, oscuras y muy rentables, que despertaron enseguida su interés, porque Alejandro Barcos es de esos hombres que si no transgreden no están tranquilos.

Barcos había conocido a Eulogio Martín Rubio poco antes de las navidades, ahora hará un año. Fue de forma casual, en una fiesta benéfica

organizada por una marquesa. La marquesa en cuestión había montado en los salones de un hotel de lujo una especie de subasta; ella y sus amigas ofertaban los modelos de alta costura que habían dejado de ponerse. Un rastrillo muy chic, lleno de señoras enjoyadas, que no paraban de hacer ver que se besaban en las mejillas, y de hombres que pujaban por una ropa que nunca se pondría su mujer (ni su amante, por supuesto). Pero se trataba de ayudar a Las Hermanas de los Santos Inocentes, así que la compra de un modelito y la cena posterior, a 300 euros el cubierto, eran obligadas. Por aquella época, Barcos era amigo íntimo de lo más íntimo de la marquesa, que estaba casada con un marqués aburrido y decrépito, y se dejó caer por el hotel, porque su amante, la marquesa, se lo había pedido. Eulogio Martín Rubio y Mercedes pasaban unos días en Madrid, y acudieron también al evento. Allí se los presentó a Barcos un amigo común, como el dueño de Mercalight y su esposa, residentes en Barcelona. Eulogio y Alejandro, a pesar de estar culturalmente en las antípodas, entablaron enseguida, gracias al bendito fútbol, conversación, ante una Mercedes muda pero encantada de conocer en persona a uno de los asiduos de las portadillas de *Hola*. Era mucho más guapo al natural; impactante. A Barcos, en cambio, la mujer le pareció tan postiza y prefabricada como un maniquí de la Milla de Oro, aunque, por supuesto, utilizó su mejor arma de seducción, acompañando, de vez en cuando, las anécdotas sobre la liga, de una mirada cálida dirigida a ella, y solo a ella. A Barcos le interesaba Martín Rubio, todo el que olier a dinero le interesaba. Seguramente aquel provinciano tendría un *casoplón* de lujo en la mejor zona de Barcelona, a la que no le vendría mal algún cuadro caro. Incluso podría convertirse en un futuro inversor. En esas cosas suele mandar la mujer, así que le convenía tener a esta «del lado del arte». ¿Cómo le habían dicho que se llamaba, Mercedes, quizás? No estaba seguro, así que, de momento, la llamaría Dulcinea —aquella que «tenía la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha»—. Puesto que estaba casada con un empresario de la industria cárnica (Barcos aún no sabía que las malas lenguas llamaban a Eulogio «El rey de la morcilla»), le venía el alias que ni pintado, a la señora. A Mercedes le sonó a gloria, lo de Dulcinea. Antes de dirigirse al salón donde se servía la cena, Barcos le tomó la mano y se la besó, mirándola a los ojos. «Hasta luego, Dulcinea, este Quijote queda para siempre a su disposición», le

dijo. Inmediatamente se arrepintió de la cursilería, pero ya estaba hecho. Mercedes se derritió de gusto y fue incapaz de decir ni una palabra, ella, una mujer de mundo acostumbrada a los halagos y con la vena ingeniosa de los Cifuentes. Ya no volvió a verlo aquella noche, pero le comentó a Eulogio, como el que no quiere la cosa, que sería buena idea invitar a Barcos a cenar a su casa de Pedralbes, puesto que les había dicho que viajaba frecuentemente a Barcelona, y que iba a pasar allí, solo, las navidades.

Fue en aquella cena que organizó la mujer de El rey de la morcilla, para Barcos, las pasadas navidades, donde Casilda García se estrenó como doncella y coincidieron por primera vez ella y el Conde de Villa Urraca. Aunque ya sabemos que ninguno de los dos reparó en el otro: Barcos, porque estaba concentrado en ganarse a Eulogio Martín —su posible cliente—; Casilda, porque todos sus sentidos estuvieron ocupados en el joven Nicolás —el que habría de desvirgarla, que no es poco.

La cena prenavideña de los Valderrubio en honor a Barcos volvió a repetirse un año después, el sábado 18 de diciembre; justo la noche en que Casilda García debutaba en el Gato Mimoso como La Culo. Mercedes tenía una nueva doncella —una guapa andaluza— y un nuevo árbol de navidad en el *hall*. También eran nuevos los adornos del árbol, de la escalera y de los dinteles de las puertas —esta vez había optado por angelitos y Papás Noel—. Los Martín Rubio habían vuelto a verse con el aristócrata un par de veces en Madrid, y en verano coincidieron también en Menorca, donde le invitaron a navegar un par de días en su yate. Se había fraguado, por lo tanto, una amistad muy codiciada por ambos hombres: al ex senador le interesaba convertir a Eulogio en un coleccionista de arte, y a Eulogio le daba prestigio codearse con la refinada nobleza patria. Mercedes, por su parte, estaba encantada con aquella relación tan sincera y desinteresada. Barcos la seguía llamando Dulcinea, y coqueteaba con ella, de forma sutil, claro, porque no le convenía

de ninguna manera que el empresario se le rebotase, justamente ahora.

Este año, la cena estuvo más concurrida. Joan Burrull, el abogado de Eulogio, fue acompañado de Marita Pujol, una señora de mediana edad, de la alta burguesía barcelonesa, divorciada y guapa, que había conseguido que se le borrara al viudo de la cara su expresión de languidez, y que hablara por los codos, como correspondía a su oficio. Nico acudió con una chica de su edad, la tercera que presentaba a sus padres como «relación formal», desde que Casilda le había roto el corazón. Sí, tras el último encuentro que tuvo con la doncella en su habitación, el corazón de Nico había quedado hecho pedazos, y estuvo doce horas en ayunas, y más de una semana acudiendo a la facultad y sin salir de marcha. Pasado ese tiempo de duelo amoroso, necesitaba recuperar su autoestima, que había quedado por los suelos, así que volvió a las andadas con fuerzas tan renovadas que a los dos meses tuvo que enviar, de nuevo, a una chica a la Clínica de la Bonanova. Mercedes, apenas pudo entablar conversación con Barcos, que estaba demasiado ocupado convenciendo a Eulogio de que sería maravilloso empezar por un Modigliani. Ya no se trataba de colgar algún cuadro en las paredes de la mansión de Pedralbes, sino de algo de mucha más envergadura. Para Mercedes estaba claro que aquel encuentro, que había vuelto a preparar con tanto mimo, era, de nuevo, una cena más de negocios, donde ella sería un cero a la izquierda, como siempre. Nico estuvo demasiado ocupado haciendo manitas entre plato y plato con su novia, así que la anfitriona tuvo que conformarse con escuchar el estúpido monólogo de Marita sobre cómo se conocieron y enamoraron ella y Joan. Al terminar los postres, se trasladaron al salón principal, donde brindaron por la Navidad con un Moët Chandon, y continuaron regando la charla con más alcohol. Eulogio Martín, el perro, abstemio desde que perdió media oreja por culpa de un cazador borracho, hizo aquella noche una excepción en honor a su nuevo casi amigo, y enseguida se le soltó la lengua. Nico y su novia habían desaparecido, y Mercedes charlaba con la pareja de su abogado, así que, al estar los tres hombres solos en uno de los sofás, Eulogio le soltó a Barcos, que acababa de hacer un comentario soez sobre la doncella andaluza, lo de Casilda.

—¿Recuerdas a la otra doncella, la que teníamos cuando viniste el año pasado?

—Pues, no. Y si no la recuerdo, es que no debía estar buena —ríe Barcos, agitando su *whisky*.

—Pues sí que lo *egtaba*, amigo, tenía un culo impresionante. *Clago*, que era una cría, una bendita de *Diossss*, me pareció, cuando vino a decirme que quería *dejag*... dejar mi casa para irse de artista al Gato Mimoso.

—¡Coño! —Barcos se atraganta.

—Y no te lo *pierdrags*, había estado ahorrando para ponerse unas tetitas nu... *nuevasss*.

El abogado ha vuelto a su antiguo mutismo, porque estos temas le violentan, ahora que está enamorado hasta las trancas. Por eso, antes de verse empujado a faltarle el respeto a su Marita con comentarios machistas de mal gusto, abandona el sofá de los hombres y se traslada al de las mujeres, que ahora están debatiendo sobre si es hortera o no es hortera la feria de Sevilla.

—Pues sí, amigo mío —prosigue el perro, mucho más cómodo tras la marcha de su abogado—. Casilda, se llamaba, y nos la envió mi cuñada desde Cá... Cáceres, más inocente que un culo, digo, que un cubo... Pobre *chicag*, mira si me dio pena que le solté tres mil euros, tres mil... *pa* que se pagara la operación. A cambio de nada, por *supuegto*.

—¡Eres la hostia, Eulogio, un santo! ¿Y sabes si ya está de artista, la niña?

Pero Eulogio confesó, algo fastidiado, que no había vuelto a saber nada de la chica y que a veces le daba por pensar si no habría sido víctima de un timo (él, no la chica). El dinero, de ninguna manera había sido un préstamo, sino un regalo, pero era extraño que Casilda, que había dado muestras de ser una joven agradecida, no hubiera vuelto a ponerse en contacto con él, aunque era verdad que no tenía su móvil y llamar a su casa podría haberlos puesto en evidencia a los dos. «Porque Mercedes no sabe nada del tema, así que te ruego *didicrección*... total y parcial, y muy *discregta*». — Pues yo me entero en un santiamén de si la chica trabaja en la sala —sentenció Barcos—. No tengo más que llamar a Kitty.

—¿Kitti, qué kikiiii? —El perro se encuentra ya al borde del coma etílico.

—Kitti, la Señora de la noche. La dueña de El Gato Mimoso. Somos viejos amigos.

Justo mientras se produce esta conversación entre Barcos y el perro, acaba

de finalizar el número de Irma la Dulce. Ahora, una camarera en toples reparte violetas al público, que las recoge expectante. El local está a rebosar. Todo son hombres, salvo una pareja de mujeres, y cuatro chicas que, por el escándalo que arman, y la diadema con un pene de goma en todo lo alto, deben estar celebrando una despedida de soltera. Se apagan las luces de la sala y una voz en o/anuncia a Casilda. No es habitual eso en El Gato Mimoso, pero Kitti ha querido darle bombo al debut de La Culo. «Y ahora, tenemos el placer de presentar, por primera vez en El Gato Mimoso, a una criatura que sorprenderá a este amable público que hoy nos visita». ¡Prepárense para disfrutar de... (Redoble de tambores). «¡LA CULO!»». El telón plateado, que tras la actuación de la transexual se ha cerrado, se descorre, de nuevo, al tiempo que empieza a sonar el saxo con la melodía de *La Violetera*. Se encienden los focos de luces rojizas y azules sobre el escenario, y Casilda aparece vestida únicamente con sus bragas blancas de vieja. Lleva una cesta de mimbre llena violetas y huevos (una idea de última hora de Víctor) colgada del antebrazo derecho. Le han enseñado a caminar zamba, y las alpargatas, atadas con cintas en los tobillos, hacen parecer sus pie más planos. Dos trenzas prietas le cuelgan sobre los pechitos, justo hasta rozar los pezones rosados. Busca con la mirada a Celia, que ha bajado a la sala y se ha situado, junto a otras dos chicas y la mismísima Kitti, al fondo, apoyada en la pared, frente al escenario. La Bollo le sonríe y levanta una mano con dos dedos en uve, en señal de victoria. Ella recoge esa sonrisa y respira hondo. La gente ríe; la salida, tal como se pretendía, impactante. Todos sus movimientos están medidos, cientos de veces ensayados, corregidos con mano férrea por Víctor. Ha llegado el gran momento de Casilda García, que no quiere pensar en nada, pero piensa en cosas que nunca hubiera imaginado que le fueran a venir ahora, justamente ahora, a la cabeza: su primera comunión en Cáceres; una tormenta de nieve sobre la alquería; Orejo levantando, como un perro circense, su única pata trasera para orinar en el tronco de un árbol; sus primeros zapatos y el vestido que estrenó para ir a casa de los Cifuentes; y la placida cara de Librada, con los labios semi abiertos, dentro de su ataúd. De pronto, se deja llevar por las notas de ese saxo, que quiere sonar insinuante, pero se queda en una especie de lamento, y por el olor a violetas que inunda la sala. Casilda sabe que aquello no funcionará jamás si no deja que la desolación de su destierro, su

cansancio de tanto nacer y su pequeña esperanza salgan a flote. Y se abandona a la música con una entrega tan íntima, tan perfecta, que la gente deja de carcajearse y guarda un silencio reverente. Pero entonces, Casilda se pone de espaldas al público y empieza a bajarse las bragas lentamente. Su culo aparece bajo el cañón de luz, fastuoso, inmenso y rotundo. Se mueve dibujando un círculo tan perfecto como sus contornos, primero despacio, luego con brío, casi desbocado. Kitty contiene la respiración. Sabe que en este instante su pupila se lo juega todo. Y el público se olvida del desamparo de la chica y estalla otra vez en carcajadas. Kitty respira profundamente; ahora viene lo más complicado —quizás, llevada por la imaginación y el entusiasmo, había creado un número de imposible ejecución—. Casilda acertó aconsejando que las *violetas fueran artificiales; salían mucho* más baratas. Además se trataba de una flor que se mustia rápidamente en interiores con calefacción, lo que hubiera obligado a reponerlas prácticamente cada noche, y su tallo, corto, hubiera dificultado su trasplante al trasero de la artista. De todas formas, la dueña del Gato Mimoso había decidido que aquella noche, al menos, se utilizaran violetas naturales. Se corría el riesgo de que el apoteósico final, con el culo de Casilda convertido en un jarrón lleno de flores, fuera un fiasco, pero Kitty, perfeccionista hasta la paranoia, había minimizado ese riesgo, poniendo en primera fila a unos cuantos empleados de la sala, que subirían al escenario, cada uno con la misión de colocar una violeta de papel de seda, con un largo tallo de alambre forrado, entre las nalgas de Casilda, y animarían a que el resto del público hiciera lo mismo con sus flores naturales. Conseguido el efecto deseado, ya no tendría importancia si algunas flores caían al suelo. Si aquello funcionaba, El Gato Mimoso habría logrado la cuadratura del círculo, ofreciendo el primer espectáculo porno donde no habría masturbaciones, ni coitos, ni sexo oral, ni más juguetes eróticos que unas humildes y delicadas violetas, que, simulando una penetración anal, lanzarían a la cateta a un «orgasmo desenfrenado». Casilda se retuerce, jadea, da grititos; Casilda sabe lo que tiene que hacer, y lo hace con la misma diligencia con que sirvió a los Cifuentes y a los Martín Rubio. Todo transcurre y finaliza como estaba previsto: aplausos fervorosos, lágrimas de risa corriendo por las mejillas encendidas, unas cuantas erecciones, calor, mucho calor, y cava, más cava que nunca, para refrescar los gaznates secos

por la excitación. Los focos se apagan. Se cierra el telón. Kitty, aliviada, sube al despacho a través del *hall* —ya tendrá ocasión de hablar con la chica—. Celia se cuela tras las bambalinas, para felicitar a Casilda. La Bollo y La Culo se abrazan, lloran en silencio. Y luego, se abandonan a uno de sus ataques de risa.

La cena prenavideña de los Martín Rubio acabó de forma brusca y algo dramática; Eulogio terminó tan perjudicado por el alcohol, que sufrió un pequeño síncope, del que, gracias a Dios y al agua del Carmen que le dio la doncella andaluza, se recuperó en unos minutos. Mercedes estuvo también al borde del desmayo, no por el alcohol, por supuesto, sino por el espectáculo que estaba dando su marido. Por suerte, Barcos, que era quien más había bebido, mantuvo la calma y tranquilizó a los demás. «Qué hombre, Dios mío, qué hombre...», pensó Mercedes entre suspiro y suspiro, de forma que nadie, ni ella misma, pudo saber si la frase iba por su Eulogio o por Barcos. Repuestos los ánimos, se despidieron, con el Rey de la Morcilla repuesto y cojeando, camino de la cama, ayudado por su mujer y la andaluza. Eran las dos de la madrugada. Pepe acercó al centro a Barcos, el abogado y su pareja —los tres habían acudido a Pedralbes en taxi—. Barcos, que, entre copa y copa, no había dejado de pensar en el estafalario caso de la antigua doncella de los Martín Rubio, tras despedirse de Burrull y Marita en la Diagonal, le pidió a Pepe que le llevara al Gato Mimoso. Hacía tiempo que no veía a Kitty. Su historia de amor con la alemana —recordó durante el trayecto en el *Mercedes*, con un silencioso Pepe al volante— le había dejado huella durante mucho tiempo. Cuando la conoció trabajaba en el Bagdad y estaba liada con Fermín Ros, un adinerado homosexual, de los que se resisten hasta entrados los cuarenta a salir del armario. Aquello acabó como tenía que acabar en cuanto apareció él en la vida de Kitty. Era hermosa, apasionada, ambiciosa y muy inteligente; Barcos no podía pedir nada más en una mujer, pero, Kitty, tras

caer en sus brazos y abandonar a Ros, se convirtió, como todas, en una paranoica posesiva y celosa, y eso dio al traste con una relación abierta: el único tipo de relación que concebía Barcos, al que, soltero, casado o divorciado, la palabra fidelidad le sonaba a chino. La pareja rompió amistosamente al cabo de un año aquellos lazos que ella quería tan prietos y él tan flojos, y Kitti volvió con su antiguo amante, y le convenció de que se dejara de tonterías, se buscara un novio que le hiciera feliz, y montara con su dinero y con ella un nuevo templo del porno en Barcelona. Fermín accedió, encantado de la vida, siguiendo al pie de la letra, a veces en exceso, el consejo de su amiga en lo de buscarse un novio. A novio por mes, salió, desde que había aceptado cuánto le gustaban los hombres. Pero su temperamento enamorado no impidió que tuviera los pies en el suelo en cuanto al gobierno de su fortuna, y puso todo su capital y su esfuerzo al servicio los sueños de aquella mujer, a la que tanto creyó haber amado y que ahora era su amiga del alma. Barcos, desde la distancia, había sido testigo del despegue de El Gato Mimoso, y muy de vez en cuando se dejaba caer por allí, para tomarse una copa con Kitti y Ros, y de paso, echarle el ojo y todo lo que pudiera a las chicas, incluida, aunque sin éxito, Irma la Dulce.

Cuando Barcos llegó al Gato Mimoso, la actuación de Casilda había terminado, y el espectáculo estaba a punto de finalizar, con el famoso número de la piscina transparente. Por supuesto, todas las entradas para el siguiente pase estaban reservadas, pero, tanto la chica de la taquilla como la del guardarropa, le reconocieron. Preguntó por Kitti, y tras comunicarse con ella por teléfono, le invitaron de su parte a subir al despacho de la Reina de la Noche, desde el *hall*.

Se besaron amigablemente en los labios. Era guapa, seguía siendo muy guapa. La explosiva belleza de los veintitantos años había dado paso a una más refinada y, en cierto modo, misteriosa. Barcos, que ya había dicho adiós a los cincuenta, a pesar de su discretamente llevada afición por las menores, seguía sintiéndose atraído por ciertas mujeres maduras; no por todas, claro; Mercedes, por ejemplo, desde el día que la conoció en Madrid, le había parecido una «mujer de», vacía, vanidosa y sin ningún atractivo. Pero hembras como Kitti, le volvían loco, quizás porque sabía que nunca estaría a su altura, que no podría dominarlas. Estaba sola en el despacho; Fermín se encontraba

aquel día enfermo y, muy a su pesar, se había perdido un estreno de lujo.

—No sabes el disgusto que se ha llevado. Hoy debutaba una chica. Nueva en esto, de hecho, la acabo de sacar de servir. Una apuesta arriesgada, pero que ha salido perfecta; es una pena que se lo haya perdido, y tú también, pero si te quedas un rato, lo tuyo tiene arreglo, querido. ¡Dios mío, siéntate! —Le dice en tono de disculpa por haber empezado hablando del negocio—. Me ha alegrado mucho verte, Alejandro. ¿Sabes?, mejor bajamos y nos tomamos una copa. Por la navidad...

—Y por el pasado, que fue bonito —añade el Barcos, seductor.

Kitti le mira de reajo con una condescendencia tan insultante, que Barcos enrojece. Los dos bajan del brazo a la sala, que ahora permanece vacía. En menos de media hora empezará a entrar el público a la segunda sesión de la noche. En cuanto Casilda García, La Culo, finaliza su actuación, Barcos abandona el local, no sin antes prometerle a Kitti que volverá por allí. «Para saludar a Fermín», le dice, pero en su cabeza, solo baila una idea: esa chica ha de ser suya. Decididamente, Martín Rubio no es un santo, sino un estúpido.

Para renacer, hay que morir primero. Eso le ha llevado a pensar a Casilda García que, tantas veces como ha vuelto a nacer, ha muerto antes. Pero seguramente se equivoca, porque nada ni nadie muere del todo. De la hurdana siempre ha quedado, después de cada muerte, no solo los recuerdos, sino un poco de la niña que fue, y esa niña sale a flote en cuanto se descuida. Por eso, al día siguiente de su debut en El Gato Mimoso, la nueva Casilda se despierta a las dos de la tarde, llena del optimismo de siempre. Pletórica, ilusionada, pensando que este ha sido su último nacimiento y que, de aquí a la muerte definitiva, su vida va a transcurrir con la tranquilidad de un río manso, sin remolinos traicioneros que se la traguen una y otra vez. Todavía suenan en sus oídos los aplausos de esa noche, y las palabras de Kitti en el despacho, que la felicita por su profesionalidad y su arte, y le augura una carrera brillante.

Siente en su cuerpo el calor del abrazo y las lágrimas de Celia. Antes de que la sala cerrara sus puertas, habían brindado en la barra con cava. Celia; Kitty; Irma la dulce; Amín y su novio ruso, y Víctor, el coreógrafo (qué pena que Don Fermín estuviera enfermo). Se sumaron también a la celebración el Rey Neptuno y la Sirena, y algunos otros, hombres y mujeres que no conocía, porque el elenco de artistas era muy amplio y ella solo había coincidido con los que aquellos días ensayaban números nuevos. Vestidos, todos le parecieron bastante convencionales, «personas corrientes». Claro que si les hubiera visto en casa de los Cifuentes o en la de los Martín Rubio, hubieran sido extraterrestres. Ella, indecisa hasta ahora en la frontera que dividía aquellos dos mundos, sintió, de pronto, que deseaba con todas sus fuerzas pasar al lado del que, abierta, indecorosamente, mostraba sus miserias; el menos obsceno. Le bastó a Casilda pisar una noche el escenario del Gato Mimoso para reconocerse, a la mañana siguiente, en La Culo, como si todo vivido antes no hubiera sido más que el preámbulo de su verdadero destino. Celia, que no había pegado ojo, no estuvo al levantarse tan pletórica como ella. Reconocía que el estreno había sido un éxito y que el número de la violetera cateta rompía los tópicos del porno; era original, divertido y, como decía Kitty, un poco naif. Pero, cuando pensaba en Casilda, bajo el cañón de luz con el trasero lleno de violetas, la mortificaba una vaga sospecha: su amiga estaba siendo utilizada, de nuevo, sin piedad. De todas formas, ahora la veía, por fin, feliz. El estado de ansiedad y tristeza en el que la habían sumido la falta de Carlos Tercero y la maldita droga, parecía haberse evaporado, y la chica alegre de los buenos momentos había reaparecido. Eso debe bastarle a Celia, que quiere a Casilda con uno de esos cariños que evitan ser empalagosos, pero que rozan sin quererlo la obsesión de una madre primeriza. Le gustaría ser su hermana, porque ser su amiga se le queda corto, pero no su madre. La cuestión es que la inocencia de la chica le pellizca el corazón como si la hubiera parido, no lo puede evitar. Así que, antes de salir a comer a un *restaurant*, para celebrar a solas todo lo bueno que les está pasando, abre una botella de *whisky*, esa que guarda en el armario de la cocina, llena dos vasos, añade unos cubitos de hielo y propone un brindis, como el de semanas atrás con la sidra. «Por La Bollo» —dice la hurdana—. Y a Celia no le queda más remedio que decir «Por la Culo», porque sabe que Casilda García ha perdido

ya su nombre, como lo perdió, hace unos años, Mari Carmen Borrego.

La llamada de Barcos a Eulogio Martín se produce esa tarde, cuando Mercedes se encuentra en el centro, de compras. El perro se ha recuperado del soponcio de la noche anterior, pero tiene una resaca tan descomunal, que no se ha visto capaz de trabajar en su despacho, y se ha tumbado en un sofá, tapado hasta el cuello con una mantita roja, decorada con hojas de muérdago y copos de nieve. La doncella andaluza le acaba de subir el ibuprofeno y la taza de té, que tanto alivian a Mercedes de sus males.

—¿Cómo estás, amigo? —La voz de Barcos suena adulona al otro lado del móvil.

—Hecho un trapo, Alejandro. Ya me disculparás el numerito de anoche.

—No te preocupes, hombre. Más que nada, fue el disgusto que se llevó tu mujer.

—No me habla —Eulogio se ríe.

—¿Sabes dónde me llevó tu chófer, al salir de aquí? Al Gato Mimoso.

—¡Coño, no me digas!

—¿Y sabes quién es la nueva estrella del Gato Mimoso?

—¡No jodas, que es Casildita!

Y Barcos rectifica pontificando:

—El culo de Casilda, querrás decir: la nueva estrella del Gato Mimoso es el culo de Casilda. Tenías razón, es espectacular, la niña. Y se metió al público en el bolsillo. Y de tetas, nada. No sé lo que habrá hecho con tus tres mil euros, pero operarse, desde luego que no; con el culo le basta. Está buena, muy buena. No sé cómo no te la tiraste —le recrimina, con amabilidad, claro—. Como comprenderás, amigo Eulogio, yo no voy a dejar escapar esa pieza.

A Eulogio parece que le va a estallar la cabeza. La noche anterior, con dos copas de más, había encontrado divertidas las chanzas de Barcos sobre la doncella, de hecho, él mismo había participado, pero hoy siente un poco de

vergüenza propia y ajena. Se alegra de que la chica haya cumplido su sueño; se alegra de que, por fin, las cosas le hayan salido como esperaba. Y se alegra de haberse comportado con ella como un padre. Pero sabe que Barcos va a por todas y no parará hasta conseguir a Casilda. Últimamente, el Rey de la Morcilla está especialmente sensible. Mercedes, obsesionada con sus compras y sus clases de sevillanas (prepara un viaje con unas amigas del club a la feria de Sevilla); Nico, cada vez más idiotizado, comportándose a los veinticinco años como un adolescente; sus empresas funcionando solas (dicen que «dinero llama a dinero»); su abogado de confianza *apollardado* con Marita (le gusta emplear esa palabra cuando alguien está fuera de juego por culpa de una mujer); asesores fiscales y testaferros haciendo de las suyas con su asqueroso beneplácito. De los devaneos extra matrimoniales hace tiempo que se ha olvidado por culpa de su próstata. Esta es hoy su vida. ¿Cómo es posible que lo único decente que haya hecho en años sea ayudar a Casilda sin exigir nada a cambio; compadecerse de esa alma cándida? En estos momentos, no está para las tonterías de Barcos. Decididamente es un tipo repugnante, y le horroriza que tenga que ser precisamente ese hombre el espejo en el que vea reflejada su propia imagen. Cuelga y deja al otro con la palabra en la boca. Luego cierra los ojos. Se duerme al instante y sueña; sueña que Casilda García es uno de los corderos que entran en el matadero de Cáceres para ser sacrificados, y que Barcos es el encargado de despiezarlo. Él no participa en el despiece, pero lo contempla sin mover un dedo. Y, a pesar de no haberlas puesto sobre el animal, tiene las manos manchadas de sangre.

Kitti está exultante, y espera ansiosa el espectáculo de esta noche: la segunda noche de Casilda; la que confirmará si sonó o no la flauta por casualidad. Fermín, todavía recuperándose de la maldita gripe que le ha dejado fuera de juego durante unos días, se acaba de presentar en El Gato Mimoso, con los ojos y la nariz enrojecidos, porque ya no aguanta más la

impaciencia; quiere ver a La Culo en acción y comprobar por sí mismo que el número de la violetera cateta es tan espectacular como se dice. Es aún muy pronto para que corra el boca a boca, pero lo cierto es que la sala vuelve a estar hoy a rebosar y que, al parecer, acaba de nacer una nueva estrella del porno, gracias al olfato de La Reina de la Noche. Casilda ha entrado con Celia a la sala, antes de subir al camerino. Falta todavía una hora y pico para que comience el espectáculo, pero ya están allí las dos camareras y el camarero encargados de la barra, y una mujer de mediana edad, algo entrada en carnes, que permanece sentada en primera fila. Es la madre de Irma la Dulce, y lleva una bolsa de plástico en las manos, con el bocadillo de panceta envuelto en papel *Albal* que se comerá su hija entre sesión y sesión. Mientras Celia se toma un zumo en el bar —Kitti tiene prohibido el alcohol a sus artistas, hasta que no hayan finalizado su trabajo—, Casilda se acerca a la mujer. Las dos entablan enseguida una conversación, en realidad un monólogo por parte de la madre de Irma la Dulce, que de aquí a unos minutos le explicará a Casilda la misma historia que días antes le había explicado su hija. Claro que ahora, narrada por ella, va a adquirir unos matices algo más duros, como si Irma le hubiera dado a Casilda una versión *light*, igual que los embutidos de Eulogio Martín.

—Pues, sí, señorita Casilda, ayer no vine porque estaba mala, pero hoy, mi Manolo me ha hablado de usted. Dice mi hija que su número de las violetas plantadas en el culo, con perdón, es fantástico. Y estoy deseando verla.

La madre de Irma la Dulce sigue llamando a su hija Manolo. Pero, al mismo tiempo, dice que Manolo es «su hija». La madre de Irma la Dulce sufre una esquizofrenia semántica grave, aunque no más que cualquiera de las que están en su situación: hasta los veintitantos años, todo el mundo había llamado Manolo a su hijo Manolo. De la noche a la mañana, no podía ella cambiarle el nombre; ella, que lo había bautizado en la parroquia de aquel pueblo de Lleida, como Manuel, en recuerdo del difunto abuelo paterno del niño, un emigrante de Jaén. Si Manolo se hubiera rebautizado como Manola, su madre se hubiera acostumbrado en un santiamén; se trataba solo de cambiar una letra (por eso, lo de decir «mi hija» no le había costado nada). Lo de Irma, en cambio, era un obstáculo insalvable para la madre de Irma, que tantos obstáculos había salvado para que su hija fuera una mujer. Y es que, hasta la

gramática le ha de pesar de por vida a un transexual, y, de paso a su señora madre.

La mujer continua:

—Estoy deseando verla, que debe usted tener mucho arte para que mi Manolo le tenga esa admiración. Ay..., pobre hija mía —ahora cambia de tono, se le vuelve la voz lastimera y habla más bajo, como si revelara un secreto—. No sabe usted lo que hemos sufrido esa criatura y yo. De siempre supe que lo que le colgaba entre las piernas era, como se dice, un error de la naturaleza. Una putada, con perdón, de la naturaleza, diría yo. Tenía usted que haberla visto de pequeña, con aquellos tirabuzones rojos y aquella carita de ángel. Dice mi ex marido, porque me divorcié, ¿sabe usted?, que la culpa la tuve yo, porque la trataba como una niña, que si el primer día que la vi jugando con una muñeca o pintándose los labios, le hubiera dado una buena paliza, la cosa no hubiera llegado donde llegó. Ya se encargó él de eso, que, desde los ocho años, que la molía a palos, el *cabronás*.

—Sí, algo me dijo el otro día, que...

—Y a mí también me molía a palos, oiga, por educarla como una maricona. Y cuando mi Manolo se vino para Barcelona, que somos de un pueblo pequeño de Lleida, cogí una maleta y me vine con él. Por suerte no tuvo que hacer la calle ni nada de eso, porque, antes de venirme, me vendí todas las tierras de mi padre, porque eran de mi padre, y lo dejé, a mi marido, con lo puesto y media docena de cerdos, que a mala no me gana nadie. Los primeros meses en Barcelona, que empezaron a hormonarle, fueron terribles, señorita Casilda. Solo le voy a decir que, desde entonces, mi Manolo lleva una pistola en el bolso que no se quita de encima ni que lo maten, que eso estuvieron a punto de hacer unos *fills de puta*, de la paliza que le pegaron en plena calle. Y pensé que ya había pasado lo peor, pero qué equivocada estaba, *redeu*, porque casi me lo mandan los médicos al otro barrio, cuando la operación. En Casablanca. Noventa y ocho días estuvimos allí, hasta que se recuperó.

La madre de Irma la Dulce contiene, ahora, a duras penas las lágrimas, al recordar la metamorfosis de su pequeña larva; un infierno al que acompañó a su hija, pensando, quizás, que su conciencia se aliviaría si sufría con ella aquel calvario que la habría de convertir definitivamente en una hermosa

crisálida, y luego en la mujer que era. La madre de Irma la Dulce está, ahora, encantada de la vida.

—Porque mi Manolo es muy mujer, ¿sabe?, y soy capaz de matar al que diga lo contrario, que mucho sufrimiento y cuartos nos ha costado.

—Seguro que sí, señora. Yo la entiendo perfectamente —le dice Casilda, mientras limpia con la mano los lagrimones, que ya han llegado a la barbilla de la mujer y amenazan con precipitarse al vacío sobre sus pechos—. Sepa usted que yo he pasado por algo parecido, porque me he tenido que morir varias veces para volver a nacer. Y morir se duele, oiga. No me he puesto nada en el cuerpo, ni me he quitado, pero le digo yo que, por dentro, he sufrido lo mío para ser lo que soy. Ahora le traigo una copita, que yo tengo que subir ya a los camerinos, y le voy a decir a su Manolo que tiene una madre rebonica.

—Sin alcohol —dice la madre, más repuesta—, que la señora Kitty no quiere que los empleados beban, y yo soy como una empleada, porque me encargo de la intendencia de Manolo —y levanta al aire el bocadillo, envuelto en papel de aluminio.

De nuevo, la melodía de La violetera, en la voz de aquel saxo que quería ser erótico y no pasaba de triste, sonó en la sala, acompañando los movimientos de una Casilda crecida y, por primera vez, un poco enamorada de sí misma. Fermín Ros, Kitty y Alejandro Barcos la contemplaban desde unos de los palcos. Cuando finalizó el número de la chica, con unas cuantas violetas de tallo quebrado (finalmente, cada noche, naturales) sobre el suelo del escenario, sin dar a penas tiempo a que cesaran los aplausos, surgió, como por arte de magia, la inmensa piscina transparente. Era el último número del programa de este año en El Gato Mimoso, el más espectacular, pero ni la preciosa sirenita ni el rey Neptuno con su enorme falo enhiesto fueron capaces de borrar de la cabeza de los espectadores la imagen de Casilda García y su asombrosa mezcla de sordidez y pureza. Como la Dorotea de una novela

pastoril, aquella chica era, sin proponérselo, capaz de despertar la sensación de un deseo inalcanzable.

Para Barcos, no había deseo inalcanzable. No era hombre que se rindiera ante nada, y mucho menos en lo tocante a las mujeres. Había encontrado a Fermín decrepito —un viejo maricón acabado, que, como solía decir Kitty, mientras tuviera a mano buenos puros y chicos guapos, se daba por satisfecho—. Hoy por hoy, lo único interesante de Ros era su dinero. Durante todo el espectáculo —salvo, naturalmente, los minutos en que actuó Casilda—, estuvo charlando con él de forma distendida, junto a una Kitty silenciosa y un poco molesta por tanta cháchara. Incluso se barajó la posibilidad de que Ros invirtiera en arte, quizás estuviera interesado en mover su dinero. «¿Pero no te dedicabas a la compraventa de casas, o algo así?». «No, hombre, eso ya pasó a la historia», y lo puso al corriente. Era un pardillo, Ros. Por cierto, el estúpido de Eulogio le había colgado aquella mañana el teléfono. Otro desgraciado. Y ese con ínfulas, claro que el poder y el dinero de Martín Rubio era muy superior al de Fermín; podía permitirse colgarle el teléfono a quien le diera la gana. «Me revientan los moralistas. Como si no hubiera sido él el que me habló de la chica. Además, lo de los tres mil euros para la operación, a cambio de nada, es del todo inverosímil, aun viniendo de ese carcamal. A saber si tuvo algo con la doncella, seguro, eso explicaría su salida de tono de esta mañana, dejándome con la palabra en la boca: un ataque de celos». Celos sí, porque, aunque aún no había cruzado una palabra con la chica, Eulogio debía estar seguro y bien seguro de que la iba a convertir en su amante.

En cuanto terminó el número de la piscina, Barcos, Kitty y Fermín salieron de la sala como unos clientes más, y subieron, a través del *hall*, al despacho. Allí les subió un camarero otra botella de cava y unas copas para hablar tranquilamente. A Barcos, lo único que le interesaba era que le presentaran a Casilda. Todo lo demás —incluso el dinero de Fermín— podía esperar, así que dirigió hábilmente la conversación hacia el nuevo espectáculo del Gato Mimoso. El programa de este año mantenía la baza infalible de la piscina transparente, que había supuesto una inversión tan alta, que era obligado sacarle partido, al menos, durante un par de temporadas más; se podían, incluso, incorporar nuevos números, crear todo tipo de fantasías bajo el agua. Fermín no paseó esa noche por el despacho, ni encendió ninguno de sus puros. Se

quedó repantingado junto a los otros dos en el sofá, aconsejado por Kitty, «te has de cuidar este catarro, querido, no me gusta nada. ¿Entonces, Alejandro, qué me dices de nuestra violetera?». «Yo estoy totalmente impactado», se adelantó Fermín, «nunca había visto nada parecido, porque lo de la piscina, por muy fastuoso que resulte, no deja de ser una copia de lo del Moulain Rouge, pero esa chica moviendo un culo lleno de flores, simplemente moviendo un culo lleno de flores... sublime». «Me gustaría conocerla» es lo único que dice Barcos. Su voz suena concentrada y dulzona, como el néctar de las flores, pero Kitty le conoce demasiado. Sabe que tiene delante un depredador de libro, y eso la divierte en cierto modo, pero, por otra parte, la presa que pretende su examante le pertenece. Ella ha creado a La Culo, de su fantasía ha salido la criatura peregrina que la chica encarna sobre el escenario. Y, aunque reconoce que es la casualidad la que la ha llevado a encontrar en Casilda a la gallina de los huevos de oro, Kitty presiente que, si trabaja bien con ella, si es capaz de convertirla en una verdadera profesional, su éxito no será efímero; que, incluso sin ese número, la chica va a ser capaz de hacer carrera.

—Lo sabía, sabía que querrías conocerla. Pero te advierto una cosa, Alejandro, esa chica no viene del mundo que te imaginas, ni es lo que te imaginas. En realidad, todavía me cuesta creer que esté trabajando para mí.

Fermín asiente y se suena la nariz con un pañuelo de papel arrugado, que se saca del bolsillo de la americana. Está completamente de acuerdo con las palabras de Kitty. Es más, añade:

—Por supuesto. La chica no es una fulana, Alejandro. Trabajaba de criada, bueno, de doncella. De hecho, fui yo quien la descubrió el día que vino aquí con La Bollo a pedir una oportunidad. Cualquiera la hubiera dejado ir sin pensarlo dos veces; era insignificante a pesar del culo. Su actitud... pero tuve un palpito, una intuición, y le pedí a Kitty que le echara un vistazo. ¿No es cierto, Kitty?

—Cierto, querido, límpiate un poquito ahí, al lado de la boca, no, al otro lado, ahí, ahí.

—Bueno —dice Barcos—, la verdad es que conozco a la chica, aunque quizás ella no se acuerde de mí. Trabajaba de doncella en casa de un buen amigo, Martín Rubio, el de los embutidos. La había visto solo una vez, el año

pasado, en una cena en casa de Eulogio, de Martín Rubio, quiero decir. Aquella noche ya me impactó su belleza, pero ayer, cuando volví por allí, ya no trabajaba para ellos. Fue el propio Eulogio quien me dijo, cuando pregunté por ella, que posiblemente la encontraría en el Gato Mimoso. —Hasta que Eulogio no le había hablado de ella, no tenía ni idea de quién era aquella chica. Qué curioso lo de la doncellita provinciana convertida en artista porno. Y además de la mano de la mismísima Kitty. Pero eso de que haya pasado un año entero sin olvidarse de la doncella, contado por él, con esa voz varonil, que tanto excita a Fermín y que resucita en Kitty, por unos segundos, emociones enterradas, es una historia de amor casi romántica y casi verosímil.

—Te la voy a presentar, Alejandro —Kitty suspira largamente—. Lo haga o no, te vas a salir con la tuya. Solo te pido que tengas en cuenta una cosa: ha firmado un contrato con esta casa —y mira a Barcos a los ojos, fijo y sin parpadear, como miran los lagartos, porque acaba de enterrar, de nuevo, sus emociones y vuelve a ser Kitty, La Señora de la Noche—. ¿Estoy siendo clara?

—¿Está siendo clara? —repite Ros con voz de trompetilla, y vuelve a sonarse la nariz con el mismo pañuelo, hecho ya un amasijo húmedo de celulosa.

—Como el agua —responde Barcos, y levanta su copa para brindar. El cava se ha calentado. Es un brebaje repugnante.

Eulogio Martín Rubio acaba de descolgar el teléfono de su despacho, al que ha entrado a trabajar, como todas las mañanas últimamente, de mala gana. Desde la noche del *jamacuco*, sigue sintiéndose indispuerto, con un malestar impreciso, que a veces se manifiesta como una opresión en el pecho y otras en forma de náuseas. Ya han pasado un par de semanas desde el bochornoso episodio que protagonizó ante sus invitados. Y, sobre todo, ante su mujer. Mercedes, aunque ya le habla —más que nada porque ha tenido que recurrir a él para que le solucione un problema con la visa—, sigue de morros. La

verdad, reconoce Eulogio, es que es muy desagradable para el cónyuge soportar el numerito de un borracho. Bien sabe que Mercedes ha tenido durante muchos años una infinita paciencia con él, poco acostumbrado a protocolos. Finalmente, su mujer ha conseguido que se comporte en sociedad, si no con refinamiento, al menos con decoro. Sí es verdad que cualquier buen observador advierte enseguida que Eulogio no procede precisamente de un ambiente cultivado (sus ademanes son perrunos, por eso Orejo se encuentra tan bien dentro de él) y sigue teniendo un aire servil, pero, al menos, es educado y amable, y ha aprendido a usar correctamente los cubiertos. Eulogio no está obligado al saber estar de un banquero, un magnate de la moda o un político de derechas, así que la señora de Martín Rubio —Mercedes Cifuentes, de soltera—, una concienzuda Pigmalión, está más que satisfecha de su labor con el antiguo despiezador del matadero de Cáceres. Lo que pasó aquella noche —la lengua de trapo de Eulogio, sus poses vulgares, sus risotadas y, finalmente, aquel *parraque* vergonzoso, que lo dejó en el suelo con las piernas abiertas como un muñeco roto—, fue por culpa del alcohol, que cogió al pobre abstemio desprevenido. El orgullo de Mercedes había sido herido por aquel patán hasta lo más hondo. Tan hondo que prefería no volver a ver a la pija de Marita —y mucho menos a Barcos— hasta que pasara un buen tiempo, el suficiente para que se le olvidara aquella sensación de ridículo, que la seguía haciendo enrojecer de vergüenza cada vez que recordaba la escena.

Al otro lado de la línea, la voz de Casilda García suena limpia como la de una niña. El perro siente que trozos de canciones infantiles se le meten dentro del oído derecho, y empiezan a llenarle la cabeza de frases tontas, del tipo de «dónde están las llaves», «que llueva, que llueva», «Susanita tiene un ratón». En los dos o tres segundos que Martín Rubio tarda en contestar al «¿Don Eulogio?» de Casilda, Orejo realiza una labor en el cerebro del hombre que le haría merecer, de ser humano y estar vivo, un premio Nobel como

neurocientífico; es más, que le podría llevar a la beatificación, porque es un milagro lo que acaba de hacer: El alma de Martín Rubio debe haber sido durante estos años una tierra en barbecho, y ahora, aparece de pronto limpia de malezas, espinos y malas hierbas, lista para ser sembrada con la semilla de la compasión. Desde el momento en que la doncella se presentó en su despacho, cuando le tuvo que comunicar la muerte de su madre, sintió hacia Casilda García una especie de afecto primitivo, como si ambos pertenecieran a dos especies en extinción, que necesitaran protegerse mutuamente. Sus vidas, sin tener nada que ver una con otra, parecían haber andado por caminos paralelos, y, sobre todo, imprecisos; ¿habían ido cuesta arriba o cuesta abajo? Él, al menos él, tenía la obligación de saberlo. Otra cosa es que cerrara los ojos, para no ver si de verdad había conseguido algo, algo que valiera la pena. La chica era tan simple... No estaba seguro de haber hecho lo correcto con ella; su casa y su familia no eran precisamente una escuela de valores, pero, al menos, allí estaba «recogida». Aquellos tres mil euros y su permiso para que volara sola, es posible que le hubieran hecho cómplice de las malas decisiones de Casilda. Tenía la sensación de que había dejado a la hurdana indefensa entre una jauría de lobos, y no se lo perdonaba, como no se lo hubiera perdonado Orejo. Era obvio que en el mundo de la noche iban a ser muchas las tentaciones; malas compañías, drogas, alcohol, dinero fácil..., a saber. Y, lo que es peor, si rompía con el novio —que seguro que rompía—, hombres como Barcos, que la utilizarían a su antojo y luego la dejarían tirada como un trapo viejo. La llamada de Barcos había sido repugnante, a pesar de su cordialidad, desprendía algo tan sucio, que solo oírle pronunciar el nombre de Casilda, era algo así como escuchar una blasfemia. Desde su borrachera, y aquella llamada, Eulogio se encontraba mal, sí, pero no era solo física su desazón; estaba inquieto, y en estos momentos —donde están las llaves que llueva que llueva Susanita tiene un ratón— la voz de Casilda, hecha de trozos de canciones infantiles, azuzaba aún más su inquietud, porque no sonaba precisamente como la voz de alguien que es consciente del peligro que le acecha.

—¿Don Eulogio? —Un poco sujeta por la timidez, pero con mucha carga de cariño.

—¿Eres tú, Casildita? ¡Qué alegría, criatura, cuánto me alegra que me

llames! ¿Cómo va todo? —Entre frase y frase, Casilda oye unos cuantos *guaus* que la embargan de emoción.

—Pues, mejor no me puede ir. Por fin me llamaron del Gato Mimoso y llevo ya un par de semanas trabajando allí. Yo le llamaba para darle las gracias y para...

—Quita, mujer, no me tienes por qué dar las gracias por nada. Lo importante es que estés bien y tengas...

—Y para decirle —le interrumpe Casilda— que, al final, no me puse tetas y que en unos meses ya habré ahorrado para devolverle el dinero. Es que, sabe, he tenido gastos imprevistos y hasta que no he empezado a trabajar, con el verano por medio, sin paro ni nada —tras esta última frase, Casilda se muerde la lengua, vaya a pensar Don Eulogio que le reprocha que no la tuvieran asegurada.

—Ni hablar, Casilda. Eso fue un regalo que quise hacerte, nunca te dije que tuvieras que devolverme nada.

—Si lo sé, Don Eulogio, pero como era para las tetas y al final se me ha ido el dinero en otras cosas, no me siento bien. Es como si le hubiera engañado, y yo no quiero que usted piense...

A Eulogio le baila, desde que han empezado a hablar, una pregunta en la cabeza. No sabe por qué es tan importante para él que Casilda le responda a esa pregunta, pero algo le dice que en la respuesta estará la clave del presente y el futuro inmediato de la chica.

—Y tu novio, Casildita, ¿qué tal? ¿Os fuisteis, por fin a vivir juntos?

—Huy, Don Eulogio, no sabe usted cuánto han cambiado las cosas desde que me fui de su casa, que, por cierto, ¿cómo está Doña Mercedes? Con mi novio rompí este verano, y lo pasé requeté mal, pero ahora estoy feliz, porque se ha enamorado de mi un hombre fantástico, muy importante, que me dijo que era amigo de ustedes.

Eulogio va hacia el gran ventanal que ocupa toda una pared del despacho, y da al jardín. Tras un otoño más cálido de lo normal, el invierno se ha apoderado de la ciudad de pronto, por las bravas, como quien toma un botín de guerra. Esta noche ha llovido, y abajo, entre los setos, se ha formado un charco. Solo uno. Es pequeño, apenas debe contener un par de litros de agua turbia. Muerta. El hombre mira fijamente ese desliz del paisaje, como si

quisiera borrarlo. Apoya la frente en los cristales y respira hondo.

—Supongo que te refieres a Alejandro Barcos.

—Ese mismamente, y me vio en la casa de usted, estas navidades no, las anteriores, que yo acababa como quien dice de llegar a Barcelona. Y ya esa noche se enamoró de mí, oiga.

—Casildita, ¿por qué no te vienes la semana que viene a merendar a casa y hablamos? Seguro que a Doña Mercedes le gustará verte.

—¡Pero qué dice usted! —Casilda, que en unos minutos, como suele pasarle, ha perdido la timidez para entregarse a su incauta verborrea, saborea divertida su complicidad con Eulogio—. ¿No ve que su esposa no sabe dónde trabajo, que la tuvimos engañada? Tendríamos que seguir mintiéndola. Ay, si me viera ensañando el culo, que prácticamente es lo único que enseño, porque, como no me puse las tetas... Se muere ella y me muero yo, de la vergüenza. ¿Ve?, en cambio no me importaría que me viera usted, que con usted, no sé por qué, pero tengo más confianza, como si fuera un padre de toda la vida, quiero decir..., eso, un padre.

—Y ese, mi amigo Alejandro, el que se ha enamorado de ti...

—Viene cada noche a verme, porque, además es muy amigo de la dueña, que se llama Kitty y es alemana, y de Don Fermín, el socio, que es mariquita.

Eulogio Martín Rubio, no llega a escuchar las últimas palabras de Casilda. Por su oído derecho sigue entrando una vocecilla que pregunta machacona dónde están las llaves, que pide que llueva, que le canta al ratón de Susanita. Su frente se ha apuntalado contra el ventanal y la presión la ha vuelto blanquecina. Se ha formado un pequeño círculo de vaho en el cristal, ante sus labios abiertos. Dentro de él, se desdibujan los árboles del jardín, como si estuvieran envueltos en niebla. Y el charco. El móvil cae al suelo de parqué con un sonido sordo. «Cloc».

—¿Don Eulogio? —Dice Casilda—. ¿Don Eulogio? —repite—. Ha colgado, Alejandro.

Una penumbra rojiza envuelve el apartamento de Barcos, en plena Vía Layetana. El hombre acaba su *whisky* de un trago y se recuesta en los cojines del sofá de piel, de un blanco inmaculado. Casilda deja el móvil y apoya la cabeza en su hombro.

—Sí —dice Barcos, después de un breve silencio—, a este, últimamente

le da por colgar. Bueno, tú ya has cumplido ¿no? He creído entender que te decía que no le debes nada. Nena, piensa que para Eulogio, tres mil euros son calderilla, así que tranquila.

Es Barcos quien se ha quedado tranquilo. Ahora ya sabe que el trato de Martín Rubio con la chica fue tan inocente como los dos afirmaban. En ningún momento ha pretendido hacerse con una virgen, pero desde que conoció a Casilda, y más, desde que esta se trasladó a su casa, le ha escocido la sospecha de que Eulogio se la hubiera beneficiado antes que él. Quería saber si los malditos tres mil euros fueron un préstamo, un regalo o un pago, y le ha quedado claro de una vez que Eulogio es tan tonto como aparenta. Por supuesto, lo más conveniente será que esté un tiempo sin ver al Rey de la Morcilla, que parece haberse arrogado el papel de protector de Casilda. Tampoco a Kitti parece gustarle su historia con la chica —ojalá sean celos, lo de Kitti, pero seguro que lo que le preocupa a la alemana es que La Culo se largue con él, y abandone El Gato Mimoso—. Y luego, la amiga, la tal Celia, dando cada día por saco. Cuantos más obstáculos surgen en torno a su relación con Casilda, más la desea. No sabe lo que ocurrirá de aquí a unos meses, pero hoy por hoy, esa mujer le vuelve loco. Le levanta la cara por la barbilla y la besa despacio, como si quisiera retrasar la excitación, recrearse en una especie de preámbulo del preámbulo. Casilda le devuelve el beso, y mientras sus lenguas pasean de boca a boca intercambiando fluidos, él piensa por unos instantes en el estúpido de Eulogio y su papanatería, y ella en aquel perro cojo y desorejado, que acompañó su infancia. Nada que se salga de lo normal; ocurre frecuentemente que cuando dos amantes se besan, sus labios están a una cosa y su cabeza a otra.

Sobre las siete de la tarde, unas horas después de que Casilda hablara con Eulogio por teléfono, Barcos había recibido una llamada de Burrull. Martín Rubio había muerto aquella mañana. Le había encontrado el servicio, ya frío,

en el suelo de su despacho, junto al ventanal. A poca distancia de su cuerpo, el móvil, que debió caérsele de las manos. Todo hacía suponer que había sido un infarto fulminante, aunque estaban pendientes del resultado de la autopsia, que tardaría, al menos, treinta días en llegar. Barcos se mostró afectado, cómo no iba a estarlo, si Martín Rubio era su amigo, un tipo llanote pero inteligente, un lince para los negocios, un hombre hecho a sí mismo. «Qué gran tío, Eulogio, y qué poca cosa somos, Burrull». Tras despedirse de Casilda —debía marcharse a Madrid aquella misma tarde, sin falta—, siguió sintiéndose afectado, porque su cinismo tenía un límite, y no era este el momento de recordar la vulgaridad y el provincianismo de Eulogio. A los muertos hay que honrarlos, y cuanto más hijos de puta, más honores —pensó Barcos—, vaya a ser que se levanten de su tumba y ajusten cuentas contigo. Le daba un poco de grima decirle a Casilda lo de Eulogio, porque sabía lo agradecida que le estaba la chica, y ese cariño raro que parecían profesarse. A él se le daba mal eso de consolar a una mujer, a no ser que fuera ese tipo de consuelo que se da entre las sábanas, así que esperó a darle la noticia por teléfono desde el mismo tren, un lugar que no se prestaba a conversaciones largas e íntimas, sobre todo en primera clase.

Casilda había salido en taxi (su medio de transporte habitual, desde que estaba con Barcos) hacia El Gato Mimoso. Nada más llegar a la sala, sonó el móvil, que sacó del bolso. A los pocos minutos, Celia la veía entrar al camerino, blanca como la cera. La Bollo estaba sola, desmaquillándose para volverse a maquillar. Tenía la costumbre de llegar siempre una hora antes que el resto de los artistas. De hecho, desde que Casilda se había ido a vivir con Barcos, aquella hora les servía a las dos para estar juntas y hablar de sus cosas. Había días en que a Casilda no le apetecía en absoluto verse a solas con Celia. Como Carlos Tercero había dejado de ser una amenaza para la hurdana —se habían enterado de que había tenido que huir a algún país

sudamericano—, Celia la había tomado ahora con Barcos. Casilda estaba harta de oírla despotricar contra su amante (ya no usaba la palabra «novio»). Incluso alguna vez llegó a pensar que tenía celos, o envidia o lo que fuera, porque ahora estaba con un hombre rico, culto e influyente que la adoraba; un caballero. O que tenía celos, o envidia o lo que fuera de que su número estuviera en boca de todo el mundo, y hasta un jeque árabe y un diputado de Esquerra hubieran ido al Gato Mimoso a plantar violetas en su culo. Barcos echaba abono a estas sospechas, e intentaba poner a Casilda contra Celia, a la que definía como una bollera encubierta, de las que no comen ni dejan comer. Pero el cariño que Casilda le tenía a La Bollo acababa siempre por imponerse, porque La Culo sabía que la otra había estado siempre ahí, para lo bueno y para lo malo, y que más de un disgusto se hubiera evitado de haber seguido sus consejos.

—¡Pero chica! ¿Qué te pasa? ¡Parece que acabas de ver un muerto!

Y Casilda se echó en los brazos de Celia, y lloró con más rabia que tristeza, mientras repetía entre sollozo y sollozo «se me ha muerto el perro se me ha muerto el perro...».

«Este tanatorio es muy grande». Casilda recordó, nada más entrar allí, la diminuta sala del de Cáceres, donde descansaba Liberia, y el también diminuto *hall*, con aquel sofá de dos plazas, del que Doña Dorita se levantó para recibirla con frialdad. Aquí, todo eran espacios inmensos. Como peatones de una silenciosa ciudad, la gente caminaba de un lado a otro, siguiendo las indicaciones de los carteles: un nombre, unos apellidos y la dirección allí del muerto —el penúltimo domicilio, antes de ser enterrado o incinerado—. Casilda llegó allí en taxi. Sola, porque Barcos se encontraba aquellos días en Madrid —claro que, de haber estado en Barcelona, nunca hubieran ido juntos a despedir al Rey de la Morcilla.

DON EULOGIO MARTÍN RUBIO, PRIMERA PLANTA, SECTOR 3,

SALA M.

Y, luego, una flecha que señalaba a la izquierda.

El perro, Eulogio Martín Rubio, duerme eso que se suele llamar «el sueño eterno» dentro de un lujoso ataúd de madera de cedro. Debajo de su cuerpo de uno sesenta y dos, un lienzo de seda casi blanca, plegada y desplegada, como las olas. Tiene las manos pequeñas y peludas cruzadas sobre el pecho, y se aprecian señales blancas en la piel de los dedos anular y corazón, donde han estado su alianza de casado y el gran sello que le regaló Mercedes hace menos de un año. Lleva un traje gris oscuro, y el nudo de la corbata un poco torcido. A Casilda le dan ganas de arreglarle el nudo, pero entre ella y Eulogio hay una tapa de cristal. Le mira fijamente a la cara. Busca una señal, un gesto que le revele a ella, solo a ella, el secreto del morir sin morir, del nunca marcharse definitivamente. Pero la cara de Eulogio permanece inmóvil; no hay un amago de sonrisa, ni un aleteo en la nariz, ni el rubor que debería teñirle las mejillas ante una mirada tan intensa e inquisitiva. Entonces, Casilda no tiene más remedio que aceptar que Eulogio ha muerto. No como ella, que es una especie de serpiente que muda la piel para echar una nueva. Eulogio ha muerto de verdad. Como mueren todos los que la quieren: Milagros, la partera, su abuela postiza. Su querida Librada, la que le hizo de madre. Orejo, el perro que fue su hermano. Sí, es verdad que Orejo fue listo y consiguió colarse dentro de Eulogio, para que este le hiciera de padre, pero con la muerte de El rey de la Morcilla, dos almas se han ido a la vez —la suya y la del perro—, y el mundo se ha quedado desierto para Casilda. En este momento, en el que vislumbra con extraña lucidez su existencia, una existencia que la condena continuamente a la soledad, le consuela pensar que aún le queda Celia. Celia la quiere. A Celia le importa. Y, de pronto, se da cuenta de que no ha pensado en Barcos, ni vivo ni muerto. De que Barcos no está ni estará nunca en ese elenco. «Eulogio —le dice al muerto, tuteándole—, Alejandro dice que le colgaste el teléfono». Y le parece percibir un leve movimiento en el muñón de oreja del difunto, que la hace sonreír. Seguramente ha sido un espejismo.

Salió, de nuevo, al gran *hall* lleno de gente elegante que hablaba a media voz. Mercedes, muy serena, estaba sentada en uno de los sofás que había ante la sala M del sector 3. Al lado de Mercedes, Dorita, que parecía estar más afligida que la viuda, se secaba las lágrimas, con pequeños toquitos de las

yemas de los dedos, para que no se le corriera el rímel. De pie ante su mujer y su hermana, Cayetano Cifuentes hablaba con dos hombres —uno de ellos Burrull—. Unos metros más allá, Marita, envuelta en un maravilloso abrigo de visón, que no se había quitado, a pesar de que el aire acondicionado proporcionaba una temperatura agradable. Estaba con un par de señoras, que sí llevaban los abrigos colgados del brazo y lucían sendos trajes de chaqueta Chanel de tonos pastel. Casilda trató de pasar desapercibida. No quería que la vieran ni Dorita, ni Mercedes, ni Cayetano. Un reflujo de rencor subía y bajaba por su garganta. ¿Por qué no era uno de ellos el muerto? ¿Por qué tenía que ser Eulogio quien se fuera? Hubiera preferido ver a los tres, desangrados como cerdos en una matanza, antes que tener que contemplar a aquel hombre cojo y desorejado, el único decente de la familia, dentro de una caja, sobre un ridículo lecho de seda. Nadie la conocía allí, salvo los Cifuentes y los Martín Rubio. Al fondo, unas grandes puertas de cristal se abrían a un jardín de estilo francés, exquisitamente cuidado. No había ni una nube en el cielo, completamente azul. Vio corrillos de gente fumando. Los que no tenían el cigarro en la mano exhalaban un vaho, parecido al humo, que bailaba blanquecino delante de sus bocas; hacía frío. Enfundados en sus prendas de abrigo, charlaban y gesticulaban, mucho menos contenidos que los de dentro. Le faltaba el aire, necesitaba salir al jardín, pero, cuando estaba a punto de cruzar la puerta acristalada, distinguió en uno de los grupos a Nicolás. No le había visto desde días antes de abandonar la casa de Pedralbes, y le sorprendió la indiferencia con que era capaz de contemplar cómo agarraba por la cintura a una chica rubia y le decía algo al oído. La chica soltó una carcajada, que Nico secundó. Desde el *hall* no podían oírse aquellas risas, pero sí verse: las bocas de ambos muy abiertas, con las dos hileras de dientes blancos y perfectos al aire; la cabeza levantada; el cuello estirado. Le pareció obsceno que Nico fuera capaz de reír con el cadáver de su padre a pocos metros; pero, ese era Nico. No saldría al jardín, desde luego; no con el hijo de Eulogio allí. Se iría y pediría un taxi desde fuera, que la devolviera al centro. Necesitaba escapar de allí; algo le estaba robando el oxígeno, y, por fin, pudo identificarlo: el tanatorio olía a violetas pisoteadas. Había coronas y ramos de flores diferentes —rosas, gladiolos, claveles—, pero aquel lugar olía a violetas pisoteadas. Como las que cada noche caían sobre el escenario de El

Gato Mimoso, durante el número de La Culo. Casilda, de espaldas al público, aspiraba el intenso aroma a corrupción que desprendían aquellas flores cuando se las pisaba. Era como si su olfato que, al llegar a Barcelona, había aprendido a actuar a la vez que los otros sentidos, volviera a trabajar en solitario; no veía a nadie; no escuchaba el saxo; la adorable grieta entre sus nalgas era insensible como el mármol. Solo tenía conciencia en aquellos momentos de que el olor de una flor masacrada se le metía en la nariz para invadir su cuerpo entero. Sí, el tanatorio, igual que El Gato mimoso, olía a violetas pisoteadas.

Casilda sale, por fin, a la amplia explanada, frente a la entrada principal del tanatorio, que hace de *parking*, Y cuando se dispone a llamar un taxi lo ve. El *Mercedes* de los Martín Rubio, negro intenso, reluciente como siempre. Y Pepe, medio apoyado en el capó, leyendo el periódico. El hombre, abstraído, no la percibe hasta que la tiene delante y le dice, con una sonrisa triste, «Señor Pepe, aquí nos tenemos que ver, qué repena...». Por unos segundos, el chofer es incapaz de reconocerla. Casilda ha cambiado en pocos meses tanto, que, físicamente, no queda nada de la doncellita de los Martín Rubio. Ni siquiera la voz le resulta familiar al chófer, porque la voz de esta mujer, nada tiene que ver con la de aquella temerosa muchachita de las Hurdes que recogió en la Estación de Sants. Ni siquiera tiene nada que ver con la de la resuelta Casilda que salió un día de la casa de Pedralbes dispuesta a comerse el mundo. En realidad, lo único que ha permitido al chófer reconocer a la chica, es que Casilda es la única persona que, en toda su vida, le ha llamado «Señor Pepe». No pueden evitar ninguno de los dos lanzarse a un abrazo entrañable, aunque breve.

—¡Madre mía, señorita Casilda, está usted irreconocible!

—Pues usted está igualito. Pobre Don Eulogio... —Y no puede contener las lágrimas.

Pepe no quiere hablar del perro. Es demasiado dolor. Él piensa lo mismo que Casilda, que la muerte no tiene ni justicia ni criterio ni vergüenza. Que se lleva a los mejores y se queda tan fresca. Que es una cabrona, la muerte —el chófer de los Martín Rubio, el que ni siquiera terminó el graduado escolar, tiene alma de filósofo. Es de poco hablar, pero, aunque de forma un tanto ruda, le gusta reflexionar sobre la vida y la muerte—. Tras su perorata, a la que

Casilda asiente, la chica cambia de tema para combatir la tristeza de ambos, y, en unos minutos, le pone al corriente del éxito de su culo y de su regalada vida junto a Alejandro Barcos. Lo del culo, no le extraña en absoluto al chófer, que íntimamente siempre se ha jactado de haber sido, en Barcelona, el primero en descubrir semejante prodigio. Lo de Barcos, tampoco ha sorprendido en absoluto a Pepe.

—La llevaría de mil amores donde fuera, pero estoy aquí de guardia por si doña Mercedes o el señorito Nicolás me necesitan. Pero me he alegrado muchísimo de verla, y de saber que está bien.

—Y yo de verle a usted, señor Pepe, de verdad.

Y Casilda le planta al hombre un beso en cada mejilla, y se aleja, móvil en mano, para pedir un taxi. Pepe mira ese trasero, moverse prieto bajo los tejanos, tan hermoso, tan inmenso, y recuerda que el día que la doncella dejó la casa, antes de que subiera al Mercedes, él se había despedido de su culo, pensando que lo veía por última vez. «La vida, como la muerte, te da sorpresas», piensa, Pepe, y luego, vuelve a mirar a la chica, y dice en voz baja «¡hos-ti-a!».

La Culo triunfa noche tras noche en El Gato Mimoso. Se siguen utilizando violetas naturales, así que su olfato no ha tenido más remedio que acostumbrarse a su olor, una vez que se pisan en el escenario. Por suerte, son solo unos minutos, al final del número, porque hace un rato, su experiencia en el tanatorio le ha demostrado que sería incapaz de soportarlo durante más tiempo. Otro problema que tiene el olfato de Casilda, es que no sabe extrapolarse a lo abstracto; es incapaz de oler el peligro, y se pone constantemente en situaciones comprometidas, porque desconoce ese estado de alerta que nos advierte de las catástrofes. Ahora, confía en Barcos, al que envía un *whatsapp* cariñoso desde el taxi que la lleva del tanatorio al gato Mimoso: *Cariño he estao en el tanatorio y he visto a Don Eulogio que*

repena con que cuerpo me voy hoy a trabajar... un beso.

Celia se maquilla con parsimonia, mientras fuma un canuto a pequeñas caladas y escucha a Rocío Jurado, a través de su aplicación de móvil. No le gusta que Casilda esté con Barcos, y se lo dice un día sí y otro también. Reconoce que es una mosca cojonera que siempre lo ve todo negro y sospechoso, sobre todo, cuando se trata de hombres, pero precisamente su insistencia en alertarla, ese ejercer de abogada del diablo, esa vocación de escolta, de hermana mayor, es lo que la convierte en una columna indispensable para que la vida de Casilda se sostenga en algo sólido y real. Hoy, sin embargo, no le hablará de Barcos, al menos al principio, porque Casilda acaba de recibir un duro golpe con lo de Don Eulogio, y lo primero es lo primero.

—Ven aquí, cariño —la abraza—. Pobre hombre, la verdad es que se portó muy bien contigo.

—No veas, Celia —se deja abrazar unos segundos—, parecía guapo y todo. Así, tumbado, ni la cojera se le notaba.

—Es verdad —Celia sonríe—. Y seguro que tampoco se le notaba que tenía una oreja rota —añade con una ironía que Casilda, por supuesto, no advierte.

—Sí, eso sí se le notaba, que solo tenía un cacho. Hasta me pareció que lo movía.

—Ay, chica, si ya lo digo yo, estás como una puta cabra —ya se ha deshecho el abrazo, La Bollo reanuda su labor de maquillaje y da una última calada al porro. Casilda se sienta a su lado, ante el tocador, con el gran espejo coronado de bombillas. Hoy tiene ojeras.

—¿Y qué ha pasado con tu perro? —dice Celia como el que no quiere la cosa.

—¿Para qué me lo preguntas, si no te lo crees, que el señor Eulogio se

tragó a Orejo?

—Yo creo más bien que el perro se le coló dentro sin su permiso. ¿Para qué coño quería ese hombre tragarse un perro?

—Deja eso, Celia, que bastante pena tengo. *Oyes*, que vi a los Cifuentes con la señora Mercedes, pero ellos a mí no. Y, luego, a Nico. Estaba en el jardín del tanatorio con una rubia, y se reía, el muy asqueroso, me dieron ganas de salir y pegarle un guantazo. Pero me fui; para mí, más muerto que su padre, está. Y cuando salí a pedir un taxi, voy y me encuentro con el señor Pepe. ¡Qué alegría más grande, Celia!

Celia siente cierto alivio, tras las palabras de Casilda. Al parecer, además de la droga, su amiga ha sido capaz de dejar atrás, en un tiempo récord, sus historias con Nico y con Carlos Tercero. El pijo y el yonki, a cuál de los dos más cabrones, válgame Dios. No es tan tonta como parece, o sí, porque ha vuelto a hacer un disparate, liándose con un tío que le triplica la edad; con un tío mucho más peligroso que aquellos dos descerebrados, porque este sabe muy bien lo que se hace. Pues, vaya, Casilda sí es tan tonta como parece. Es malo, el Barcos ese, más que los otros dos juntos. Es malo con ese tipo de maldad que no nace de la inconsciencia, de la poca cabeza, sino de un pozo sucio, que ocupa la mitad del alma. Celia la capta, la reconoce en los otros, aunque no es capaz de definirla. Solo sabe que la gente como Barcos consigue lo que quiere sin tener que cargar con el remordimiento —¿acaso lo que nos hace infelices no son, justamente, los deseos insatisfechos y la culpa?—, y su olfato resabiado, que no tiene el problema del de Casilda, intuye que ese hombre es capaz de cualquier cosa por satisfacer sus deseos. Para Alejandro Barcos, el sexo no es más que una forma de poder; la hurdana está ahora en sus manos. Celia no quiere darle más vueltas, ¿quién es ella para controlar la vida de Casilda? Pero no puede evitar lanzar su puya diaria.

—Y qué, ¿estará el crápula ese en Madrid por muchos días? Podríamos aprovechar para ir mañana al cine, que parece que te tiene secuestrada, chica.

Casilda no responde, porque Irma la Dulce acababa de entrar al camerino acompañada de su madre. La mujer se ha convertido en una gran admiradora de Casilda. Esta noche, llegó con dos bocadillos de panceta, el de su hija y otro para la señorita de las violetas (le da no sé qué llamarla La Culo). «Mamá, ya se lo daremos luego, ahora estará La Bollo con ella». Pero la

madre se ha empeñado en darle a Casilda el bocadillo en mano, antes de que empiece la función, «por si no ha venido cenada».

La entrada de las dos mujeres interrumpe la conversación, al tiempo que llena el camerino de dos aromas casi incompatibles. El que desprende la madre, es imposible de identificar; se trata de un perfume dulce, casi empalagoso, pasado de moda. El de la hija, también floral pero menos intenso y acaramelado, es el mismo que usa La Bollo, Anais, de Cacharel. Hace ya un tiempo que en el carnet de identidad de Manolo González, consta el nombre de Irma (se trata, por supuesto de un «arreglillo»), aunque su madre le siga llamando Manolo. Irma González, con la cara lavada parece mucho más joven. El pelo rojo y tirante, recogido atrás en una coleta, sin flequillo, agranda su frente y le achina los ojos, como si se rieran, hacia las sienes. Viste tejanos y una chupa de cuero negro con tachuelas plateadas, y lleva unas botas de ante, rematadas de borreguillo, planas, que acentúan su aire juvenil. «Mi Manolo está, la pobre, muy constipada» (la madre de Irma la Dulce, y su caos semántico). Pero constipada y todo, sin maquillaje, con esos trapos informales, es de una belleza excepcional. No importa que del cuello blanquísimo sobresalga una nuez más grande de lo normal; ni que la mandíbula y la barbilla sean decididamente angulosas. Tampoco le resta credibilidad a esa femineidad con mayúsculas su metro ochenta y cinco de estatura, ni sus hombros anchos y sus caderas estrechas. Porque Irma la Dulce habla, se mueve, y sobre todo, mira como la mujer que es. Le sale la mujer que es por todos los poros de su anatomía, tan excesiva como extrañamente delicada. Irma la Dulce, tras su mutilación, ha devenido en una hembra esplendorosa, solo levemente andrógina; así que el público de *El Gato Mimoso*, cede siempre a la tentación de creer una mentira tan verdadera. Casilda, cuando se estrenó con el número de la violetera, en el momento de empezar, pensó en cosas que nunca hubiera imaginado que le fueran a venir en esos momentos a la cabeza. A Irma la Dulce le ocurre lo mismo, desde hace años. Por unos segundos, justo cuando suenan los primeros compases de *El último tango en París*, aparece en su memoria un personaje tan olvidado que, a veces, piensa que nunca ha existido: el niño Manolo González: Es alto, para sus ocho años. Muy delgado, de piernas largas, sin un atisbo de vello. Tiene la piel blanca y el pelo de un intenso rojo bermellón, que su madre ha peinado con tirabuzones

—siempre ha odiado esos tirabuzones su padre, pero para su madre se han convertido en el último baluarte donde refugiar su pequeña rebeldía—. Se ha quedado solo en casa, con los deberes a medio hacer sobre la mesa del comedor. Se dirige al cuarto de su hermana, y se desnuda frente al armario, que tiene un espejo en la puerta. Abre el armario y descuelga un vestido rojo, escotado y sin mangas. El que estrenó su hermana, la Reme, para la fiesta mayor. El que mejor le sienta a la niña, que tiene ya quince años y cuerpo de mujer. Le va un poco grande a él, pero con dos pares de calcetines doblados, a la altura de los pechos, bajo el vestido, está muy guapo. Guapa. Se ha traído del baño el pintalabios de su madre. Ahora tiene los labios tan rojos como el vestido de la Reme. Le pone morritos y le hace guiños a su imagen en el espejo. Luego, busca bajo la cama los primeros zapatos de tacón de su hermana, los que estrenó con ese vestido el día del patrón. Y cuando está a punto de calzárselos, aparece su padre. Huele a campo.

—Pues eso, que mi madre te ha traído un bocata y te lo quiere dar. Es que no se fía de mí, ¿sabes?, soy voraz, voraz, voraz... —Dice Irma con la voz un poco nasal y carrasposa.

—No se tenía que haber molestado, mujer... si ya he cenado —miente Casilda.

—Pues de resopón, señorita, que ya verá lo rico que está, que le chorrea la grasa por los lados.

—La panceta engorda el culo —dice La Bollo, y luego suelta una carcajada.

Acaba de entrar la francesita, Carla. Ya solo tienen media hora para prepararse. Se oyen voces abajo.

—¡Que no me entere yo de que no se lo ha comido! —dice la madre de Irma, enarbolando el bocadillo, para dejarlo, después, sobre el tocador, entre los maquillajes, los polvos, las purpurinas, las pestañas postizas. Bien

envuelto en papel de plata.

Irma la Dulce arrastra a su madre de la mano, fuera del camerino.

—¡Ahora subo, chicas!

Alejandro Barcos disponía de un apartamento en propiedad en Vía Layetana que, además de cómodo alojamiento durante sus estancias en Barcelona, y lugar de reuniones de negocios, era un discreto picadero. Cuando Casilda se trasladó allí, el apartamento sufrió *algunos cambios*. El más llamativo: varios jarrones distribuidos por el salón y el dormitorio, con ramos de violetas. Las flores eran renovadas personalmente por la florista de Barcos cada dos días. Siempre estaban frescas. Así que el discreto picadero se había convertido en un perfumado nidito de amor, en el que reinaba La Culo en solitario. Ya no aparecía por allí ninguna amiga de Barcos, aunque sí cierta gente, hombres bien trajeados y la mayoría con clase, con los que Barcos hablaba siempre de cuadros, pintores, galerías, ferias, subastas; dinero. Temas que aburrían tanto a Casilda, que procuraba desaparecer en cuanto ellos aparecían. El Conde llevaba ya más de seis meses conviviendo con la antigua doncella de los Martín Rubio, a la que no pensaba de ninguna manera pedirle que abandonara El Gato Mimoso. Kitti podía estar tranquila, porque Casilda le gustaba, pero, por supuesto, no tanto como para comprometerse con ella retirándola. La chica era tan elemental como parecía; niña de pueblo trasplantada a un mundo al que jamás pertenecería del todo. Una de las cosas que más le excitaban de ella era que la inocencia seguía conduciendo sus actos, incluso los más obscenos, incluso los más perversos. Le apasionaba ver cómo Casilda se corrompía entre sus brazos, y comprobar que aquellos dos amantes que tuvo la Culo antes de ser suya, no fueron más que chavales jugando a los médicos. Casilda le había contado con pelos y señales su historia con el hijo de Eulogio, aunque obvió por pudor su visita a la clínica de la Bonanova. También le había confesado, desde el primer día que fue al

apartamento, el problema que había tenido con la *coca*, cuando vio que él se preparaba unas rayas. Barcos no era adicto, o al menos, eso se empeñaba en afirmar, pero, de un consumo social, esporádico, había pasado sin darse cuenta a esnifar casi a diario. Le sorprendió que La Culo, recién llegada al mundillo de la noche, hubiera estado metida en eso; pero era lo bueno que tenía la chica, que era una caja de sorpresas. Al parecer, su segundo novio, un tal Carlos Tercero, de profesión, *yonki*, había tenido la culpa de su, gracias a Dios, corto periodo de adicción. Estaba claro que la chica era influenciable, demasiado para su gusto. Aquel primer día, Casilda se negó a probar el polvo blanco. Le dijo a Barcos que le aterrorizaba engancharse de nuevo, y maldijo su mala suerte, que siempre la empujaba en la misma dirección. Barcos, perro viejo, por supuesto, no insistió. Pero al cabo de una semana, ya estaban metiéndose el polvo a dúo por la nariz.

En El Gato Mimoso todo funcionaba con una precisión alemana, como su dueña. Se acercaba Julio, y la temporada no podía haber sido más exitosa, gracias al nuevo programa, que había arrancado en diciembre, entre cuyos números se encontraba el de Casilda. El «*show* de la violetera» (como le gustaba llamarlo a Fermín Ros) se había ganado desde la primera noche el favor del público, y el boca a boca, algo en lo que Kitti confiaba ciegamente, había obtenido sus frutos. A pesar de que estaba anunciado, simplemente, como «La Culo», algunos, hablaban de su número como «el de la violetera»; otros se referían a él como «lo de la violetera cateta», «la violetera del culo gordo», «la que le plantan flores en el culo». La cuestión era que mucha de la gente que acudió durante aquellos meses al Gato Mimoso, lo hizo atraída por el espectáculo que ofrecía sobre el escenario aquella aldeana, casi adolescente, que parecía haber surgido de una novela pastoril, con una cesta de huevos y violetas colgada del brazo, y su inmenso culo escapándose de unas bragas de vieja.

Sin embargo, esta noche, Casilda tendrá un tropiezo que Kitti no le habrá de perdonar. Barcos ha cogido hace unas horas un vuelo a Madrid. Los dos han consumido, como de costumbre. Y Barcos le ha dejado a la chica unas dosis, de regalo, en su mesilla de noche, aunque sabe que no suele tomar en solitario. Las ganas de cocaína, después de su recaída, han sido para Casilda un engancharse más a Barcos que a la droga. Lo mismo le ocurrió con Carlos Tercero, porque Casilda no se droga, como hace la mayoría, cuando su vida es un desastre, sino cuando las felicidades recién estrenadas y las cegueras amorosas la ponen eufórica. Con una euforia que, espoleada por la cocaína, crece descontrolada y ansiosa, como las raíces de un árbol podrido. Lo suyo con la droga empieza siempre por un deseo romántico de compartirlo todo con sus hombres, de estar a la altura de ellos, porque es una de esas mujeres que sienten un agradecimiento infinito hacia el hombre que está con ellas. Casilda siempre termina por depender tanto de la droga como del amante de turno y viceversa; una trampa mortal, porque, aunque tiene la ventaja de poder nacer las veces que haga falta, con tanto enganche y desenganche, llegará inevitablemente un momento en que la derrota enseñe su cara y no quiera dar marcha atrás; en que la luz ya no pueda ser más oscura.

Tras la marcha de su amante, ha pasado el resto de la tarde bebiendo. Casilda también bebe gracias a Barcos, que tiene el de la bebida como un vicio tan bien asentado, con tan buena salud, que no es relevante. Nunca le ha ocurrido a Barcos lo que le ocurrió al difunto Eulogio Martín Rubio, abstemio desde su accidente de caza, al que bastaron cuatro *whiskys* para caer en el más absoluto ridículo. Casilda sabe que, si no quiere presentarse en El Gato Mimoso con esa sensación de vacío que la acomete cuando se produce el *crash*, debe beber. No quiere meterse más, y tampoco quiere que la Bollo la vea con el bajón, así que bebe.

Como de costumbre, ha tomado un taxi, que la ha dejado en El Gato

Mimoso casi una hora antes de que empiecen a llegar el resto de los artistas. Seguramente Celia está ya en el camerino, siguiendo su ritual de desmaquillarse para volverse a maquillar, mientras la espera. Casilda ha vuelto a acostumbrarse a las mentiras de aquella época con Carlos Tercero, y miente y disimula como puede, un día sí y otro también, respecto a su vida y a sus hábitos con Barcos. Pero engañar a Celia es muy difícil.

—¿Qué, chica, ya te has vuelto a pasar con esa mierda?

—No, estoy bien. Barcos se ha ido hace un rato.

—Ya, y antes te ha dejado bien colocada, para que no te olvides de él — Celia está haciendo un gran esfuerzo para no resultar demasiado áspera, pero no puede evitar ese tono de sarcasmo cada vez que se refiere al Conde. «Este hijo de puta va a hacer bueno a Carlos Tercero», piensa, mientras borra con una toallita los restos de *eye liner* de sus párpados. El camerino huele a gel de baño, crema hidratante y esmalte de uñas. Y a café— una de esas cafeteras mono dosis de cápsulas funciona ahora mismo sobre un pequeño aparador, — aunque esos olores no consiguen maquillar del todo el del moho, que se escapa de todos los rincones, ni el del tufillo de humanidad que siempre envuelve los espacios comunes y poco ventilados.

Casilda tiene las pupilas dilatadas, y sus gestos, mientras deja el bolso en una percha y acerca una silla para sentarse junto a Celia, frente al tocador, son un tanto atolondrados, como si cada ademán fuera involuntario; un tic. Ambas se miran a través del espejo. Casilda comienza también a desmaquillarse. No puede dejar de hablar, las palabras se le precipitan a la boca como esas retahílas de oraciones aprendidas de memoria, o como un mantra sin pausas, sin interrogaciones ni sin matices. Su voz es un líquido incoloro e insípido, que se derrama por el camerino sin mancharlo, pero inundándolo todo; inundándolo todo, porque esas palabras sin sentido, cocidas en la saliva ácida de la droga, son, sencillamente, la crónica de una catástrofe, el siniestro total de Casilda García, natural de las Hurdes, próxima a nacer por sexta vez. Celia toma, como de costumbre, las riendas de la situación con una paciencia infinita, luchando por dejar de lado la rabia que le produce ver a aquella desgraciada estrellarse de nuevo contra el mismo muro.

—Anda, date una ducha, y cállate, que me va a reventar la cabeza de oírte, chica —y empieza a desnudarla.

Casilda no se resiste. Se deja meter en el pequeño cubículo tras una mampara acristalada, y deja que el agua se le deslice cuerpo abajo. «No te mojes el pelo, que luego te haré las trenzas».

Todo parece volver a estar en orden. La Culo bajará a la sala tan guapa como siempre, con sus dos trenzas prietas sobre los hombros, su cesta de huevos y violetas, sus grandes bragas de vieja y sus alpargatas de esparto. Pero esta noche, cuando salga a escena, lo hará a destiempo —el saxo lleva ya unos minutos sonando—, y provocará con palabras soeces y risotadas a los de la primera fila; se mantendrá de frente más segundos de los precisos, tras bajarse las bragas, para que los espectadores puedan ver y recrearse en el abundante vello oscuro de su pubis; luego, lanzará un par de huevos de su cesta, que acabarán estrellándose en la nuca de un camarero; y saldrá de escena dando traspiés. No es la primera noche que Casilda se comporta de forma parecida, aunque las anteriores han sido solo un conato de desmadre, que todos han reído, e incluso Irma la Dulce ha definido como «un golpe de genialidad». Sin embargo, a Kitty no le han pasado desapercibidos estos desastrosos pases, y tampoco a Ros, que le comentó hace unos días a su socia que, la frescura y la ingenuidad de Casilda, que eran la clave de su éxito, se estaban diluyendo en Barcos como un azúcarillo en un café caliente —«¿Porque es Barcos, verdad?»—. Kitty está de acuerdo, conoce de sobra los hábitos del que fue su amante, sus juegucitos con la droga y el alcohol, y se siente furiosa; ese hijo de puta va a cargarse la carrera de la chica, y lo que más la encoleriza es la absoluta certeza de que cuando se canse de ella, la habrá dejado inservible. Inservible para ser una estrella en El Gato Mimoso, que es lo que realmente le preocupa a La Señora de la Noche.

Tras acabar La Culo su número, Kitty, que ha estado observando desde la barra, sube a través del *hall* al primer piso y se encierra en el despacho. Fermín se ha quedado en su casa esta noche, vuelve a estar enfermo, con ese maldito catarro que le tiene los bronquios hechos una pena. Pero, Kitty no le necesita para tomar decisiones. Y su decisión es hablar claro con Barcos. Ahora mismo.

—¿Alejandro? ¿Estás en Barcelona?

—No, no, esta misma tarde me he venido a Madrid —la voz de Barcos suena metálica al otro lado de la línea—. Estoy ya en casa, solo. No me has

dicho ni hola. ¿Pasa algo?

—No, nada que no se pueda solucionar. Escúchame bien. Voy a decírtelo una vez nada más —Kitti necesita una copa, así que dice «espera» y se prepara un vaso de ginebra sin hielo—. La chica, tal como me temía, no es la misma desde hace un tiempo, bien, desde que está contigo. No sé si llega colocada, borracha o las dos cosas, pero el número se va a ir a la mierda.

No me cabe la menor duda de que tú tienes mucho que ver en esto. ¿Me entiendes, verdad?

—Vamos, Kitti, ¿pretendes darme ahora lecciones de moral? La chica es todo lo puta que ha de ser para estar conmigo, nada más. Y no creo que a ti, precisamente, eso te importe mucho. ¿Me entiendes, verdad?

—No me importa en absoluto, querido —el «querido» suena esta vez en boca de la alemana con una ironía agria; no ha tenido reflejos para buscar una palabra menos convencional—, lo que sea la chica fuera de aquí. Lo que sí me importa, y mucho, es que venga colocada y destroce un *show* que me ha costado tiempo y dinero.

El silencio de Barcos se alarga más de lo normal, «¿me oyes?», dice Kitti, pensando que se ha cortado la comunicación. Pero le responde, por fin, pensativo.

—Te oigo, te oigo. Esto... ¿sabes que ya estaba enganchada a la coca antes de conocerme a mí? —Y después de otro silencio muy bien medido, le suelta un indulgente «No me irás a echar ahora la culpa de que no te molestes en averiguar a qué tipo de gente contratas».

Kitti está atrapada. Acaba de comprobar que Barcos no ha cambiado en absoluto. Bajo la apariencia de un astuto pero divertido zorro, se sigue escondiendo una serpiente venenosa que se defiende atacando, e inyecta su veneno con una mordedura inesperada, hasta que los músculos de su víctima se paralizan y queda por completo a su merced. Así es ese hijo de puta,

piensa: agresivo, calculador, con la sangre tan fría como un témpano cuando se trata de destruir a sus enemigos. La dueña del Gato Mimoso sabe que no le interesa ser enemiga de Barcos, porque podría cavar su propia tumba. Barcos es peligroso, tiene contactos en las altas esferas y en los bajos fondos, y ella dirige un negocio que se mueve siempre al borde del abismo, por mucho que se empeñe en llevarlo a un terreno llano. Si es cierto que la chica ya estaba enganchada cuando él la conoció, por mucho que Barcos la esté corrompiendo, la pelota pasa ahora a su tejado, y debe de admitir que fue una estúpida no dándose cuenta de que adquiriría un material defectuoso. Seguro que esa idiota es ya irrecuperable, y más, estando en las manos que está. Kitty está cansada. Cuelga el móvil sin apenas despedirse de Barcos, y apura el último trago de ginebra. Luego se echa en el sofá. De la sala llega hasta el despacho la melodía de *La sirenita*. Justo durante estos compases, Neptuno la debe estar penetrando bajo el agua de la gran piscina transparente.

Casilda no quiere pensar. Es tan fácil dejarse arrastrar por Barcos... Las locuras de este hombre, aunque llevan un sello que ella conoce de sobra —esa euforia delirante, esa desarmonía entre los sentidos— la trasladan a lugares donde jamás fue capaz de llevarla Carlos Tercero. Barcos, con droga o sin droga, tiene un enjambre de fantasías en la cabeza que le hacen irresistible como amante. Al principio, Casilda se sintió en sus manos como si fuera una cosa. Aquello no le gustaba. Pero pronto se dio cuenta de que Barcos necesitaba intercambiar los roles, porque le excitaba tanto humillar como ser humillado. Ahora, Casilda es feliz; no sabe que, de cualquier forma, Barcos es quien manda, porque es él quien la coloca donde se le antoja, quien la hace ejercer de víctima o verdugo según le apetezca. Una de las cosas que más le gusta a Barcos, es imitar a La Culo. Se maquilla a conciencia y se pone las grandes bragas de vieja y unas alpargatas como las que utiliza Casilda en El Gato Mimoso. Exige a la chica que se travista también: traje, camisa, corbata

y zapatos masculinos. Casilda es Barcos y Barcos es Casilda. *Play...*, ahora suena el saxo con la melodía de la violetera. Y lo que en la sala porno es un espectáculo, se convierte en el apartamento en un ritual, donde las violetas juegan su papel, de manos de Casilda, que las saca de los jarrones y las coloca entre las nalgas de Barcos, con cuidado de que ninguna caiga al suelo, porque no soportaría también aquí ese olor a flor pisoteada. Barcos, de espaldas, con las bragas en los tobillos, gime con voz de mujer y se retuerce de placer. Ahora, ella le quita las violetas una a una, y azota las nalgas del hombre hasta que enrojecen. Casilda ha aprendido sin esfuerzo los códigos de Barcos. Hace lo que siempre ha hecho, obedecer. Meses atrás servía té e ibuprofeno, ahora sirve nalgadas. Así es la vida, y esta, su quinta vida, le gusta, aunque de aquí a unos minutos se inviertan los papeles y Barcos le cruce la cara con dos bofetadas antes de penetrarla.

Cuando el hombre llegó al apartamento, sobre las 10 de la mañana, apenas hacía un cuarto de hora que Barcos había sido La Culo, y La Culo, el Conde. La chica aún no había terminado de ducharse y, bajo el agua, alcanzó a escuchar el interfono, y, luego, cómo Barcos abría la puerta y saludaba a alguien. El apartamento, con un amplio salón-cocina, de concepto abierto, y dos dormitorios —el principal con baño incorporado—, era un antiguo piso modernista, de 150 metros cuadrados, reformado y decorado personalmente por Barcos con un exquisito gusto, que, subsanado su único defecto —el ruido proveniente de la Vía Layetana— con una adecuada insonorización, había acabado por resultar un espacio urbanita, pero tan tranquilo y silencioso como una zona zen.

Casilda sale del baño al dormitorio, descalza, con el cabello húmedo y una gran toalla envolviendo su cuerpo. Y con una inquieta curiosidad por oír lo que hablan los dos hombres en el salón, en voz muy baja. Se trata del tema de siempre: cuadros, pintores, galerías, ferias, subastas; dinero... Pero esta

vez se han colado por medio palabras como policía, patrimonio histórico, registros... Mientras se viste, nerviosa, con la sensación de estar siendo testigo de algo que no quiere ni puede saber, la conversación entre Barcos y Olmedo —así llama Barcos a su visitante, que habla con la voz entrecortada y débil, como si tuviera asma— acaba de tomar forma y, con la forma, significado.

Casilda no es el sumun de la agudeza ni la perspicacia. Sigue siendo lenta para entender ciertas cosas en su globalidad, y poco habilidosa para resolver los puzzles hechos de palabras. Sin embargo, ha dejado cinco vidas atrás y ya no es la niña que llegó de Cáceres hace un año y medio. Así que logra, por fin, encajar las piezas: Olmedo informa a Barcos de que agentes de la policía —«la brigada del patrimonio histórico», o algo así— han registrado en Madrid el piso de un tal Castro, encontrando al menos veinte cuadros, y que «el anticuario» (Casilda supone que se refiere a Castro) ya está en prisión sin fianza. Casilda sigue escuchando, casi con la respiración contenida. Barcos habla cada vez en voz más baja, pero parece que está furioso e increpa a Olmedo, reprochándole que los certificados de autenticidad hayan ido a parar también al puto piso de Castro. «Al parecer, ha demandado la galería de Nueva York», apunta Olmedo. «Eres un auténtico inútil», masculla Barcos, con una voz casi femenina. El otro protesta, y toma aire entre palabra y palabra. «Estaba..., en Londres..., cuando se recibió la obra, y en..., Ámsterdam, cuando..., se falsificaron los documentos y...». «Me importa un carajo dónde estés en cada momento», le interrumpe Barcos, alzando la voz (parece habersele olvidado que yo estoy aquí, piensa Casilda, porque Casilda, para desgracia de Barcos, piensa). Después de una larga pausa, como si se iniciara otro tema, Olmedo pregunta: «¿Qué pasa con el dinero?». Otra pausa — Casilda sospecha, y acierta, que Barcos se está preparando una raya—. La chica, entre tanto, ha terminado de vestirse, pero no se atreve a abandonar el dormitorio, al menos hasta que el tal Olmedo haya desaparecido, así que, como aún tiene el pelo húmedo, se mete de nuevo en el cuarto de baño y enchufa el secador de mano. Un secador de mano puede ser decisivo, alterar el rumbo de las cosas. Si Casilda se hubiera secado el pelo, tras la ducha, en lugar de dirigirse al dormitorio, el fffffffmmmm del secador hubiera impedido que la conversación de aquellos dos llegara a sus oídos. En estos momentos,

sabría de Barcos lo mismo que sabía hace una hora: que es un pervertido (cosa que no le molesta en absoluto). Ahora, en cambio, Casilda es consciente de que su amante está metido en asuntos sucios —«vaya, que es un Carlos Tercero, pero a lo grande», piensa.

Tras la marcha de Olmedo, Barcos asoma la cabeza por la puerta del baño, justo cuando ella se pinta los labios de rosa chillón. El hombre tiene las pupilas un poco dilatadas, y mira a Casilda como si acabara de descubrir que existe. Pero son solo unos segundos. Enseguida empieza a hablarle con toda la naturalidad del mundo, y en el mismo tono que le habría hablado a una sirvienta de confianza.

—Mañana por la mañana cojo el AVE a Madrid. Esta tarde, antes de irte a trabajar, prepárame equipaje para un par de días.

—¿Otra vez a Madrid? Pero si me dijiste que esta semana te quedabas hasta el sábado —y acercando la cara al espejo, se da con el pincel una segunda capa de rosa chillón en los labios.

—He de arreglar unos asuntos que no pueden esperar —dice Barcos, desde la puerta, mientras mira, hipnotizado, la boca de La Culo, a través del espejo—. Pero el miércoles por la mañana estaré de vuelta. Paso por aquí y te recojo para comer en el Santieri.

Casilda no contesta, simplemente asiente con un leve movimiento de cabeza. Se siente violenta, como si él supiera lo que acaba de escuchar y la estuviera poniendo a prueba. Barcos está metido en un lío, pero ¿qué tiene ella que ver con los asuntos de Barcos? Seguramente sus negocios no son todo lo limpios que deberían, pero, una chica del Gato Mimoso, que vive como una reina, mantenida en el apartamento de un conde, no tiene por qué hacer ni hacerse ciertas preguntas, que ni siquiera se hacen las esposas —esto último lo ha oído por televisión, durante algunos de esos juicios tan mediáticos—. Sin embargo, cuando Barcos se va del apartamento, Casilda no puede evitar darle vueltas al motivo de su viaje improvisado del día siguiente a Madrid, y si tendrá que ver algo con la visita de Olmedo. Las idas y venidas de Barcos, no solo a Madrid, sino a Londres, a New York, a Ámsterdam, a París, siempre han sido frecuentes e imprevisibles, y Casilda no ha sabido, ni le ha importado el motivo (recuerda los continuos viajes de Orejo mientras doña Mercedes se quedaba en Barcelona, con el único aliciente de gastar dinero; «está claro que

los ricos viajan mucho y dejan solas a sus mujeres»). Pero, hoy es diferente; Barcos seguramente va a la capital a solucionar un asunto grave, en el que hay policía por medio, veinte cuadros, un inútil llamado Olmedo y un tal Castro, otro inútil, que parece que ha ido a dar con sus huesos a la cárcel.

En cuanto El Conde sale del apartamento —tiene que resolver un engorroso papeleo relacionado con su título nobiliario—, lo único que se le ocurre a Casilda es coger el móvil y llamar a Celia. Recurrir a La Bollo es lo que siempre ha hecho cuando se ha visto en apuros. La Bollo responde al primer tono, como si estuviera esperando la llamada. Y Casilda le cuenta casi sin preámbulos, con todo detalle, o, al menos eso intenta hacer, la conversación entre Barcos y Olmedo.

—¿Qué quieres que te diga, chica. No me sorprende nada. Es más, estaba esperando que, de un momento a otro, pasara algo gordo con ese tipo.

—¿A qué crees tú que se dedica?

—A traficar con cuadros falsificados. Más claro que el agua.

—¿Y eso es un delito *mu* gordo?

A Celia le exaspera a veces la simpleza de la otra. Y también le exaspera su propia simpleza, porque es incapaz de dar respuesta a esas preguntas tontas que Casilda siempre tiene en la boca. La ignorancia de Casilda, como la de los niños, incomoda.

—¿Qué coño he de saber yo de cuadros falsos y del mercado del arte y esas cosas? ¿Acaso te crees que soy una enciclopedia, chica? Yo, lo único que puedo decirte es que el tren de vida de ese pajarraco, por muy conde que sea, no es normal. ¡Pero si los condes están todos tiesos! Si el de Madrid, el anticuario, está en la cárcel, es porque el delito debe ser gordo.

Y, agotada su paciencia, la Bollo concluye con un «anda, esta noche seguimos hablando en el camerino» y añade su coletilla preferida «que no eres más tonta porque...». Pronto habrá de producirse el sexto nacimiento de Casilda García. Ella, por supuesto, no lo sabe, aunque, cuando una criatura está a punto de salir a la luz, algo se barrunta y no está tranquila. En cada parto de Casilda a la propia Casilda, la recién nacida ha visto una luz más engañosa; cuanto más brillante la ha creído, más oscura ha sido en realidad. La luz que le espera de aquí a un par de días, ya es muy oscura, aunque no la más oscura, porque este no será su último nacimiento. Celia siempre ha sido una especie

de partera, que la ha atendido, cuidando de que siempre quede en ella algo de la antigua Casilda, y de que la recién nacida no se sienta perdida en un cuerpo y una mente extraños. Cada vez que Casilda nace, ha muerto antes, por eso, cada nuevo parto de sí misma es una especie de resurrección. ¿Son las broncas de Celia azotes en las nalgas, como los que le dio la vieja bruja en la alquería, simplemente para que arrancara a respirar? «Espabila, chica», «ten cuidado, chica, que no eres más tonta porque no has *estudia*o», «ni se te ocurra...». Si Casilda fuera capaz de visualizar en su mente la historia de su relación con Celia, y extraer alguna conclusión, enseguida caería en un detalle: jamás la ha llamado Mari Carmen; jamás se ha preocupado de saber quién estaba detrás de Celia la Bollo, no por egoísmo, sino por descuido. Sí, sabe que Celia perdió a su madre siendo una niña; que entró en un centro de acogida, del que se escapó varias veces; que ejerció la prostitución y estuvo enganchada a la droga. También sabe que lleva padeciendo insomnio desde los quince años, un insomnio salpicado de las peores pesadillas, las que nos acometen cuando no estamos dormidos, las que no nos permiten, siquiera, pensar «despierta y todo acabará». Celia —o Mari Carmen— le ha contado muchas veces a Casilda, durante esas largas charlas de mujeres en la terraza de algún bar, o en la intimidad de su pequeño apartamento del paseo San Juan, sus aventuras con hombres de quita y pon. Por suerte, muchos de ellos le sirvieron para poder dormir como una marmota. Otros, gracias a Dios muy pocos, le quitaron todavía más el sueño. Sí, todo eso lo sabe Casilda, pero los hombres de Celia forman parte de un mapa mudo, porque, al contrario que la hurdana, que ha dicho y repetido «Nico y Carlos Tercero son unos cabrones», Celia jamás le ha puesto nombre a sus amores y desamores. Tampoco le ha puesto nombre a su madre, ni al centro de menores donde pasó unos años, ni a los amigos que se quedaron por el camino por culpa de la droga. Por extraño que parezca, la palabra es tan poderosa que si las cosas no tienen nombre, es como si no existieran, así que Mari Carmen Borrego se ha quedado sin vida a los ojos de Casilda, que la quiere pero no la conoce en absoluto. Quizás porque Casilda, no por egoísmo, sino por descuido, jamás la ha llamado Mari Carmen.

Por la noche, Casilda llega, como siempre, con mucho adelanto, al Gato Mimoso. Está impaciente por continuar con Celia la conversación que ha quedado interrumpida. Confía en que la amiga la alivie de ese miedo que le quita el aire como si tuviera unas tenazas apretando su garganta. Ya sabe que le va a caer el rapapolvo de siempre, el «ya te lo dije, chica», pero lo único que le importa ahora es liberarse de esas tenazas, «desahogarse» en el sentido literal de la palabra. Cuando pasa frente al despacho de Kitty, esta la está esperando, de pie, con la puerta abierta. Dentro, Fermín Ros pasea, como siempre de un lado a otro envuelto en el humo de su puro. Kitty la saluda y la invita a pasar.

—¿Quieres tomar algo? —La dueña de El Gato Mimoso sostiene un vaso rebosante de cubitos de hielo, con dos dedos de un líquido incoloro.

—No, no, muchas gracias, señora Kitty, iba para el camerino, que seguro que Celia está ya allí, porque no sé si sabe usted que nosotras cada día nos encontramos para poder...

—Hoy necesitamos hablar contigo —la interrumpe. Sabe lo peligrosa que es Casilda cuando coge carrerilla.

—Escúchame, Casilda. La cuestión es un poco delicada. Hace ya unos días que queríamos —Kitty utiliza el plural, aunque Ros, como es habitual, no abre la boca más que para lanzar el humo— hablar contigo. Sabes cómo te valoramos y que tu número funciona, y eso quiere decir que tienes talento y, también, por supuesto, que nosotros hemos sabido verlo y aprovecharlo.

El circunloquio está poniendo nerviosa a Casilda, que no sabe si le van a subir el sueldo o la van a poner de patas en la calle, aunque esto segundo, a pesar del tropiezo de la otra noche, le parece muy improbable, después de los halagos que acaba de escuchar. Calla. Y espera a ver por dónde sale la otra después de tanto rodeo.

—La cuestión es que tu relación con ese señor, mi amigo Alejandro, está afectando a tu trabajo. Ya no eres la misma, Casilda. ¿Sabes que aquí no permito alcohol ni drogas, verdad?

—Si señora —Casilda enrojece, y siente como las tenazas que traía en la

garganta presionan un poco más—. Pero yo aquí no bebo ni me drogo, se lo juro.

—No, querida, tú vienes drogada de casa. —Las tenazas presionan todavía un poco más—. Si esto no cambia, no tendremos más remedio que prescindir de ti, la próxima temporada, porque chicas con culo hay muchas, querida.

Esa noche, el famoso número de la violetera volvería a ser un rotundo éxito.

Mientras tanto, Barcos recibía en su apartamento de Vía Laietana, lleno de jarrones con violetas frescas, a Olmedo. Al rato de salir Casilda hacia El Gato Mimoso, Barcos había regresado para esperar a su «empleado», al que le había dado tiempo de coger el primer AVE a Madrid, para regresar de inmediato a Barcelona con el maletín. El maletín que Barcos le había ordenado traer a Olmedo era ahora una pieza fundamental en el asunto: mucho dinero, y, sobre todo, algunos documentos tan comprometedores que el futuro del conde y el de unos cuantos más, dependía de ellos. Barcos ya no se fiaba de aquel imbécil, pero todavía le necesitaba; no quería llegar a Madrid con una bomba de relojería activada esperándole en su chalet de La Moraleja. Recordaba ahora a aquel político corrupto al que habían descubierto un millón de euros en un altillo, en casa de sus suegros. La estupidez humana no tiene límites, pensó; de muestra aquel botón. Estaba, y lo sabía, en la cuerda floja, pero con el maletín fuera del chalet, corría menos riesgos, aunque por supuesto en pocos días habría que sacarlo también del apartamento. Nada, de momento, hacía que pudieran relacionarlo con la estafa, y si eso ocurriera, por culpa de un chivatazo o un simple desliz, confiaba poder utilizar algunos de sus muchos contactos en las altas esferas políticas y judiciales para salvar la piel.

—De todas formas, Olmedo, no quiero riesgos. Tú te quedas aquí, y en unos días, sacas esta mierda del apartamento y la llevas donde yo te diga.

—¿Me quedo aquí, entonces?

—En Barcelona, sí —Barcos parece haberse echado, de pronto, unos cuantos años encima, y habla con un hastío infinito.

—¿Pero aquí, en tu casa?

—Sí, claro, con mi chica, y de paso te la follas.

El conde se dirige a un extremo del salón, que, curiosamente, para un «amante del arte», apenas luce unos cuantos cuadros —acuarelas de trazo sencillo y alguna litografía— en las paredes. Descuelga, sin embargo, un tapiz de macramé, que reproduce diferentes frutos de intensos colores y decora el trozo de pared que linda con la zona de la cocina abierta. Y aparece una sencilla caja fuerte. Barcos la abre. Olmedo le entrega ceremoniosamente el maletín, que Barcos recoge, en cambio, con cierta brusquedad, e introduce en la caja. La cierra y, después, sobre el mismo mostrador de la cocina, apunta en un papel el código secreto, que entrega a Olmedo, junto con las llaves del apartamento.

—Ahora, lárgate, Olmedo. Te pagas un hotel decente y esperas órdenes. Mañana por la mañana salgo para Madrid, ya estaremos en contacto.

Barcos esperó impaciente, hasta la madrugada, la llegada de Casilda. Sobre la mesa del salón, una papelina vacía y un vaso de ron medio lleno. A medida que habían ido pasando las horas, se sintió más inquieto. No solo por lo complicado de la situación y el temor de que todo saltara por los aires, sino por la posibilidad de que Casilda hubiera oído algo aquella mañana. Fue una estupidez, una inconsciencia, hablar de aquello con la chica a pocos metros. Por eso, durante todo el día, repasó obsesivamente lo que habían dicho él y Olmedo, palabra por palabra. Si Casilda lo había escuchado, tenían un problema, tanto él como ella.

Casilda regresó tan exhausta del Gato Mimoso, que apenas tuvo fuerzas para pedirle, después de darle un beso desmayado, que le preparara a ella otro ron —aquella noche no quería cocaína, aquella noche, no—, «por favor, cariño, un trago, que estoy tan *cansaica* que no me aguanto de pie. *Reventó, estoy*». Él se lo preparó, solo, sin hielo, el vaso a rebosar, y, de paso, volvió a llenar el suyo. A los pocos minutos, la chica se desparramaba en el sofá. Se había quitado los zapatos y sus pies, pequeños y con las uñas pintadas de granate intenso, descansaban sobre la mesa, junto a la papelina. Barcos le preguntó, entonces, como el que no quiere la cosa, si por la mañana había oído

a su amigo Olmedo, que le había venido a ver desde Madrid, por un asunto de unos cuadros, que qué negocio tan complicado el suyo, que si no fuera tan bonito...

Pero Casilda, en aquellos momentos, solo tenía la memoria hábil para recordar las palabras de Kitti cuando llegó aquella tarde al Gato Mimoso, y las de Celia, que, luego, en el camerino, la había increpado duramente y consolado, después, como de costumbre. El miedo a perder su trabajo, a dejar de ser La Culo, a vivir sin los aplausos que cada noche se le dedicaban entre risas y violetas con olor a podrido, era mucho más fuerte que la inquietud por lo que Barcos hiciera o dejara de hacer. Le quería y le necesitaba, de una forma insana y atroz, con la dependencia de un animal; un sentimiento más intenso y menos inocente que el que había sentido por Nicolás Martín Rubio y Carlos Tercero, pero se acababa de dar cuenta de que su vida, ahora, no era Barcos, sino El gato Mimoso, y los hombres y las mujeres que lo habitaban: Irma la Dulce y su madre, el Rey Neptuno, Carla, la francesita y, sobre todo, Celia la Bollo, su amiga Celia, la de los brindis en la cocina; la que le había enseñado a hacer la peineta al mundo; la del «me quiero y tiro *pa' lante* con un par». Gracias a Celia había dejado de ser la sumisa doncella de los Martín Rubio, subiendo y bajando escaleras de mármol con una bandeja en la mano, y ahora era La Culo, la estrella de la mejor sala porno de *toa* Europa, que bien lo sabía ella. Por eso, para que se quedara tranquilo y no insistiera, y porque lo que había escuchado al salir de la ducha aquella mañana, era, ahora, una especie de nebulosa de ecos, resonando sin ningún sentido, le dijo a Barcos que «no me he *enterao* de que ningún amigo estuviera en el apartamento», y que «menos mal que no he *salió* en pelotas, cariño».

A la mañana siguiente, sin despedirse de Casilda, que dormía como jamás había podido hacerlo Celia la Bollo, Barcos pidió un taxi, para Sants. En menos de cuatro horas estaría en Madrid, y en menos de una semana, preso provisional en Alcalá Meco, acusado de varios delitos continuados de estafa, falsificación documental, evasión de impuestos y blanqueo de dinero.

Sexto nacimiento

Casilda y Celia se enteraron a la vez, por Irma la Dulce y su madre, que habían visto la noticia por televisión, en uno de esos programas que mezclan sabiamente los sucesos políticos y judiciales con los del corazón, en una franja horaria en la que coinciden, aunque no lo digan, delante del televisor, amas de casa, jubilados y parados —y, por supuesto, gente como Irma y su madre, imposibles de situar en ninguna colectividad—. Sobre las cinco de la tarde, cuando oyó que la presentadora de turno hablaba de Alejandro Barcos, El Conde, Irma la Dulce llevaba todavía los rulos puestos (le encantaba arreglarse ella misma el pelo; de adolescente, había estudiado varios meses peluquería en una academia de Llongueras, en Lleida), y su señora madre había terminado en esos momentos de envolver en papel de aluminio los dos bocadillos de panceta —desde hacía un tiempo, uno para Irma y otro para Casilda.

En cuanto las dos mujeres llegaron a El Gato Mimoso, esa tarde bastante antes de lo habitual, subieron rápidamente al camerino, donde sabían que estarían ya Celia y Casilda, para ponerlas al corriente de lo que había sucedido. Por nada del mundo la madre de Irma se quería perder aquello, que pobre chica, con lo buena que es, va de desgracia en desgracia. Y es que sabía por su hija los avatares por los que había pasado Casilda. A Irma se lo había contado todo Celia, justo la noche en que Casilda había recibido el rapapolvo de Kitti; justo la noche en que Casilda y ella hablaron de la conversación que la Culo había escuchado entre Barcos y aquel hombre, «Olmedo, creo que se llamaba». Estas confidencias de Celia habían puesto a Irma la Dulce sobre aviso de lo que estaba ocurriendo y podía ocurrir con Barcos, por eso la leridana no se sorprendió esa tarde, cuando supo en lo que se había metido el amante de Casilda. Ya había hablado varias veces con Celia del tema; estaba

claro que «El Conde es uno de esos hijos de puta, que ahora abundan tanto, ladrones de guante blanco, y un cerdo». «Pues sí, chica, y un cerdo machista, que Casilda no es más tonta porque...». Cuando oyó lo que venía a contarles Irma, Casilda palideció. Hacía días que no sabía nada de Barcos, que su amante no contestaba a las decenas de llamadas diarias que le hacía. La crónica, no por menos sospechada dejó de caer también como un jarro de agua fría sobre Celia, que se abrazó a la Culo, incapaz de pronunciar una palabra, y también blanca como la cera. La madre de Irma, en cambio, estaba roja de indignación, aún con los bocardillos en la mano, mientras repetía al pie de la letra, en un alarde prodigioso de memoria, las palabras del reportero, frente a la cárcel.

«Pues sí, señores, va y dice el chico, hace unos momentos ha entrado en Soto del Real el coche en el que, presuntamente, viajaba El Conde. Las noticias son todavía un poco confusas, pero queda confirmado que Alejandro Barcos ha sido detenido por un presunto delito de estafa, relacionado con la presunta venta de obras de arte presuntamente falsas. Les mantendremos informados durante estos próximos días de la evolución de este escandaloso caso, que destruye totalmente la imagen pública de uno de los hombres más admirados del panorama social de nuestro país. Y se sube el chico la bufanda, porque debe estar el *pobre futut de fred*^[1] y se despide, buenas tardes a todos desde Madrid. Así, tal cual».

Antes de que la madre de Irma acabe su narración, Casilda empieza a sentir las contracciones, los dolores de ese parto de sí misma, que se está empezando a producir. Unas semanas atrás, cuando Kitti la había amenazado con despedirla de la sala porno, pensó que ese era su principal problema, el que debía resolver cuanto antes: lo primero, dejar por segunda vez, no había más remedio, la maldita droga. Cuando Barcos le preguntó, la noche antes de salir para Madrid, si había escuchado por la mañana su conversación con Olmedo, cree recordar que le dijo que no, para que la dejara tranquila. El Conde y los chanchullos del Conde la traían sin cuidado en aquellos momentos, en que conservar su número como La Culo era una absoluta prioridad. Pero ahora, siente la violenta ausencia de Barcos, que sospecha definitiva, como un nuevo preludio de muerte y nacimiento. La ausencia de Barcos marca, por sexta vez, el punto cero en la errática vida de la hurdana:

debe morir la antigua Casilda, para dar paso a una nueva que, desprendida del alma de la otra, pelee por una vida, una vida de verdad, como la de Celia la Bollo; la de Irma La Dulce y su madre; la de toda la buena, impura y desvergonzada gente de El Gato Mimoso, incluso la señora Kitty y Don Fermín. Celia, Irma y su madre creen que se acaba de orinar encima, pero Casilda sabe que rompe aguas. Su historia con Barcos debe explotar y desintegrarse; desaparecer con este nuevo nacimiento, como una pompa de jabón, porque así de absurdo, inconsistente y frágil ha sido el amor que le ha tenido, basado como los anteriores a Nico y Carlos Tercero, en la sumisión y el olvido de su propia dignidad de mujer.

Se acerca la hora del primer pase, y la Bollo e Irma la Dulce, acompañadas de la madre, han de bajar a la sala.

—Casilda, le dejo el bocadillo, todavía debe estar calentito y le da tiempo de comérselo.

—Si es que no tengo gana, con este disgusto —dice Casilda, mientras se quita los tejanos chorreantes y las bragas, y con su inmenso trasero al aire, lo cuelga todo de la barra de la ducha.

—Come, mujer, que ningún hombre se *merece de pasar* delante de un bocadillo de panceta.

Al rato, Casilda enfila el pasillo con su cesta de violetas y huevos colgada del brazo. Lleva puestas las bragas de vieja y las alpargatas de esparto, y camina con resolución y garbo, aunque sus ojos estén enrojecidos y haya tenido que doblar los brochazos de colorete en las mejillas. La puerta del despacho se abre y aparece Kitty. La Señora de la Noche invita a entrar a Casilda, y cierra, luego, con cara de circunstancias. Fermín Ros no está allí —por tercera vez en dos meses le ha vuelto a atacar su sempiterna bronquitis—. La chica sabe de sobra lo que va a escuchar, pero, tras este sexto nacimiento, que acaba de producirse en el camerino, no tiene miedo, y vuelve a estar dispuesta a pelear. Se siente fuerte; La Culo es y será la estrella de El Gato Mimoso, y la señora Kitty tiene que saberlo.

—Ay, querida, siéntate un momento —dice la alemana con un suspiro, empujando con suavidad a Casilda a la silla, frente a la mesa—. Por la cara que traes, veo que ya te has enterado de lo de Alejandro.

A Kitty le acomete en estos momentos, frente a esa chica con tan mala

suerte, el compulsivo deseo de contarle su historia con Barcos; hacerle ver que lo que acaba de pasar es providencial, porque solo sin la alargada sombra de Barcos, podrá salir adelante y ser ella misma. ¿Pero quién es, en realidad, la Culo? La verdadera Casilda se le escapaba a Kitty; la fortaleza y, al tiempo, la fragilidad que desprende ese cuerpo, mitad enjuto y mitad exuberante; la intensidad animal de su mirada; la obscena inocencia de la sonrisa de la hurdana la convierten en un ser profundamente misterioso, casi mágico. Quizás si La Reina de la Noche hubiera presenciado aquel nacimiento ocurrido en las Hurdes hace veinte años; si hubiera sido testigo de los azotes de la vieja Milagros a las nalgas de la recién nacida, y el aullido de lobo que se espació por el bosque, ahora sería capaz de entender por qué Casilda García es diferente a las demás, incluso, en ocasiones, diferente a sí misma, como si mutara.

Pero Kitty decide, finalmente, no descubrirle a La Culo la verdadera, la monstruosa cara de Barcos, porque no le parece sensato confesarle a una trabajadora que ella también es vulnerable y que ambas han sufrido las humillaciones del mismo hombre. Y también, porque no le parece sensato confesárselo, justamente, a la extraña Casilda García. Así que, desoyendo ese impulso tan sentimental e impropio de ella, se decanta por uno más pragmático, y solo le dice lo más convencional que se le ocurre:

—Casilda, querida, debes estar pasando por un mal momento, pero, no lo olvides, tú eres una artista, y el espectáculo debe continuar.

Casilda coge la cesta, que ha dejado en el suelo, y se la cuelga de un brazo. Luego, se levanta resuelta y, con una sola mano, recoloca la cinturilla de goma de las bragas, subiéndola por encima de la cintura. Y se despide de la alemana:

—Me lo ha *quita*o usted de la boca, Señora Kitty, el espectáculo debe continuar. Abajo que me voy, y pienso hacer la mejor actuación de mi vida, se lo juro, que para eso soy La Culo.

Esta noche, la recién nacida Casilda García hará, como ha jurado, la mejor actuación de su vida. Y una de las últimas, porque, aunque ella no lo sabe, el destino le tiene reservado un nuevo nacimiento, que la llevará lejos del Gato Mimoso. La madre de Irma, en primera fila, la mira con una intensidad entregada y ferviente. Desde la barra, Kitty contempla también el *show*, junto a

Irma la Dulce y Celia la Bollo, que ya han actuado. El Rey Neptuno y la Sirenita, preparados para su número de la piscina, que viene a continuación, espían en silencio desde bambalinas. Todos saben que el amante de la culo, El Conde, «mira quién lo iba a decir, que iba de Dios, el hijo puta», había sido detenido por delincuente, «para que veas que no te puedes fiar de las apariencias, porque, putero sí, pero ladrón...». Todos saben que Casilda ha estado las últimas semanas «completamente ida, seguro que la pobre chica ha estado aguantando lo más grande». Todos saben, y esto lo saben por propia experiencia, que La Culo tiene que estar rota por dentro, pero que «no le queda más remedio que echarle un par de huevos y olvidarse de las penas». *El número de la violetera*, como lo han bautizado los clientes más discretos, es esta noche, más que nunca, un canto a la vida; a una vida sin sobresaltos. ¿Por qué hay que morir y nacer tantas veces para conseguir una vida así?

Aquella noche, Casilda durmió con Celia. No quería volver al apartamento de vía Laietana, porque sabía que todo le iba a recordar a Barcos. No es que le asustara la soledad, pero, durante aquellos meses en que vivió con el Conde, sabía que, cuando él se ausentaba por alguno de sus viajes, siempre regresaba. Ahora iba a ser distinto. Barcos seguía sin responder a sus llamadas, y no tenía más noticias de él que las que se daban en algunos programas de televisión, incluso en los noticiarios —al parecer, las estafas de Barcos en el mundo del arte, y sus delitos fiscales, eran mucho más importantes de lo que pudiera parecer—. Casilda Ignoraba si aquel silencio era voluntario o su situación le impedía ponerse en contacto con ella, pero era angustioso pensar que aquello se podía prolongar; y ni siquiera sabía si tenía derecho a seguir ocupando el apartamento. Al Conde se lo había tragado la tierra, y ella, a pesar del coraje que le había dado su nuevo nacimiento, estaba confusa, sin saber qué hacer. Por otro lado, era Barcos quien la proveía de droga, como había hecho antes Carlos Tercero. ¿Cómo voy ahora a *meterme* un poco, Celia?, «una mierda, te vas a meter, tú te vienes conmigo, y, si quieres mantener tu trabajo, te vas a tener que desenganchar, que ya lo has hecho otra vez y no te has muerto».

Lo cierto es que la facilidad de Casilda para desengancharse de la droga no es normal. Como no es normal su facilidad para engancharse, aunque eso, dentro de lo inexplicable que es todo lo que le ocurre a la chica, tiene su

explicación: Se droga por mimesis, se convierte en una copia de sus amantes, y, cuando estos desaparecen de su vida, se llevan consigo la adicción de Casilda, como el agua de una cisterna se lleva la porquería del inodoro.

Cuando terminaron los dos pases del Gato Mimoso, la propia Kitty, para sorpresa de todos, invitó a Casilda, Celia y unos cuantos más, a tomar unas copas en la barra. La sala se había quedado ya vacía de clientes, incluso los camareros habían terminado su turno y abandonado el local. Era una celebración íntima, pero ¿qué celebraba Kitty? ¿El rotundo éxito de la Culo, tras aquellos días en que había salido extraviada por la droga y el alcohol al escenario? ¿O, quizás, el fuera de juego del hombre que la había arrastrado hasta allí?

La madre de Irma la Dulce le decía a Casilda, cuando ya llevaba unos cuantos *whiskys*, que la *ratafia* era la mejor bebida del mundo, y que «cuando se muera de una vez mi marido, te voy a invitar a que vengas a hacer ratafia». Al parecer, la mujer proyectaba regresar al pueblo, al menos a pasar alguna temporada, con mi Manolo, por supuesto, para callar bocas, «a ver *qui te ous de dir que el meu fill no es una dona*^[2]». Eso sí, su vuelta no se produciría hasta que «*el fill de puta* esté bajo tierra».

—Cada casa hace la suya. —La madre había vuelto a lo de la ratafia—. ¿No sabes lo que es? —Casilda no tuvo tiempo de contestar que no, que no sabía lo que era.

—Pues es un licor de plantas aromáticas, y también le ponemos nueces tiernas. Vas a venir dos veces; primero a recoger las plantas y *barrejarlo* todo, que es cuando mejor se lo pasa uno; es que es una fiesta, oye. Después, aquello se macera, y, cuando ya ha reposado sesenta días, le añadimos al líquido que sale, mucho azúcar (bueno, yo le pongo mucho) y alcohol y agua.

—¿Y ya nos lo podemos beber?

—No le sueltes rollos a Casilda, mamá —dice Irma la Dulce, que tiene un

oído en lo que le está diciendo Celia y otro en lo que dice la madre. La madre la ignora.

—No, todavía no, pero después de un tiempo más, es un licor, como de caramelo, entre dulce y amargo, y que no veas cómo pega. ¡La de monas que he pillado yo con la ratafia!

—Pues sí que iré. Si me invita, voy.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Casilda? —dice la madre levantando la barbilla y entornando los ojos—. Que mi Manolo es como la ratafia, que ha necesitado un tiempo largo para ser lo que tenía que ser; que solo era cuestión de tiempo, *ifill de puta d'home i fill de puta de poble senser!*^[3]— Y se le escapan unas lágrimas, mientras bebe.

Ahora, Irma la Dulce da por concluida la conversación y coge a su madre del brazo «que ya veis, me la llevo, que está muy perjudicada». Casilda se queda repasando, por unos momentos, el largo proceso de la ratafia; primero, las plantas y las nueces; luego reposar; añadir el licor, el azúcar y el agua; volver a reposar... Apura su *whisky*, y se incorpora a la conversación de los otros. Pero no puede dejar de pensar lo mucho que hay que esperar para que la ratafia se convierta en un dulce y amargo licor del color del caramelo.

El silencio envolvía, ahora, El Gato Mimoso, tras la marcha de Casilda y Celia, las últimas del grupo de artistas en recoger velas. Solo quedó allí Kitty, que apuraba, sentada en el taburete de metacrilato, su último *whiskies*. Con todas las luces encendidas, aquello podría haber pasado por una sala de fiestas convencional, pero el rastro del olor a violetas que había dejado el número de La Culo era una seña de identidad inequívoca, que le traía a la Reina de la Noche la imagen nítida de Casilda García, mostrando al mundo su descomunal trasero plantado de flores. Casilda García —qué mofa del destino—, la amante de Barcos—. Habían pasado muchos hombres por la vida de Kitty, que en estos momentos, sola en su local, se le aparecieron como

absurdos números en negativo de una lista de aventuras fugaces, parecidas a las de Celia; cuerpos y nombres que había olvidado al poco tiempo, sin ningún esfuerzo, como si aquellos amantes de unas horas no hubieran sido más que pisadas en la arena de una playa, borradas por el agua y otras pisadas. Solo dos hombres habían significado algo para ella, aunque de muy distinto signo. Uno de ellos era un canalla, y al otro no le gustaban las mujeres; escaso bagaje, para una triunfadora. No pudo evitar que alguna imagen fugaz de ella y Barcos haciendo el amor se le colara por la memoria, aunque, en realidad, pensó, ahora mismo le importaba un cuerno Barcos y la suerte que pudiera correr, a pesar de su supuestamente cordial relación. Es más, con su detención, se había quitado, al menos de momento, un peso de encima, porque El Conde estaba poniendo en peligro el número de La Culo, es decir, estaba poniendo en peligro su dinero, y eso no se lo consentía ella a ningún hombre, y menos a aquel. Volvieron insistentes a su cabeza, mientras se llenaba, de nuevo, el vaso y añadía hielo, los buenos momentos que habían pasado juntos. Sin embargo, enseguida consiguió alejarlos, como si fueran insectos molestos, y se ratificó a sí misma como una mujer independiente, poco dispuesta a someterse, como Casilda, y mucho menos a aguantar infidelidades. Su historia con Barcos había sido un espejismo, y Kitti no era mujer de espejismos.

En cuanto a Ros, la cosa había sido bien diferente; Ros solo ofrecía un problema; un problema insalvable: que le gustaban los hombres más que a ella. Contra eso, Kitti no podía hacer nada, así que la aparición del Conde fue providencial, porque, si bien la lanzó a un error, la salvó de otro peor: intentar burlar a la naturaleza.

Abandonar a Ros había sido lo único sensato de su desastrosa vida sentimental, porque, una vez serenados los ánimos, y fuera del armario, el hombre se había convertido, no solo en su socio, sino en un amigo del alma, casi un hermano. Ni ella ni Fermín tenían familia, solo su amistad un poco canalla, fraguada entre las paredes de una sala porno, que les había unido más que a un matrimonio. «Te adoro, Fermín», dijo en voz bien alta.

Después de su declaración de amor a Ros, La Reina de la Noche recorre su sala con la mirada. El escenario, los palcos con las mesas transparentes y los elegantes sofás de piel. Se mira en el gran espejo que hay en la pared del fondo de la barra, y repara en que se le ha corrido el rímel, y que sus labios

tienen un exceso de carmín y están desdibujados como los de una puta barata. Se levanta del taburete. Una rodilla le cruje. Y de pronto, se viene abajo. Pero serán solo unos segundos; la alemana no piensa rendirse, hay demasiado trabajo, demasiadas renunciadas detrás del Gato Mimoso, para que ella se instale en el desánimo, y descuide lo que tanto le ha costado conseguir. Por eso, apaga las luces, y abandona el local, diciéndose a sí misma las palabras que le dijo a Casilda hace unas horas: el espectáculo debe continuar.

Sobre las cuatro de la madrugada, justo cuando Kitti acababa de abandonar El Gato Mimoso, un taxi dejó a Celia y Casilda frente al portal del apartamento de la Bollo. Estaban las dos muy cansadas, casi extenuadas por el cúmulo de emociones que habían vivido durante tantas horas. Casilda, un poco borracha, no quería dormir sola; Celia, sobria, tampoco. Así que, aunque la habitación de Casilda continuaba tal como la había dejado unos meses antes, como si la estuviera esperando, se acostaron juntas en la cama de matrimonio de Celia. Y se durmieron de espaldas, rozándose la piel, antes de que les diera tiempo a decir apenas un «buenas noches». Pero en aquellos pocos minutos que precedieron al sueño, cada una de ellas tuvo tiempo de pensar que el cuerpo de la otra era acogedor y amable; que desprendía un calor y un aroma como del pan recién hecho, y que sería bonito darse la vuelta y abrazarse, y besarse en la boca y acariciarse enteras, sin prisas, hasta que se saciara de una vez por todas aquella necesidad que tenían, desde niñas, de ser amadas. Esa mañana, la insomne Celia no necesitó a ningún hombre para dormir ocho horas seguidas, hasta que Casilda la despertó a las doce. Venía muerta de risa, con un delantal blanco, y se había puesto en la cabeza unas bragas, también blancas, de encaje, a modo de cofia. En las manos, traía una bandeja con dos humeantes tazas de café recién hecho y un par de bizcochos medio secos.

Casilda llevaba unos días dándole vueltas a la idea de presentarse en casa de los Martín Rubio. Al principio, le pareció algo absurdo, que ni siquiera se atrevió a comentar con Celia, porque sabía perfectamente cuál iba a ser su reacción. Sin embargo, tenía una razón poderosa: debía aprovechar este nuevo nacimiento para poner las cosas en su sitio y encarrilarse de una vez por todas. Puesto que Carlos Tercero se encontraba, al parecer, a miles de kilómetros, le quedaban por pasar dos páginas: Barcos y Nicolás Martín Rubio. La detención en Madrid de Barcos era el mazazo definitivo a una relación que ahora se le antojaba tan disparatada como las dos anteriores; no le vería más, pero quedaba pendiente el tema del apartamento. Había vuelto allí poco después de instalarse en casa de Celia, porque no tenía más remedio que ir a recoger su ropa. Al entrar, le asaltaron las náuseas, por culpa del olor a podrido de las violetas, que no se habían vuelto a reponer, pero, ante todo, sintió una imprecisa tristeza, pena de sí misma, que la hizo exclamar «Válgame el Señor, qué mal fario tengo». En menos de una hora, vació su armario de ropa y zapatos, que metió en un par de maletas y una bolsa de deporte. En el cuarto de baño dejó su albornoz, el cepillo de dientes eléctrico y unas zapatillas, pero se llevó, por supuesto, su perfume favorito, un pequeño frasco de Anais de Cacharel, que no le había regalado Barcos, sino Celia. Y salió para siempre del apartamento del Conde, arrastrando las maletas y la bolsa hasta el ascensor.

Cerró la puerta de golpe, sin echar la llave, y sin volver la vista atrás.

Ya estaba, pues, pasada la página de Barcos, pero quedaba una conversación pendiente con Nicolás. Siempre había querido pensar que, si no la tuvo en su momento, fue por amor propio, o por un orgullo, quizás mal entendido, pero legítimo. Nico había sido para Casilda ese primer amor, que debería morir siempre de muerte natural, y no decapitado. Cuanto más pensaba en lo que había hecho Nico con ella, más convencida estaba de que, si quería librarse de su sombra, debía decirle, mirándole a los ojos, que por fin había descubierto que siempre estuvo muy por encima de él, a pesar de todo, y que

gracias a aquel chalet de la Bonanova al que la envió a abortar, había podido conocer a la persona más importante de su vida. Y, por supuesto, que era un miserable, que no le llegaría jamás a su padre ni a la suela del zapato.

Pepe sacaba brillo al *Mercedes*, con la puerta del garaje abierta, cuando vio aparecer a Casilda a lo lejos, por el sendero. La chica había llamado hacía unos momentos al interfono del palacete de Pedralbes, resuelta, aunque con un pellizco en el pecho. Le abrió la puerta la misma doncella que la había sustituido meses atrás, la andaluza, y había enfilado el camino de gravilla, mirando al frente. Y allí estaba ahora, frente al chófer, que había salido a recibirla, después de exclamar, sin poder evitarlo, su recurrente ¡hostia! Casilda estaba más guapa que nunca, aunque había perdido algo de peso. Pepe atribuyó el adelgazamiento a lo que había sucedido con Barcos, porque en aquella casa, por supuesto, se sabía que Casildita era la amante del Conde, circunstancia que provocó instantáneamente que Doña Mercedes perdiera todo interés por Barcos, que había demostrado su poca clase liándose con la antigua criada —porque ahora Casildita había descendido de doncella a criada—, que se había metido a actriz porno en El Gato Mimoso, y se la conocía como La Culo. «Una pelandusca, no, si Dora no es tonta. Menos mal que el pobre Eleuterio, que me consta que apreciaba a la chica, no se llegó a enterar». Lo de Barcos y los cuadros ya fue la guinda del pastel; la viuda de Martín Rubio había pasado una semana repitiendo que quién lo iba a decir, y diciéndole luego a sus amistades que ya se lo imaginaba, que su tren de vida no era normal. Pepe, discreto como siempre, se había abstenido de hacer comentarios sobre el asunto, aunque Nico, más de una vez, mientras lo llevaba al centro, había querido sacar el tema, tirarle de la lengua, por si sabía algo más que él.

Si, Casilda estaba guapa a rabiar, mucho más, todavía, que el día de la muerte del señor, cuando hablaron durante unos minutos en la puerta del

tanatorio. Aún no había podido tener el gusto, puesto que la chica venía de frente, de disfrutar de su maravilloso culo, pero aquella mujer merecía un hostia, la miraras por donde la miraras. Dejó el trapo sobre el capó del coche y salió a recibir a la chica, que le dio un abrazo espontáneo y dos besos sonoros que le mancharon las mejillas al chofer.

—¡Qué sorpresa, usted por aquí! Pues he dejado hace un rato a Doña Mercedes en el Club.

—No, si es que he venido a hablar con Nico.

—Pues tampoco está en la casa, Nico —contesta Pepe, como si nada, procurando que no se note esa leve alteración en el gesto, que ocurre cuando oyes lo que menos te esperabas oír.

De pronto, Casilda parece relajarse como si, en el fondo, estuviera justamente deseando que le dijeran que Nico no estaba en casa. Casi se le escapa un suspiro.

—Entonces, ¿le podría decir algo de mi parte? Es que he pensado que no vale la pena volver.

—Claro que sí, señorita.

—Pues le dice que se vaya a la mierda —y Casilda se da la vuelta, y retoma hacia la salida el sendero de gravilla. Pepe, que ahora la ve de espaldas, murmura «hostia, hostia, hostia...». Luego, entra al garaje, coge el trapo del capó del coche, y vuelve a concentrarse en sacarle brillo.

No les hizo falta acordar cómo iban a dormir en adelante. La forma espontánea de compartir cama aquella noche en que Casilda decidió no regresar al apartamento de Barcos, se repitió de forma tan natural que parecía que hubieran dormido así toda la vida. De madrugada, cuando regresaban del Gato Mimoso, se lavaban los dientes y se desmaquillaban juntas, en el lavabo, y, luego, se acostaban en la cama de Celia. A veces, antes de cerrar los ojos, hablaban un rato, aunque La Bollo seguía siendo la Bollo, nunca Celia, poco

dada a compartir intimidades que la *mostraran* vulnerable, salvo lo del insomnio, que Casilda ya conocía. El caso es que el insomnio se había esfumado como por arte de magia, y Celia no dejaba de asombrarse ante aquel dormir de un tirón, que, evidentemente había propiciado la compañía de Casilda. «Y yo follándome tíos para poder dormir, si es que, chica, nunca se sabe». Y Casilda se reía con la boca pequeña, un poco turbada, sin atreverse a corresponder a la broma de la otra con un comentario picante que pudiera llevar al equívoco. Al medio día, Casilda se vestía de doncella, con su delantal blanco y las bragas a modo de cofia, para aparecer por la habitación y despertar a la Bollo con un oloroso café recién hecho y un par de bizcochos, que casi siempre resultaban estar duros. Comían fuera de casa cualquier cosa, sobre las cuatro de la tarde, y después alternaban tiendas y cafeterías, una costumbre que habían recuperado como un niño recupera un viejo juguete. Ya no había entre las dos ningún hombre que llevara a Casilda «por el mal camino, que chica, parece que eliges a propósito a los más cabrones». Además, Celia lo había pronosticado: la voluble e impredecible química de Casilda había vuelto a dar la espalda a la droga con una facilidad pasmosa. Sobre las ocho de la tarde, tomaban un taxi en Plaza Cataluña, y comenzaba la segunda parte de su jornada: su trabajo en El Gato Mimoso, que entre una cosa y otra, se prolongaba hasta bien entrada la madrugada. «No me lo puedo creer, que yo lleve esta vida tan tranquila», le decía alguna vez Casilda a Irma la Dulce, mientras daban cuenta, a toda prisa, de su bocadillo de panceta. «Me dijo tu madre que me ibais a invitar al pueblo, a hacer ratafia», «ya la oí, pero hasta que no se muera mi padre, yo no pongo los pies en esa casa», «¿y tu hermana?», «se casó con un *pagès* y vive allí... pues, eso, hace años que no la veo». Y la nuez de Irma la Dulce, lo único evidente que queda del cuerpo de Manolo, sube y baja como un pequeño yo-yo, dentro de su garganta, porque cuando nombra a su hermana, se acuerda de aquellos zapatos de tacón y aquel vestido azul que le cogió prestados, y de la paliza que le dio el padre al llegar y descubrirlo, y de cómo la hermana, después de verlo llorar en su cuarto con la cara amoratada, le dijo solamente «que sea la última vez que haces el mariquita con mi ropa».

Cada vez que Casilda hablaba de estas cosas con Irma la Dulce, se iba luego a casa con el corazón encogido y a la vez conforme, porque la historia

de Manolo era, de largo, infinitamente más terrible que la suya. «Al fin y al cabo, yo me he buscado todas mis desgracias, mientras que Irma nació ya con el problema encima, que la pobre, a ver qué culpa tiene», le decía a Celia, y esta le respondía invariablemente que «las desgracias, chica, no se buscan, que vienen solas, y nunca por casualidad, porque yo creo mucho en el destino».

Casilda ha terminado por pensar que tiene el mismo destino que las violetas del Gato Mimoso. Cada vez con más frecuencia, el dolor de los azotes en las nalgas que le dio Milagros nada más nacer, vuelve a invadirla como la viva premonición de todos sus males futuros. Sí, hasta las violetas tienen un destino.

Séptimo nacimiento

Justo un mes más tarde de la detención del Conde, cuando en los medios se hablaba ya poco del caso, Barcos llamó a Casilda, que se sorprendió justamente de no sorprenderse en absoluto. Pero, enseguida cayó en que era obvio que, tarde o temprano, Barcos se pondría en contacto con ella. Sobre todo porque, supuestamente, Casilda estaba ocupando su casa; era un tema de intendencia que Barcos, siempre pragmático, tenía que resolver, ante la probabilidad de que no volviera a Barcelona en mucho tiempo, fuera cual fuera el resultado del juicio. Estaba en esos momentos sola, esperando a Celia, que había bajado a la farmacia de la esquina. La voz de Barcos, pegada a su oído con una especie de ronquera ansiosa, le produjo una sensación rara, como si escuchara a un extraño que le estuviera haciendo una llamada obscena. Ella le preguntó enseguida cómo estaba y desde dónde la llamaba, para añadir enseguida, antes de que él se lo preguntara, que se había trasladado desde el primer día a vivir a casa de Celia, y que su ropa y las cuatro cosas personales estaban ya fuera del apartamento. Apenas dijo esto Casilda, se dio cuenta de que había supuesto bien; Barcos la llamaba únicamente para saber si ella seguía en su casa, porque, a partir de ese momento, todo fueron monosílabos por su parte, sin ninguna referencia a su situación ni a la relación de ambos, hasta que la propia Casilda se despidió diciendo que le deseaba, «de verdad Alejandro», que todo fuera bien. «Podría haber disimulado más», le dijo a Celia cuando esta llegó, «pero, mira, me ha ahorrado el mandarlo a la mierda como a Nico, ¡válgame el Señor!, ahora me da pena de él, que no lo puedo evitar, pero el peso que me he quitado de encima», «pues sí, chica, esto es para brindar, como el día que te llamaron del Gato Mimoso». Y Casilda y Celia brindan en la cocina, con los restos de una botella de sidra a medio acabar, y para rematar, se dan un pico, que se alarga

un poco, sin llegar a ser un beso de verdad; un pico con sabor a manzana y barra de labios. El primero y el último.

Olmedo odiaba Barcelona. El mar le producía alergia, de toda la vida, y cada vez que pasaba más de un día en Barcelona, terminaba con un ataque de asma, en alguna sala de urgencias. De todas formas, esta vez iban a ser solo unas horas; en cuanto sacara el maletín de allí, saldría en coche para Lyon, donde le esperaba su contacto. La orden de Barcos era que no regresara a España, de momento, y, puesto que, desde que el Conde le sacó de la cárcel, hacía ya diez años largos, no había hecho otra cosa que obedecerle, eso es lo que pensaba hacer. Era extraño para Olmedo pensar que quien estaba ahora dentro era Barcos, pero lo único que podía hacer por él era poner a salvo el maletín y desaparecer. Dejó el coche en un garaje próximo al Borne, maldiciendo aquel precio prohibitivo la hora, y se dirigió a Vía Laietana. El apartamento de Barcos estaba muy próximo a la catedral, pero a Olmedo no le interesaba en absoluto la arquitectura, de hecho, a Olmedo no había nada que le interesara lo suficiente para acaparar su atención más de quince segundos, así que, tras una breve mirada al monumento, sacó del bolsillo interior de su cazadora las llaves que le había dado Barcos y abrió el gran portalón semicircular de madera tallada. El *hall* de la finca era enorme, con grandes escaleras de mármol grisáceo al fondo, y mantenía todavía el garito acristalado que debió habitar en otros tiempos un portero, y que ahora contenía útiles de limpieza. Subió, después de pensarlo unos segundos, a un ascensor antiguo, que no le merecía ninguna confianza, y antes de que le diera tiempo a sentir un amago de vértigo, se encontró abriendo la puerta del apartamento de su jefe. Sonaba raro lo de jefe, en aquellos momentos en que el Conde estaba en sus manos, y recordó de forma vaga los insultos constantes de Barcos, su prepotencia, su desprecio. Pero Olmedo tenía una virtud, una sola, de la que sentirse orgulloso: la lealtad. Así que cerró la puerta tras él, lo más

silenciosamente que pudo, por si algún vecino estaba fisgando, y, sin abrir la luz, aprovechando la de la tarde que empezaba a decaer, se dirigió al tapiz que ocultaba la caja fuerte, lo descolgó, sacó del mismo bolsillo donde llevaba las llaves el papelito que le había dado Barcos con la clave, y se dispuso a hacer su trabajo. Sentía un cierto taponamiento en la nariz y los ojos empezaban a llorarle, «la puta alergia, mientras no me dé el asma...», pensó, mientras extraía de la caja fuerte el maletín. Entonces, oyó que una de las puertas del salón se abría. Volvió la cabeza. La mujer joven dio unos pasos hacia la salida del apartamento, y al verle, se paró en seco. Olmedo, con el maletín en la mano parecía haberse petrificado, pero, en cuanto ella empezó a gritar, salió de su estupor y estuvo encima de la chica en dos zancadas. Solo quería que dejara de gritar, solo quería callar aquel chillido de coneja asustada que estaba haciendo estallar su cerebro. Soltó el maletín, que cayó al suelo, y agarró a aquella histérica del cuello, con las dos manos. Los ojos de la mujer le miraban con tanta intensidad que tuvo que volver la cabeza, para no verlos mientras apretaba su garganta, con los ojos llorosos, la nariz tapada y un monstruo en su tráquea, que impedía que le entrara el aire. «Putá Barcelona». A Celia le dio tiempo, antes de morir, de ver con toda nitidez la cara de su madre y, luego, la de Casilda García, que le había pedido hacía un rato que se pasara por allí para recoger la cajita de la medalla, que había olvidado cuando fue a por sus cosas. La pobre Casilda no quería volver a poner los pies en aquel apartamento; le daba mal fario.

En pocos días, todo estuvo hecho. Celia la Bollo fue enterrada en medio del dolor de la gente del Gato Mimoso, y la policía interrogó hasta el aburrimiento a Casilda García, amiga de la víctima y amante del famoso Alejandro Barcos. Al parecer, Casilda y el Conde habían convivido en aquel apartamento, hasta la detención de él en Madrid. Tanto una como la otra eran chicas de alterne, bueno, artistas del Gato Mimoso; el mundo de la noche tenía

esas cosas, aunque, al parecer, lo ocurrido fue simplemente una fatal coincidencia: Celia la Bollo —nombre artístico de la víctima— fue al apartamento a recoger algunas pertenencias de su amiga, y sorprendió, al parecer, al ladrón con las manos en la masa, así que la policía se dedicó, desde el primer momento, a buscar al hombre, que había desaparecido con el contenido de la caja fuerte de Alejandro Barcos, en prisión preventiva. Todo parecía implicar a Barcos, si no en el homicidio, sí en aquel sospechoso robo, que podía estar relacionado con los delitos de estafa por los que se le iba a juzgar, pero, a pesar de eso, y del componente morboso del asunto, con amante por medio, el asesinato de Mari Carmen Borrego —Celia La Bollo— se quedó, al cabo de unas semanas, en uno de *esos casos desgraciados, pero poco* relevantes, que llenan casi a diario las páginas de sucesos.

En El Gato Mimoso el espectáculo debía continuar. La propia Casilda, para satisfacción de Kitty, insistió, tras los dos días de cierre del local, en que fuera así; «*es lo que la Celia habría volgut*^[4]» repetía una y otra vez la madre de Irma la Dulce. El número de La Culo siguió representándose cada noche, entre risas, chascarrillos y olor a violetas podridas, y Casilda García, si bien tenía una luz rara en los ojos y había recuperado la mudez de su adolescencia en Cáceres, parecía la de siempre. Pero a los pocos días de la noticia de la puesta en libertad de Barcos, la Culo abordó a Irma la Dulce en el camerino, una vez finalizados los dos pases. Solo quedaban allí ellas dos, ya con los abrigos puestos. La madre esperaba abajo.

—¿Todavía llevas la pistola? —Por respuesta, Irma la Dulce saca el arma del bolso.

—Necesito que me la dejes. O mejor te la compro, porque mañana me voy de Barcelona, y no creo que vuelva.

—¿A Madrid, verdad? ¿Y estás segura de lo que vas a hacer? Dicen que fue un ladrón.

—Sí, estoy muy segura. Segura de que ese ladrón era el Olmedo. Segura de que, por culpa del Conde, Celia está muerta.

Entonces, Irma la Dulce le pone a Casilda el arma en las manos.

—Esto va por Celia —le dice a La Culo, en voz baja—, no tienes que darme nada, es cortesía de la casa.

Casilda coge la pistola, sin apenas mirarla, y la introduce en su bolso. Luego, cambia de conversación en tono ligero, como si no hubiera pasado nada.

—Pues, eso, despídeme de tu madre, y dile que lo de la ratafia no va a poder ser. Ya me hubiera gustado, ya.

Y las dos mujeres, Casilda García y Manolo González, se abrazan.



GLORIA MARTÍN (Manresa, 1950) es maestra, profesora de piano y licenciada en Filología Hispánica. Siempre ha repartido su actividad profesional entre sus tres grandes pasiones: la docencia, la música y la literatura. Ha grabado cinco discos con temas propios, y cantando a diferentes poetas. Obtiene diversos premios en certámenes de relatos y poesía, y varios de sus trabajos han sido publicados en revistas literarias y antologías poéticas. 2011, publica su primera novela, *Nos recibirá la tierra* (Ed. Séneca). 2014, presenta su primera obra teatral, *El traje*, en La Mostra de Teatre de Lleida. 2015, publica su segunda novela, *Cuando yo era Antonio Molina* (Suma de Letras). 2017, estrena en la Mostra de Teatre de Lleida, su segunda obra teatral, *El Profesor*. Actualmente dirige un taller de Creación Literaria, y colabora con artículos y relatos con el Diario *La Mañana*, de Lleida.

Notas

[1] Jodido de frío. <<

[2] A ver quién tiene huevos de decir que mi hijo no es una mujer. <<

[3] Hijo de puta de marido, e hijo de puta de pueblo entero. <<

[4] Es lo que Celia habría querido. <<